



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 27 DE NOVIEMBRE DE 1938

Suplemento Dominical

En Este
Número:



Reina de
HOLLYWOOD
Por Clark Gable



El Disco ha
Retornado
Por Max de Abad



**EL
RECUERDO**
Cuento Breve



Otras
Lecturas
Amenas Para
Chicos y
Grandes



EL BANDOLERO

Por

MAYNE
REID



LA NOVELA DEL DOMINGO

TRUCUTU

FRAGMENTOS

DE LA
ÉPOCA
PREHIS
TÓRICA



¡CACHÓN! ¡ESTO DE SER FUGITIVO ES UN INFIERNO! ¡ESTOY HARTO!



VOY A ENTREGARME Y CUMPLIR CUALQUIER CONDENA. POR LO MENOS ME DARÁN RANCHO.



GIGANTESCA IGUANA VOLADORA DE LA ÉPOCA DE LOS REPTILES.

LO MÁS PROBABLE ES QUE LOS PAJARILLOS SE ASOMBRARÍAN DE SUS ANTEPASADOS, PORQUE DESCENDEN DIRECTAMENTE, COMO TODAS LAS AVES, DE LOS ENORMES Y FEROCES DINOSAURIOS



ARCHAEOPTERYX EL PAJARO MÁS ANTIGUO

LAS IGUANAS VOLADORAS DEL PERÍODO MEZEOCENO NO TIENEN NEXOS ZOOLOGICOS CON LAS AVES AUNQUE APARECIERON PARA LA ÉPOCA DE ÉSTAS. LAS IGUANAS NO DEJARON DESCENDIENTES QUE SOBREVIVIERAN EN LA TIERRA.



ESTE PAJARO ANCESTRAL DE HACE 125,000,000 DE AÑOS, CON SUS DIENTES, GARRAS Y COLA, REVELA SU AFINIDAD CON LOS REPTILES, A PESAR DE PLUMAJE.



SUPONIENDO QUE TIRARA CON SU PLACA, ¿QUÉ? ¡NO ME DOLIO NADA...!

¿TODAVÍA DEFIENDES A TU AMIGOTE, EH?

CUARTEL DE POLICÍA



ADEMÁS: AUNQUE FUERA LA PLACA DE FUGUCHÉ, NO HAY PRUEBAS DE QUE EL LA LANZÓ

¡VOTO A SANES! ¡ERES UN IDIOTA! TE DIRÉ LO QUE HARÉ.....

CUARTEL DE POLICÍA



VE BÚSCALO Y SERÉ BENIGNO AL CONDENARLO.

CUARTEL DE POLICÍA



¡BASTA YA! LO HE OÍDO TODO ME ENTREGO Y ME DECLARO CULPABLE

¡FUGUCHÉ!

¿DE DÓNDE RAYOS HAS SALIDO?



¿COMO DICE EL AGENTE TRUCUTU, NO HAY PRUEBAS DE QUE LA PLACA LO HIRIÓ!

¿NO SE LO DIJE, DON BELISARIO?



¿DE MODO QUE TIENE RAZÓN EL AGENTE TRUCUTU!



¡LO ÚNICO, QUE SE EQUIVOCÓ DE BLANCO! NO LA LANZÉ A ÉL ----



¡SINO A UD.!



¡CACHÓN, TIENES SESOS, BALDOMERO, PERO LA LENGUA TE PIERDE!

¡NADA IMPORTA! ¡ASÍ ES LA VIDA!

TIPI-TIPI-TÍN
TIPI-TIPI-TÁN
TIPI-TIPI-TÁN

EL Bandidero

por
MAYNE
REID

litado de meterse en otra aventuras como aquella. Pude muy bien haber disparado otro tiro antes que desaparecieran, por más que lo hicieron con bastante ligereza; pero me bastaba con haber castigado a uno de ellos, y el pobre parecía evidente que no se movería ya de las duras piedras en que había caído.

CAPITULO XIV

Vida por vida.

—¡Gracias!—gritó el joven mexicano—; ¡mil gracias, caballero! Es lo único que puedo deciros hasta que cobre alientos para más.

Calló, y noté que su respiración era fuerte y fatigosa, como la de un fogoso caballo después de una larga carrera.

—Supongo que no estáis seriamente herido—le dije cuando me hube asegurado que no había en la calle más sombrero encarnado que el del pobre tendido a nuestros pies.

—Nada grave me parece; dos o tres heridas insignificantes; casi pueden considerarse como arañazos.

—¿Estáis seguro?

—No enteramente, caballero; pero me siento muy bien. No tengo la menor debilidad, y sólo me encuentro muy cansado. Ha sido negocio difícil defenderme de los cinco. Imposible acabar con todos; únicamente hubiera conseguido reducir el número; pero sois vos quien lo ha hecho, por lo que veo. Dejadme daros otra vez gracias.

—Nada tenéis que agradecerme. No he hecho más que pagar una deuda sagrada.

—¡Señor, me dejáis admirado! No recuerdo cuando he tenido el gusto de ver al valiente que acaba de hacerme tan señalado servicio, por más que vuestra voz no me parece enteramente desconocida. Pero supongo que me excusaréis, porque la verdad es que estamos enteramente a oscuras en esta bendita calle.

—Nosotros dos nos hemos encontrado casi siempre en sitios poco alumbrados. Empiezo a creer que hay en esto alguna extraña fatalidad.

—¡Caramba!—exclamó el mexicano, más admirado todavía con este detalle—. ¿Dónde hemos tenido esos encuentros?

—¿No os acordáis, capitán Moreno?

—Ese es mi nombre, en efecto: ¿cómo le sabéis?

—Tengo motivo sobrado para conocerle.

—¡Me dejáis atónito! Si no me engaño lleváis el uniforme de los oficiales americanos.

—Así es.

—¿Puedo saber dónde nos hemos visto? ¿En la mesa de juego quizás?

—Allí nos hemos encontrado más de una vez; pero fué en otro sitio en donde tuve el gusto de veros por primera vez.

—¿Dónde?

—En vuestra casa.

—Os burláis, caballero, pero no importa; todo es bien recibido viniendo de vos.

—No me burlo; puedo asegurar que nuestra primera entrevista fué en nuestra casa.

—¡Cáspita! ¡Me dejáis confundido!

—Es verdad que no fué precisamente dentro de ella, sino bajo el umbral de su puerta. Allí nos encontramos, y nos separamos también, quizás de un modo algo brusco; por lo cual yo era el más culpable, por más que debéis participar de mi culpa por haber cerrado vuestra puerta tan pronto, que no me fué posible demostraros mi agradecimiento. De otro modo, me hubiese detenido algunos momentos para daros las gracias por haber hecho por mi justamente lo mismo que acabo yo ahora de hacer por vos. Deseaba una oportunidad para poder demostraros mi agradecimiento, y se ha mostrado más pronto de lo que yo hubiese creído.

—¡Santísima Virgen! Sois el caballero que...

—En cierta noche se entró con tan poca ceremonia en casa de don Francisco Moreno, en la calle de los Pájaros, y que hubiese sido indudablemente víctimas de los bandidos que le atacaban, a no ser por la generosa protección del capitán Moreno; y amigo mío—continué cogiendo la mano del joven soldado y estrechéngosela con el mayor entusiasmo—os decía que os he pagado, pero estoy muy lejos de eso: tal vez me debéis la vida, pero yo os debo la mía... y... mucho más.

—¡Por Dios, caballero! Continuáis con vuestros misterios; ¿qué más me debéis?

Dominado por las emociones del momento, me sentía inclinado a confesarle mis coqueterías con Mercedes, y explicarle cómo las había él interrumpido. Hubiera deseado contárselo todo, puesto que ya no éramos rivales, sino dichosos enamorados de dos preciosas hermanas, que debíamos seguir el mismo camino guiados por una causa común, pero teniendo felizmente diferente objetivo, todo lo cual debía estrechar más y más nuestra amistad. No sé por qué dudaba todavía. Algo me decía que debía callar. Mi secreto permaneció oculto en el fondo de mi alma; ni siquiera nombré la calle del Obispo.

—¡Oh!—le contesté dominando mi entusiasmo—mucho más que mi vida, si la hubiese perdido...

—Si la hubieseis perdido—interrumpió el joven mexicano, evitándome así el darle más explicaciones—hubiera sido una gran desgracia para mí, puesto que esta noche hubiese perdido la mía. Cinco minutos más, y esos bribones hubiesen acabado conmigo. En cuanto a que yo haya salvado vuestra vida, no es exactamente correcto. Vuestros mismos soldados fueron los verdaderos libertadores aquella noche; a no ser por su oportuna llegada, no hubiera sido fácil dominar la furia de aquellos patriotas, mandados como estaban por un hombre como aquél.

—Mucha más razón para que yo os deba la vida.

—De todos los modos nabéis pagado vuestra deuda con toda generosidad. A no ser por vos y por vuestra defensa (mucho más digna, puesto que ignorábais salvar), yo estaría ahora en el lugar de ese pobre hombre, de sombrero encarnado y manos del mismo color, que ha sido traidor a Dios y a su patria.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con cierto énfasis, como si el patriotismo del que así hablaba se hu-

biese aumentado a la vista del renegado ladrón.

—Pero, caballero—añadió dulcificando un poco su tono—deciais que también nos habíamos encontrado en la mesa de juego. ¿Hace mucho?

—Esta misma noche.

—¿Hará una hora?

—Eso es, una hora escasa.

—¡Caramba! Entonces estabais allí cuando yo dejé el salón. ¿Me visteis salir?

—Todos los que estaban allí os vieron. Y a muchos les pareció vuestra salida muy extraordinaria.

—¿Por qué?

—Porque no es natural que un jugador abandone así una suerte como la que teniais, a no ser que tenga para ello un motivo muy poderoso. Algo, por ejemplo, como lo que os hizo salir de allí.

—¡Por Dios! No tanto; solamente un pequeño paseo que exigía la mayor puntualidad. Lo realicé, y ahora me volvía cuando esos bribones me atacaron. Pero gracias a vos, señor, me encuentro en estado de ganar una onza a otro, y pienso ver, si la suerte no se ha cansado de favorecerme y no se me ha escapado con esas gotas de sangre. Pero venid, caballero; ¿no pensáis volver también? Todavía es hora de probar otro albur.

—Os acompañaré, para ver si vuestras heridas son de cuidado.

—¡Oh, gracias! no valen nada; de otro modo ya me hubiese ocupado de ellas. Un poco de agua y jabón es todo lo que necesito. ¿Vamos a dejar este hombre aquí?

—Si está muerto, ¿por qué no? Ni si quiera merece el honor de ser llevado en unas angarillas.

—No sois muy cariñoso con vuestros socios del sombrero encarnado.

—Los detesto, y lo mismo le sucede a todos los oficiales de nuestro ejército que se interesan por el honor de nuestras armas. Estos hombres son verdaderos bandidos, y ahora son renegados; ¿no es así?

—Lo cierto es que hoy son, como antes, salteadores del camino grande.

—A nosotros nos parece esto un escándalo, y así supongo que debe parecerle a todo el mundo. ¡Una partida de bandidos al servicio de una nación civilizada, tratados como sus mismos soldados! ¿Quién ha visto nunca semejante desatino?

—¡Ah, señor! Ya veo que sois un verdadero militar de la civilización. Siento deciros que en mi país semejantes disparates, son muy frecuentes. En nuestro ejército, es decir, en el de su ilustre excelencia el general don Antonio López, de Santa Ana, se encuentran capitanes, coroneles y hasta generales que... pero no No soy quien debo comunicaros semejantes relaciones. Tal vez algún día veáis vos mismo cosas bien raras, que nosotros, los hijos del país tenemos costumbre de llamar «cosas de México».

CAPITULO XV

Pájaros matutinos.

Aquella noche cené con Francisco. La diosa Fortuna no sació sus ganas contra él por haberla abandonado, y le perdonó aquella coquetería con su hermana, concediéndole sus mismas sonrisas la segunda vez que volvió a la mesa de juego. Lo mismo hizo conmigo. Nosotros, en cambio, rendimos tributo a Baco en nuestra cena, y nuestra cortesía duró

hasta una hora bastante avanzada de la noche.

Esto no impidió levantarme muy temprano al día siguiente. Vi las tintas rosadas sobre la «blanca hermana», cuando el sol imprimía su primer beso en su nevada cima. En aquel momento entraba yo en la calle del Obispo. Supongo que no necesito decir lo que me llevaba allí tan temprano. Pero escasamente podía yo prometerme otra cosa a tal hora, que contemplar la tortuosa fachada de la casa de Mercedes, puesto que los únicos seres vivientes que allí había en aquel momento eran los pajarrillos que tenían sus nidos en los tejados, o los criados de la casa.

Si yo hubiese conocido las costumbres mexicanas, no me hubiese encontrado aquella, y otras después, en la calle del Obispo, antes de las siete. Pero sabía muy bien que las señoras a aquella hora, o más temprano, van a la iglesia.

A pesar de ser tan temprano, todavía llegué tarde. Las campanas de las iglesias sonaban ya por toda la Ciudad. Al entrar en la calle del Obispo vi tres señoras que atravesaban al lado opuesto. Iban juntas, si bien una de ellas se quedaba un poco detrás. Las hubiese dejado pasar sin más observación, a no ser porque vi que la puerta de la casa de Villaseñor permanecía abierta. El portero se disponía a cerrarla como si alguien acabase de salir, y no podía ser nadie más que las tres señoras que había en la calle. Las dos que iban delante, debían ser las dos hermanas. La tercera, ni siquiera me ocupé de ella; deduje por conjetura que sería «tía Josefa». La calle del Obispo no tenía ya para mí mejor atractivo. Me embocé perfectamente y me dispuse a seguirlas.

Apresuré un poco el paso, y me encontré al momento pisando los talones a tía Josefa, a muy corta distancia, por consiguiente, de las dos señoritas, a las cuales servía de dueña.

Ya no me cabía la menor duda de que eran las hijas de don Eusebio, aunque iban enteramente cubiertas con espesos velos, y no había medio de verlas ni siquiera los ojos, porque sus mantillas, en vez de caer por los hombros, iban colocadas sobre las cabezas y arrolladas al cuello, de modo que las cubrían enteramente. El brillo de sus negros ojos era todo lo que podía verse, y ni aún eso era posible desde el sitio donde yo estaba. Pero tuve la suerte de contemplar los de tía Josefa, que se volvió al observar mi sombra. Me dirigió una mirada, acompañada de cierto movimiento nervioso de su abanico, que recordaba las alas de la gallina cuando, a la vista del milano, procura salvar sus tiernos polluelos. Sólo por un instante fui objeto de la observación de tía Josefa. La indiferente mirada que yo dirigí hacia la Blanca Hermana, la tranquilizó por completo.

No era yo el pájaro de rapiña contra el cual estaba encargada de apartar sus sobrinas, y después de una mirada de curiosidad, siguió cuidando a sus dos protegidas. Yo hice lo mismo.

Aunque iban vestidas enteramente lo mismo, con mantilla de encaje negro que les cubría la cabeza, sostenida por peines altos; aunque su figura era casi enteramente la misma, y a pesar de no verlas más que por detrás, distinguí al momento mi preferida. Había algo en todas sus formas, en sus movimientos, en el modo de fijar los brazos en su andar, en todo, en fin, que dejaba admirar el espíritu interior que la animaba. Era sin duda ese no sé qué, tan difícil de confuir como de explicar, esa esencia divina, por más que sea demasiado humana, que se conoce con el nombre de «gracia», que sólo

la naturaleza puede dar y el arte no puede adquirir.

Esto es lo que se veía en todos los movimientos de Mercedes Villaseñor, a pie como en su carruaje; sin más que levantar su mano, comunicábale a todo su cuerpo un no sé qué tan precioso, tan arrebatador, que me trastornaba. No es que Dolores careciese por completo de gracia; pero tenía mucha menos que su hermana.

Comprendí que se dirigían a la catedral, cuyas campanas llenaban las calles con su religioso sonido. Otros muchos devotos, mujeres en su mayor parte con mantillas o chalets y rebozos, se apresuraban a cruzar la Plaza Mayor en la misma dirección que nosotros. Dolores miraba por todas partes, volvía la cabeza y seguía su camino poco satisfecha de su examen. No le chocó mi presencia, ni la pareció ver en mí más que un desconocido que seguía casualmente el mismo camino que ellas.

Su indiferencia no me causó el menor pesar. Sabía la causa. Yo no era «su querido Francisco». Mercedes parecía tomar muy poco interés en todo lo que pasaba a su alrededor. Su aire era el de una persona disgustada, como puede verse por el frío saludo que concedía apenas a los caballeros que la saludaban, todos los que la daban los buenos días con la mayor amabilidad. Solamente una vez demostró algún interés, al ver un oficial con el uniforme americano que venía galopando por la calle. Entonces, únicamente, durante los seis segundos que estuvo observándole mientras pasaba, pareció ocuparse de lo que la rodeaba; después de lo cual miró tranquilamente hacia la Catedral. Sus macizas puertas estaban abiertas para recibir los devotos madrugadores que iban llegando cada vez en mayor número.



Las dos hermanas entraron, y tía Josefa las siguió muy de cerca, procurando guardarlas allí del mismo modo que lo había hecho en la calle. Yo hice lo mismo, aunque con intención enteramente opuesta.

CAPITULO XVI

En los maitines.

Era la primera vez que yo hacía más devociones en una catedral romana. Nuestra Señora de Guadalupe, tan hermosa como los mexicanos han tenido el gusto de concebirla, tan celestial como aparece entre su manto de oro, consiguió fijar mi atención. Tenía para mí más atractivos el velo de blonda y el alto peine de Mercedes Villaseñor, no por ellos en sí, por supuesto, sino por la preciosa carta que sabía que se ocultaba dentro de sus pliegues.

No podía apartar de ellas mis ojos ni por un momento.

Mercedes estaba bellísima en cuantas posturas adoptaba. Yo la observaba aten-

tamente; ni una sola vez miró en torno suyo; llegué a pensar si sería una Santa; todo lo opuesto a lo que yo había creído hasta entonces, y, francamente, hubiera preferido verla más cerca de la Eva del mundo que de los Santos del cielo.

Dolores aparentaba menos devoción, a

lengua, la pluma o la espada saben se camino en el mundo.

Sin embargo, mi pasión por Mercedes era más romántica que mundana. La primera mirada que me dirigió la advertí que me había reconocido. La segunda parecióme (tal vez sería la tercera que se regocijaba de verme, y la cuarta y la quinta halagaron mi vanidad, parecían mensajeros de nuevas esperanzas. Su lenguaje era mudo, pero en el lugar de oración, la delicadeza de su voz y más que nada la presencia de Josefa, lo demandaban así.

Nuevamente se encontraron nuestras miradas; la mía debió expresar toda la pasión de que me sentía poseído. Pensé en apartar a Mercedes de su embebecimiento religioso, y en verdad que me comprometí con toda el alma, si bien comprendí que no debía hacerlo.

CAPITULO XVII

Un desafío en la Iglesia.

Para contemplar a mis anchas la hermosa Mercedes me había colocado en un paraje oscuro; una columna que se elevaba de basamento a la estatua de algún santo me permitió ocultarme como quisiera. Detrás de mí, casualmente, había un espacio más oscuro, que estaba ocupado por otro hombre.

Tía Josefa no era la única persona que espiaba a las señoritas de Villaseñor. Así lo comprendí al oír una voz que, a pesar de ser muy baja, oí perfectamente que me decía:

—¡Pardiez, caballero! Parece que te interesa mucho la oración. Seguramente sois tan hereje como vuestros compañeros.

El aguijón de la avispa no me había producido más desagradable impresión. El que me dirigía estas palabras había ciertamente observado las miradas que entre Mercedes y yo acababan de cruzarse. Fijé toda mi atención en el espacio oscuro, pero deslumbrado por el brillo de las luces no distinguí nada pronto. Antes de lograrlo, dijo de nuevo la voz:

—Espero, señor mío, que no os ofendáis por mi franqueza. A los católicos gusta ver que nuestra santa religión se vierte a los americanos. Nuestros papas quedan muy satisfechos al contemplar que «su» conquista por la palabra y por la espada nuestra derrota por la espada.

No supe contestar por el momento. Lo que deseaba más era conocer al personaje que me hablaba. La vista se me tumbró al fin a la oscuridad y pude verlo. Era un hombre moreno, de facciones ríspidas, tenía espesa barba negra y ojos, de torvo mirar, lanzaban relámpagos de cólera en aquel instante.

La ironía era fingida; tenía demencia rabia en el corazón. No dudé que el hombre aspiraba también a las miradas de Mercedes. Este pensamiento no me dio el más oportuno para que yo escuchara con paciencia sus palabras, así es que contesté indignado, aunque bajando la voz cuanto pude:

—Señor mío, dad gracias a vuestra buena suerte porque os halláis dentro de un templo. Si las palabras que os habéis de decirme las hubiérais pronunciado fuera, tal vez serían las últimas.

—La calle no está lejos, salgamos, os la repetiré.

—Vamos allá.

Mi retador estaba más próximo a la entrada y se me adelantó; yo le seguí algunos pasos. Cuando llegué al vestibulo me volví para ver si Mercedes observaba mi salida. Estaba mirándome, y no a hurtadillas, sino con evidente sorpresa.

presumo que con sentimiento. ¿Se daría cuenta de la causa de esa salida? Esto era poco verosímil. En la posición que ocupaba antes del conocido rival, no era factible que me hubiese visto; la columna y la estalabraron ocultarle cuando se dirigió a la puerta del templo.

CAPITULO XVIII

Una calle tranquila.

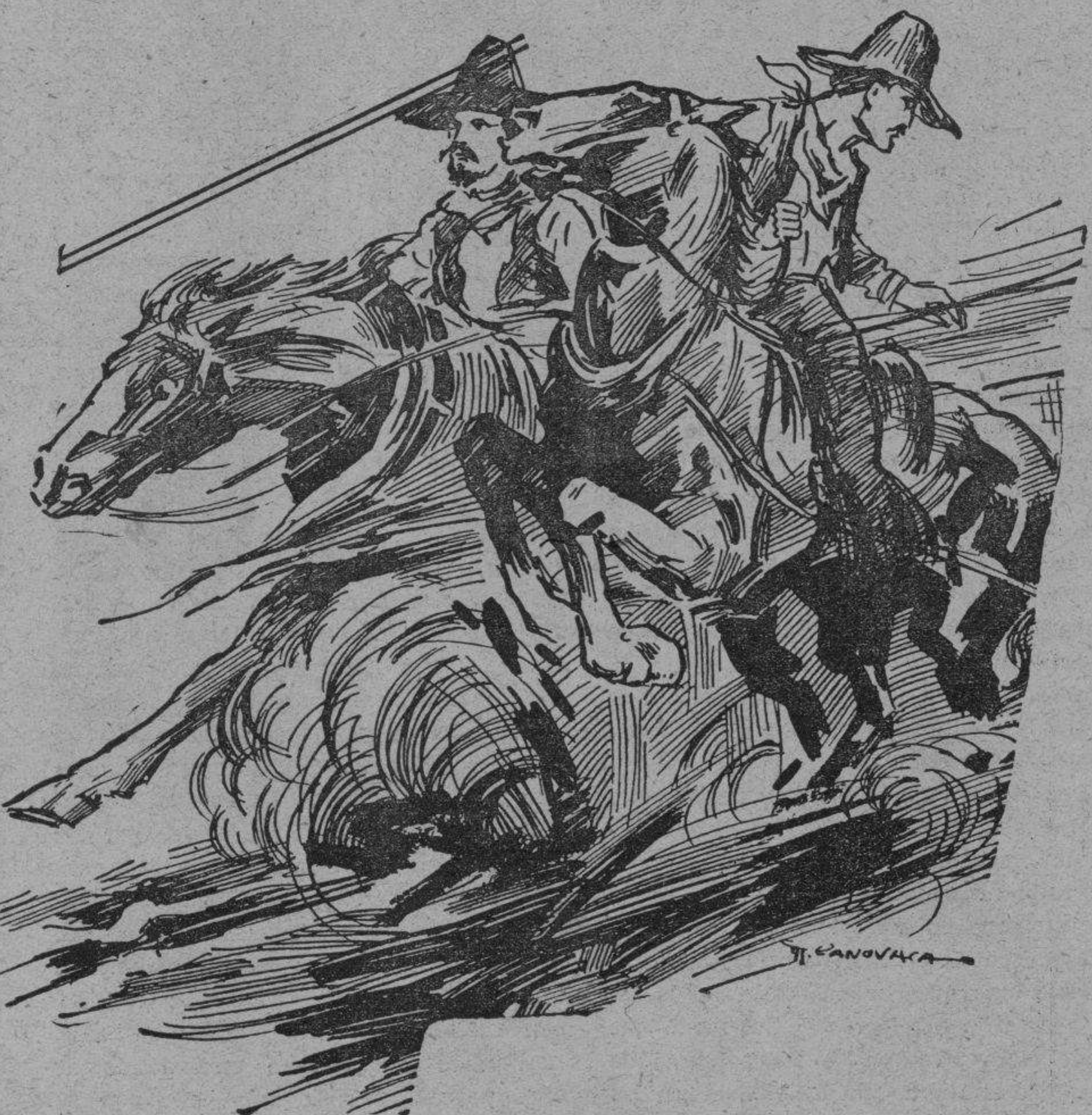
tenía mucha seguridad en poder cumplir aquella promesa al salir a la calle al sol y ver mejor al hombre con el que pensaba batirme. Tenía seis pies de estatura. Sus músculos, fuertes y jóvenes, no eran los más a propósito para un combate de confianza. Tenía todo el aspecto de un gran duelista y estaba seguro de que llevaría la espada para batirse con él. Según las etiquetas del duelo, yo debía haber hecho valer mi derecho en la elección de armas; pero estaba demasiado furioso para detenerme en estos detalles. Los mexicanos no saben usar las armas de fuego. Les disgusta el ruido, impropio, según ellos, que se trata de matar a alguien. La primera vez pude observarle a mi rival. Debía tener unos cuarenta años; su oculto terso cutis anunciaba al hombre que en el pasado ya veinte en ejercicios físicos y cuyos nervios no han perdido un solo día en la inacción. Su cuerpo no ganó nada con la luz del sol. Su rostro era tan desagradable como me había parecido bajo la sombra del San Juan. Desde luego se leía en su tostado rostro el pasado borrascoso y un desenlace que me preguntaba: ¿Qué podía pensar de mí aquel hombre? En otras circunstancias le hubiera hecho esta pregunta, pero entonces me pareció oportuno. Casi como el motivo que le había impulsado a provocar aquel desafío. ¡Amaba, como Mercedes Villaseñor, y, como yo, estaba dispuesto a matar a todo el que se presentase como su rival! Me había presentado como tal y aún me había su rival feliz al interpretar las miradas que correspondían a las que yo le dirigía a mi hermosa Mercedes.

cierta repugnancia. Si hubiese estado más sereno, hubiera pensado mejor los peligros a que mi loca conducta podía exponerme. Tenía que ser, como resultó, en efecto, de lo más imprudente. Después de pasar por varias calles, llegamos a la entrada de la que buscábamos. Al verla, no sé qué recuerdo fatal cruzó por mi pensamiento. Me pareció conocerla. Miré el letrero que había en la esquina y en sus negras letras leía ese nombre, más negro aún para mí. «¡Calle de los Pájaros!» Miré después a mi hombre y también creí conocerle; no sé por qué y la calle de los Pájaros aparecían siempre Unidos en mis confusos recuerdos. La localidad avivó mi memoria, y antes de seguir más adelante me paré y le pregunté su nombre.

—¡Caramba! ¿Para qué queréis saberlo? —me preguntó con tono insolente—. ¿Pensabais seguirme acaso en el otro mundo por haberos despachado pronto

que Carrasco me había sorprendido, pude ponerme en guarda antes que él ni sus compañeros pudieran acercarse. Esta vez, ¡ay!, no llevaba revólver ni pistola alguna, puesto que no se me había ocurrido que podía encontrar ningún peligro a las siete de la mañana. Lo único que tenía para defenderme era una pequeña espada que usaba para las revistas. Con esta débil arma no podría sostener mucho tiempo a los diez o doce hombres que me rodeaban, armados con sus magníficos «machetes». Pensé en Francisco y en su casa, pero no hubiera podido distinguirle entre las demás, y ¡quién sabe, además, si me hubiesen dejado tiempo para llegar a ella, y si además le hubiese encontrado allí! Tal vez estuviese, y si me oía, pronto acudiría sin duda; pero era muy difícil.

Me agarré, sin embargo, a esta pequeña esperanza como el pobre naufrago puede agarrarse a un montón de paja.



de éste? Pues bien —continuó—, no quiero disgustaros. Decidle al diablo, cuando le veáis, que a quien debe su nueva víctima es al capitán Carrasco. Ahora, ¿estais pronto a morir?

No necesité saber más para comprender que había caído en una emboscada. Mis temores fueron confirmados al ver salir una docena de «pelachs» por las puertas que nos rodeaban. Se acercaron al sitio en que nos encontrábamos, evidentemente resuelto a tomar parte en el combate.

Ya no se trataba de un duelo. Comprendí que mi antagonista no había nunca pensado en semejante cosa. Dejé su tono caballeresco, y oí su voz pronunciar otra vez el terrible grito de «¡Muera el americano!».

CAPITULO XIX

Salvado por los «sombremos encarnados»

La calle de los Pájaros parecía llamada a ser el campo de mis batallas. Por segunda vez creía que no podía salir de ella con vida, y también por segunda vez me decidí a defenderme hasta el último momento. A pesar de la rapidez con

Grité con toda mi fuerza; dirigí mi voz hacia el lado donde suponía que estaba su casa. La calle de los Pájaros era designada para mí, pero se contentaba con proporcionarme sendos sustos, para después favorecerme, librándome de ellos. Esta vez también recibí socorro, aunque no de la casa de donde yo lo esperaba. La puerta de Francisco permaneció cerrada o al menos no fué abierta por él. En ella aparecieron unos veinte sombremos encarnados, que parecía estar en la calle en aquel momento. En cualquier otra ocasión la vista de aquellos compañeros aliados me hubiese hecho volver la cabeza con disgusto. Ahora me parecieron santos, puesto que eran mis salvadores. Llegaron precisamente en el momento crítico Carrasco y sus compañeros estaban ya tan cerca de mí, que las puntas de sus «machetes» distaban seis pulgadas de mi pecho. Al ver los sombremos encarnados se fueron por el lado opuesto con más prisa de la que habían tenido para seguirme un momento antes.

Viéndome libre de aquel peligro, me adelanté hacia mis salvadores. No podía comprender cómo se encontraban allí, hasta que los vi pararse delante de una casa, donde pidieron permiso para entrar.

Esta petición fué hecha en tono bastante brusco, y en términos que anunciaban la resolución que tenían de entrar con permiso o sin él.

Como nadie abría la puerta, empezaron a dar golpes en ella con las culatas de sus carabinas, que llevaban la mayor parte de ellos. La puerta al fin se cedió, y girando sobre sus goznes, quedó enteramente libre. Hasta entonces no se me había ocurrido la menor sospecha acerca de la clase de negocio que implicaba a mis antipáticos asociados. Se trataba, sin duda, de algún robo en medio del día, y era difícil encontrar otra explicación a su conducta.

Era una partida de vagabundos que obraba por su cuenta, sin ninguna autoridad que los dirigiese. No comprendí bien su objeto hasta que vi la cara de Francisco Moreno delante de la puerta que acababa de abrirse, que se presentaba furioso delante de los bandidos. Era su casa, que yo no había reconocido hasta entonces. En el momento de conocerme de esto, comprendí perfectamente el plan de los «sombremos encarnados». Querían arrestarle por haber causado la muerte de uno de sus compañeros la noche anterior, o ser, por lo menos, cómplice de ella.

Les oí dar esta explicación al joven capitán. Tenían bastante respeto a las leyes para hacerle el menor daño. Aún podría asegurar que tenían su resistencia al verle delante de la puerta con la espada en la mano, con todo el aspecto del hombre valiente que no se rinde más que a la muerte. Si se hubieran rendido, Dios sabe lo que hubiesen hecho. Estaba seguro que le hubieran dejado muerto en el acto en vez de llevárselo prisionero. Era una crisis en la cual hacía falta mi intervención, y en efecto, me apresuré a intervenir. No tuve que hacer más que quitarme mi abrigo y apuntar a uno de los ojales de mis botones. La menor desobediencia les hubiese costado un par de docenas de latigazos en la espalda: esta era la regla de nuestras leyes militares.

Pero no sucedió tal cosa. Ya sabía yo qué clase de gente era aquella (que por fortuna ignoraban el gran servicio que, sin querer, acaban de prestarme, ni sabían tampoco que yo había sido quien había mandado al otro mundo a su digno compañero). En cuanto a mí, no los temía; sólo pensaba en mi amigo, que si quedaba entregado sus buenos sentimientos no haría ya más visitas a la calle del Obispo. No entraba en mis planes permitir que fuese juzgado por el tribunal rojo y decidí librarle de su inevitable muerte. Les propuse ayudarles en su plan, con tal que sólo se tratase de llevarle preso, y que me prometiesen no hacerle el más pequeño arañazo.

Lo prometieron con bastante disgusto, y diez minutos después le conducían al cuartel ocupado por mi regimiento, para que no sufriera la humillación de verse preso en su misma casa.

CAPITULO XX

A las seis, en la alameda

Me costó muy poco trabajo esta vez librar al oficial del peligro en que le encontré, puesto que yo pertenecía al mismo ejército que aquella honrada gente. En cuanto supieron que yo conocía perfectamente el negocio, no solamente retiraron su acusación, sino que procuraron apartarse cuanto pudieron ellos mismos de las averiguaciones del consejo de guerra. Cuando hubo necesidad de ellos para dar testimonio en las investigaciones

nes que siguieron, no solamente uno, sino cinco de los soldados de Domínguez habían desaparecido.

Los cuatro que acompañaban al que quedó muerto por mí creyeron más prudente no sufrir el interrogatorio judicial y cuando los fueron a buscar no fué posible encontrarlos ni en su cuartel, ni en ningún otro sitio de la ciudad de los Angeles.

Se habían escapado sin duda a los montes, y yo sólo tuve que referir la historia de aquella batalla nocturna. Sus declaraciones me importaban muy poco. El episodio había tenido sus efectos beneficiosos. Fué una buena lección para nuestros renegados, que produjo después muy buenos resultados, si no para ellos, para aquellos que tenían la desgracia de estar en comunicación directa con semejante canalla. Lo que sí me importaba era que me habían atacado en la calle de los Pájaros, y que parecían tener en ella su cuartel general. Una hora después de haber salido de allí con mi escolta de «sombrosos encarnados», estaba otra vez de vuelta en el mismo sitio, acompañado de veinte hombres de mi regimiento, que me ayudaron a explorar aquella interesante localidad.

Pero los pájaros que buscábamos habían volado, y durante el tiempo que permanecí en la Puebla de los Angeles no volví a ver al cobarde agresor. Tuve más noticias suyas por Francisco que me refirió algunos capítulos de su historia, los cuales no me sorprendieron.

Había sido capitán del ejército mexicano, y lo volvería a ser otra vez si el tirano Santa Ana volvía a conseguir ocupar el poder. Cuando la estrella de este último brillase, el primero estaba seguro de recuperar su puesto.

Durante los intervalos que Francisco llamaba sus excursiones de recreo, el capitán acostumbraba a pasar largas temporadas entre las montañas.

—¿Qué hace allí?—pregunté yo inocentemente.

—¡Caramba, señor! ¡Parece mentira que lo preguntéis! Yo creí que todo el mundo lo sabía—fué la respuesta del capitán Moreno.

—¿El qué?

—Que el capitán es algo aficionado al oficio de saltador.

Me sorprendió menos esta noticia que el tono con que fué hecha. El joven mexicano parecía tratar este asunto con la mayor indiferencia, como una cosa casi natural; parecía concederle apenas la atención que se presta a una pequeña ligereza que escasamente podía suponerse un crimen, una de las «cosas de México». Pero formalmente pareció contestar a la pregunta que yo le hice después.

—¿Tiene el capitán Carrasco alguna relación con las hijas de don Eusebio Villaseñor?

—¿Por qué me lo decís, caballero? —me dijo palideciendo al oír el nombre de su amada—. ¿La conocéis?

—No tengo el honor de conocerlas más que de vista. Esta mañana las he visto en la catedral, y estaba también allí Carrasco, el cual parecía tomar demasiado interés en sus devociones...

—Si fuere verdad... Pero no es posible. No se atreverá. Decidme, caballero, ¿qué habéis observado?

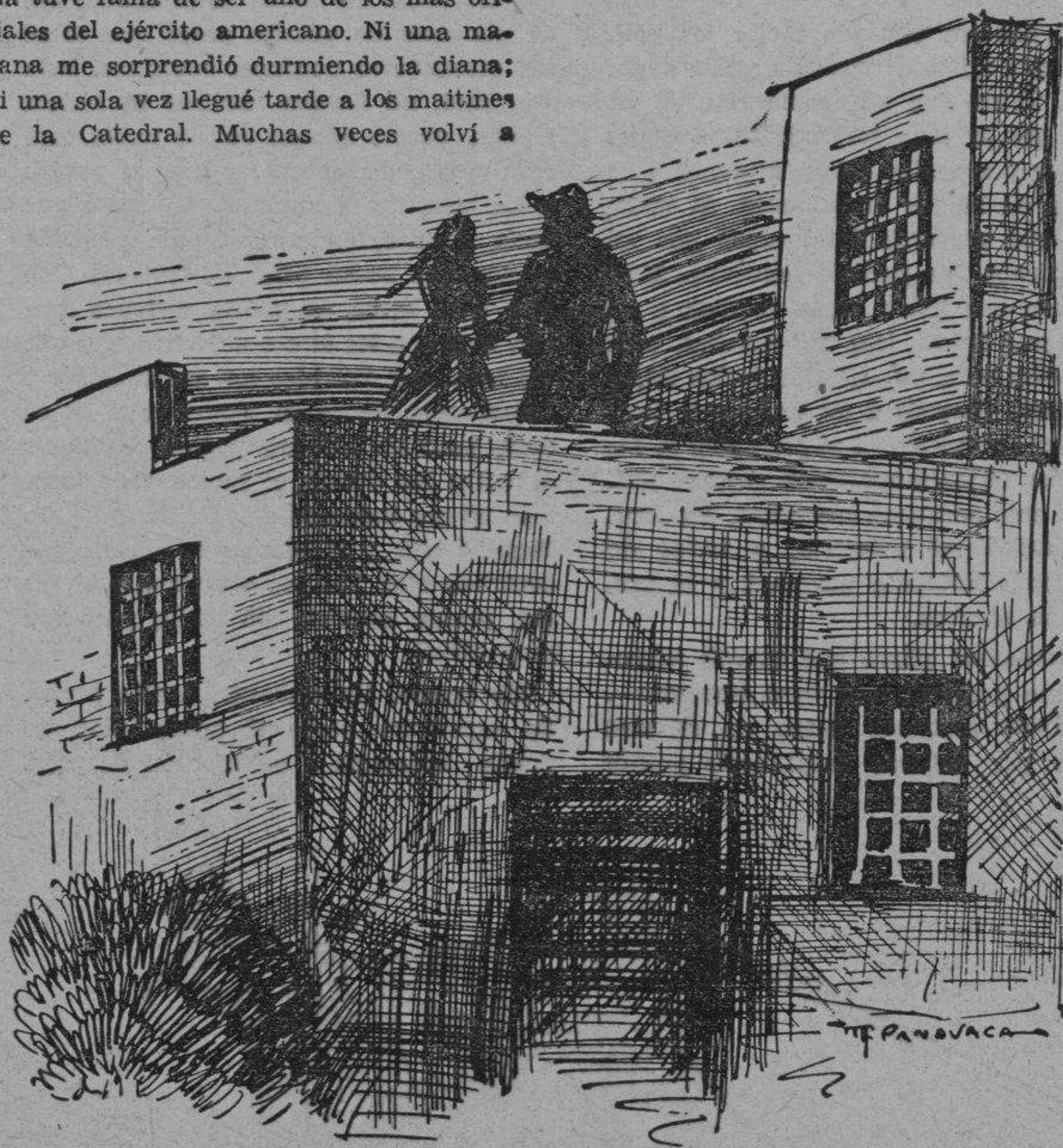
—¡Oh! nada más que lo que os he dicho.

—¿Sabíais algo de esto?

—En verdad que no; es solamente una idea que se me ocurrió, por ciertas pequeñas queñeces que creí observar; pero tal vez me equivoqué. No vale la pena de ocuparse de ello.

Ni una palabra le dije a Francisco de mis hermosas esperanzas. Desde aquel

día tuve fama de ser uno de los más oficiales del ejército americano. Ni una mañana me sorprendió durmiendo la diana; ni una sola vez llegué tarde a los maitines de la Catedral. Muchas veces volví a



ver a Mercedes. Siempre se encontraban nuestros ojos con la misma expresión de simpatía; cada vez parecía que nos entendíamos mejor. Y, sin embargo, ni una palabra había pronunciado. Temía aventurarme demasiado; hubiera sufrido un desengaño cruel si por casualidad mi amor propio me hubiese engañado. Otra vez se me ocurrió el gastado recurso de escribir, y ya tenía preparada una carta para entregarla no al cochero, sino en propia mano. Se trataba únicamente de buscar una ocasión, cuando, confundido entre la multitud, pudiera yo colocarme bastante cerca de ella.

Por dos veces había procurado acercarme sin conseguirlo. A la tercera tuve más suerte, aún cuando no la apro. No hubo necesidad. El deseo que yo había manifestado en mi carta, fué mejor expresado por la misma Mercedes. Al bajar los escalones para ir a la calle, sus labios se acercaron a mi oído de tal modo que pude oír perfectamente las palabras de su dulce secreto: «¡En la Alameda, a las seis!».

CAPITULO XXI

Una cita y un desengaño.

Con semejante cita, ¿qué hombre hubiera podido contenerse hasta el punto de no llegar demasiado temprano? Como en aquel sitio se puede pasear de tres modos, a saber: en coche, a pie o a caballo, la cuestión era adivinar de qué modo vendría Mercedes: lo natural era que viniera en su carruaje aún, cuando yo hubiese preferido que llegara a pie. Yo al menos me figuraba que así sería, y por eso vine a pie también, y sin uniforme, que hubiera llamado más la atención.

Estaba paseando despacio, como si admirase las flores y estudiase las estatuas, para engañar a los que pasaban cerca de mí, porque en verdad en aquel momento hubiera sido imposible ocuparme del arte, ni de las bellezas de la naturaleza. No pensaba en más belleza que en la femenina, impaciente por admirarla en su tipo más perfecto. ¿Vendría a pie, a caballo o entre cristales? Teniendo presente la época azarosa que atravesaba el país, y la presencia de los «sombrosos

encarnados» en la alameda, lo último era lo más probable. A pesar de esta suposición, yo miraba con la mayor atención todas las señoras que paseaban a pie, aún las que usaban el más humilde rebozo. Por más que dijese su hermana, tal vez Mercedes no tenía la libertad de salir siempre que quisiera. Tal vez se había visto obligada a disfrazarse para acudir a la cita. Mis suposiciones cesaron al fin, y con alegría vi que eran equivocadas. Dolores había dicho la verdad. El cochero con su negro y lustroso sombrero y chaqueta de paño azul, que guiaba un par de «frisonos» de los más hermosos que había yo visto en La Puebla, no podía menos de ser aquel que había perdido una onza por entrenarse demasiado en sus obligaciones. No me ocupé de él; mis ojos miraban la preciosa cara que asomaba por los cristales del coche. Era una carretela de elegante construcción con cristales al frente y a los lados. El hermoso rostro que se veía detrás de ellos parecía todavía más bello con su interposición. No tuve que fijarme demasiado para identificar la persona. No era fácil de equivocarse la expresión angelical de Mercedes. Es verdad que yo la había cambiado ya una vez; pero había sido a la incierta luz de los faroles de su calle. Ahora la veía con la claridad del sol, y en verdad a ella; me pareció más hermosa que nunca. Sus ojos de azabache, el carmín de sus mejillas, sus labios... pero no tuve tiempo de observar más detalles. El carruaje se acercó; vi que no había en él más que Mercedes, sin más hermana ni más tía Josefa; ni siquiera una doncella la acompañaba. Era muy cierto lo que Dolores había dicho. ¡Pobre Dolores! No pude menos de sentir cierta simpatía por ella, mucho más siendo ahora Francisco tan buen amigo mío. El carruaje venía despacio; los hermosos caballos apenas trotaban. Tuve tiempo de apartarme un poco, siguiendo los consejos de la fastidiosa prudencia. Hasta el amor tiene sus instintos de precaución, especialmente cuando tiene plena confianza en el objeto amado. El mío buscaba algún sitio apartado de la alameda donde pudiera observar sin ser observado más que de la señorita que ocupaba la carretela. La fortuna me ayudó; encontré unos árboles, detrás de los

cuales podía esconderme perfectamente. Bajo su sombra había un rincón, dado al parecer; era precisamente el sitio que yo buscaba. En diez segundos situé debajo de sus ramas; en diez llegó el carruaje al sitio donde yo estaba, siempre andando muy despacio. Mis ojos encontraron los de Mercedes; deslumbrado por su belleza, me quedé rándola fijo. Imposible que mis ojos dijieran todo lo hermosa que me parecía, pero lo que difícilmente podría ella vinar era el miedo que se apoderó de mí en aquel momento. Le sentí en el corazón; ¿pero cómo expresarlo con los ojos? Era la humildad de un hombre que comprende su inferioridad, que comprende que no merece la mujer que se ama. Me sentía capaz de adorarla; y sin embargo, cinco minutos después la miraba Pasó mirándome, pero sin parecer conocerme. Solamente cuando dejó de mirarme pude interpretar su expresión; entonces me impidió hacerlo una presa que me dejó muerto... ¡una presa que me puso frenético! En lugar de la sonrisa que yo esperaba, la que me dirigía era como la que se dirige al más indiferente. Sin embargo, no era precisamente frialdad lo que me expresaban: había en ellos una especie de saludo ceremonioso, y como cerrado en no sé qué reserva, que yo no podía expresarme. ¿Era precaución? ¿coquetería? No sé por qué me fijé en la última suposición. Miré a la carretela como pidiendo una explicación; pero era fácil encontrarla, porque lo único que podía ver era la parte de atrás del coche. La tuve sin embargo, un momento después. Un poco más allá del carruaje un hombre que no me era desconocido. Obedeciendo las espuelas de su jinete, el caballo atravesó el camino que le separaba de la alameda y se colocó al lado de la carretela. Por la ventana de ésta apareció un hermoso brazo, y en el momento una pequeña mano alargada que me ofrecía una carta en el extremo de sus dedos. Imposible recibirla con más delicadeza y más prontitud, ni ocultarla con más cariño y cuidado que lo hizo mi amigo Francisco Moreno, que «nunca más me miró en adelante».

CAPITULO XXII

Se llama Dolores

Hay una cosa de que no es posible dudar, que no admite discusión de ninguna clase. Los celos son el mayor enemigo que puede destrozar el corazón humano. Los dolores agudos que pueden ser de varias clases, más o menos fuertes, según su género, pero esta horrible pasión, o como queráis llamarla presenta fases muy distintas.

Mucha era mi rabia contra el hombre que me hacía sentir aquel suplicio; pero ¡la mujer, la mujer!... Su coquetería, me volvían loco. ¿Qué beneficio podía producirle mi desagravio? «En la Alameda a las seis», había yo estado, a la hora precisa, y también. Había yo oído perfectamente seis campanadas en veinte torres los días anteriores; cada una de ellas había sonado en mi corazón como si un martillo tratara de introducir en él un eterno clavo. En algunos momentos oí el continuo ruido prolongado por el eco de las montañas. Parecían campanadas de entierro. ¡Qué mujer...! ¡Un ángel de belleza!

CONTINUA EN LA
PAGINA 11

PARA SU marido es Minnie. Para el público es Myrna Loy. Pero para mí es, sencillamente, "La Reina."

De todas las estrellas con quienes he tenido el placer de trabajar, ninguna más graciosa y agradable que "mi reinita". En su jardín o en estudio, en el patio de una granja o guiando un camión, es algo que impresiona a los muchachos de manera única.

Conoció a Myrna cuando filmaba "Vuelo Nocturno". De eso hace más de cinco años y ella no era todavía una estrella. Pero no ha cambiado desde entonces. También trabajamos juntos en "Alma de Médico", "Por Sendas Distintas", "Entre Esposa y Secretaria", "Saratoga", "Por su Patria y por su Dama" y "Piloto de Prueba". Y ahora actuamos en "El Irresistible", una película muy interesante. De manera que sé lo que digo cuando me refiero a ella.

Al principio me sentía un poco atemorizado de Myrna. Creí que era misteriosa, pero pronto me convencí de que estaba equivocado. Y supe también que es igual para todos, que lo mismo trata al más humilde compañero que al director más pretencioso. Todo el mundo puede hablarle a Myrna Loy, que ella lo escuchará interesada.

Es una persona tratable que tiene sus propias ideas y sabe mantenerlas a través de todas las circunstancias. Obtiene también todo lo que quiere, porque para ello utiliza un sistema que nunca le falla. Y no hay nada vano acerca de "La Reina". Tiene to-

REINA de hollywood

POR CLARK GABLE

neladas de pecas en el rostro, pero nunca tratará de esconderlas, ni siquiera cuando acude a una gran fiesta

Nunca la he visto confundida o ruborizada y yo me preguntaba el por qué. Ahora lo sé. En su niñez vivía en los campos ganaderos de Montana, y montada a caballo recorría con su padre—enorme y huesudo ganadero—las planicies pobladas de vacas. Aquellos tiempos debieron templarla para la vida, porque ahora pone de manifiesto la mentalidad de un hombre, lo mismo en lo que se refiere al cine que cuando habla de cualquier otro tema.

En su hogar, que yo he visitado muchas veces, vive una vida sencilla.

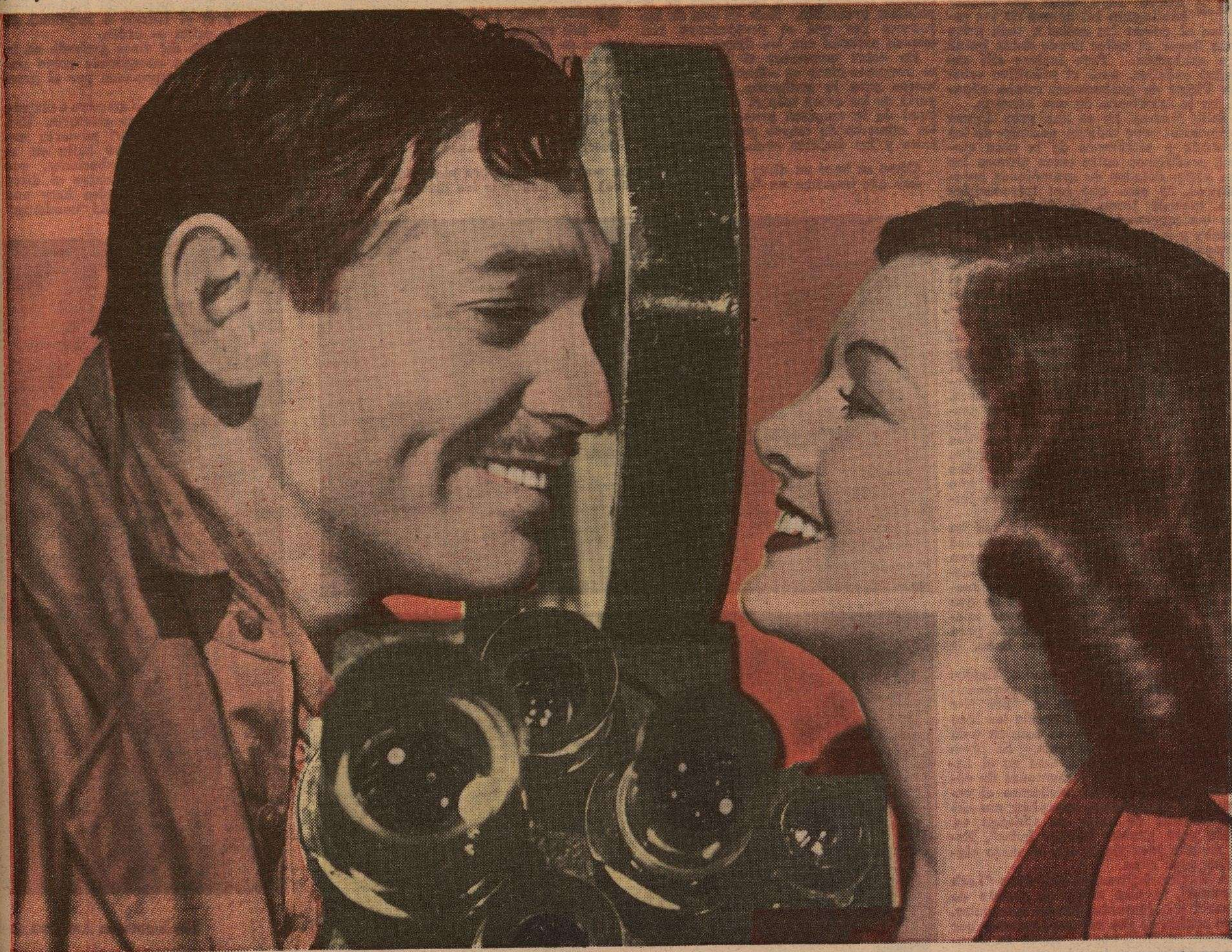
Cada vez que se ríe o se gastan bromas en el "set", allá está Myrna en mitad del jolgorio. En una ocasión tenía que estrellarse con su aeroplano. Se trataba de una escena nocturna y el avión tenía que incendiarse. Y se incendió varias veces, y en una de ellas Myrna estuvo en verdadero peligro por un instante. Pero no se inmutó. Cada vez que el aeroplano cogía fuego accidentalmente, debido al fuerte viento, Jack Conway, el director, gritaba:

—¡Apaguen el fuego!

Fué una idea de Myrna: cuando terminó la filmación obsequiamos a Jack con un casco de jefe de bomberos, un hacha y una máscara de gas.....

TAMPOCO se oirá una protesta de Myrna si el productor, Larry Weingarten, le pide que trabaje con exceso. El otro día llegamos al estudio a las 8 de la mañana y a las nueve ya estábamos laborando ante la cámara. Salimos a almorzar a las 12 y a la 1 estábamos de regreso. A las 6 fuimos a comer y a las 7 retornamos al Lote 2 donde hacíamos escenas de selva. A media noche descansamos media hora que dedicamos a comernos unos emparedados con café con leche y a las tres y media de la madrugada terminamos la última escena.

En todo ese tiempo Myrna no protestó ni una sola vez. Otro record que hay que concederle a "La Reina".



El Disco

HA RETORNADO

Por Max de Abad

EN 1899 un sujeto llamado Billy Murray, más tarde famoso en Nueva York, tuvo que evadir hábilmente los cascos de los caballos al cruzar las calles a toda prisa para llegar al taller donde debía hacer una grabación. Pero incluso allí encontró caballos, pues el primitivo estudio Victor de grabaciones estaba situado en la trastienda de una herrería.

Billy Murray no es una gran figura legendaria: vive todavía gozando de los cabarets y restaurantes de la gran ciudad, prefiriendo entre estos últimos los que están dotados de gramófonos automáticos, de esos que con introducirles una moneda tocan los últimos discos con las canciones de Dick Powell, Bing Crosby y Mildred Bailey, o dejan oír las orquestas de Jimmy Dorsey, Benny Goodman, Count Basie y Chick Webb. Desde 1919 hasta 1929, el disco era el furor, con la aguja girando constantemente sobre él como fuente de inspiración para todos. En 1929 llegaron, retumbantes, las películas habladas y el radio y si el lector pertenece a mi generación, seguramente recordará que el arribo de estas innovaciones, fué prácticamente el principio del fin del disco. Pero en estos momentos hemos descrito la parábola completa del ciclo: hemos vuelto al disco del gramófono. Los colegiales de hoy día, con gran orgullo, invitan a sus amigas a escuchar "los últimos discos." Desde 1929, el año que corremos ha sido el de mayor importancia para esta industria.

Nadie puede decir cómo ni por qué ha tenido lugar esta restauración, pero los fabricantes de discos no se preocupan de esta faz del asunto. Todos sus esfuerzos tienden a descubrir los números de mayor posibilidad antes de que el radio los popularice, o a crear nuevos nombres, a descubrir artistas para lanzarlos por medio el disco hacia la fama.

Por ejemplo, en los Estados Unidos las hermanas Andrews eran desconocidas hasta que grabaron el "Bei Mir Bist du Schoen". Esta canción las hizo famosas y hoy el disco se toca en todo el mundo, menos Alemania. El disco les proporcionó un programa en el radio, ofertas del cine y montones de dólares. El día en que visitamos el estudio de grabaciones, cantaban sin cesar después de venir de Chicago en avión para grabar "cuatro lados". Esto da una idea de lo que el disco significa para ellas.

A Maxine Sullivan un solo disco "Loch Lomond", la hizo saltar de corista de cabaret con cuarenta dólares semanales, a un sueldo de dos mil cuatrocientos por semana en Hollywood. Hasta su nombre de Sullivan se lo debe al disco, pues Sullivan fué el nombre que la casa Brunswick escogió al azar para ella cuando hizo su primera grabación.

El titulado "Martha", todavía produce muchos dólares a Connie Boswell, que lo grabó. Hablando de otros, Bing Crosby cuenta el actual como su mejor año, pues ha vendido más discos que nunca; entre las orquestas, las de Jan Garber, Kay Kyser, Sammy Kaye, Jimmy Dorsey, Dick Robertson, Larry Clinton y Jimmy Lunceford deben su gran renombre a los discos de gramófono. Estas bandas adquirieron su reputación casi exclusivamente con los discos que grabaron el año pasado.

EL presenciar cómo estas bandas graban un disco, es algo divertido, tan divertido como hallarse en un escenario cinematográfico. Todo parece ocurrir a la vez. Los técnicos grabadores gritan instrucciones por los altoparlantes desde el cuarto de regulación; el director de orquesta anima a sus músicos, cambia las piezas y va de un lado a

otro por el estudio, cerciorándose de que todo está en orden.

Durante las grabaciones estos directores de orquesta se muestran más nerviosos que en las difusiones por radio, o cuando aparecen en persona en algún palacio del cine, pues una vez que el disco se graba, permanece como documento viviente de la música que el director es capaz de producir.

La excepción es Jimmy Dorsey, que siempre permanece imperturbable y frío como un pepino. Y tiene que ser así, porque cuenta con una poderosa banda que de no dirigirse debidamente, resultaría estridente. Jimmy prefiere que para grabar un disco sus músicos estén más bien "cansados" que llenos de ánimo, porque cuando sucede lo último con facilidad "hacen explosión". A veces ocurre que se hacen diez discos maestros antes de lograr uno que sea satisfactorio.

Cuando se escucha una orquesta o un cantante en un disco, puede asegurarse que los oyentes no lo escuchan con un oído tan crítico como el de ellos mismos, pues en las grabaciones están deseosos de hallar en qué fallan y qué errores cometen para corregirlos en la próxima grabación. Esta es una de las razones por qué se perfeccionan tan buenos artistas con los discos.

En estos momentos el lector quizá se pregunte cómo se seleccionan los números para la grabación. En la mayoría de los casos toca al director principal de la empresa grabadora escoger los números de mayor probabilidad de éxito y las mejores orquestas para to-

carlos. En la Decca esta labor está a cargo de su presidente, Jack Kapp, muy ducho en la materia. No podría ser de otro modo, ya que sus negocios dependen de su habilidad.

En realidad Kapp es un jugador. La única diferencia entre él y el que pone su dinero sobre un tapete verde es que Kapp sigue los impulsos que le dicta el oído. Es muy conocido entre los editores de música, y tan pronto como éstos compran una canción, Kapp está siempre presente para oírlo. Los cacioneros, aún los que no tienen relaciones con los editores, lo conocen perfectamente lo mismo que los propietarios de cabarets, pues siempre se le ve en ellos tratando de descubrir el último número de cualquier artista.

Si escucha uno que le gusta, ruega que le guste igualmente al público, contrata al artista o la orquesta entera y graba el disco. Si se trata de un número como "The Music Goes Round and Round", que provocó la risa de los editores y fué inexorablemente descartado por el radio, pero que con el disco tuvo éxito sorprendente, entonces la selección es muy acertada y lucrativa.

PERO desgraciadamente, como siempre sucede en estos casos, los editores de radio, que se rieron y lo descartaron, son los primeros en aprovecharlo para venderlo hasta la saciedad. Así pues, Kapp tiene que ser el primero en acertar y el primero en hacer dinero con toda rapidez. Como se sabe, hay tres compañías importantes: Decca, Victor y Brunswick. Entre las

tres hacen unos treinta y dos discos nuevos por semana, por lo que el selector de los números tiene que ser rápido como el rayo... o no sirve para el negocio.

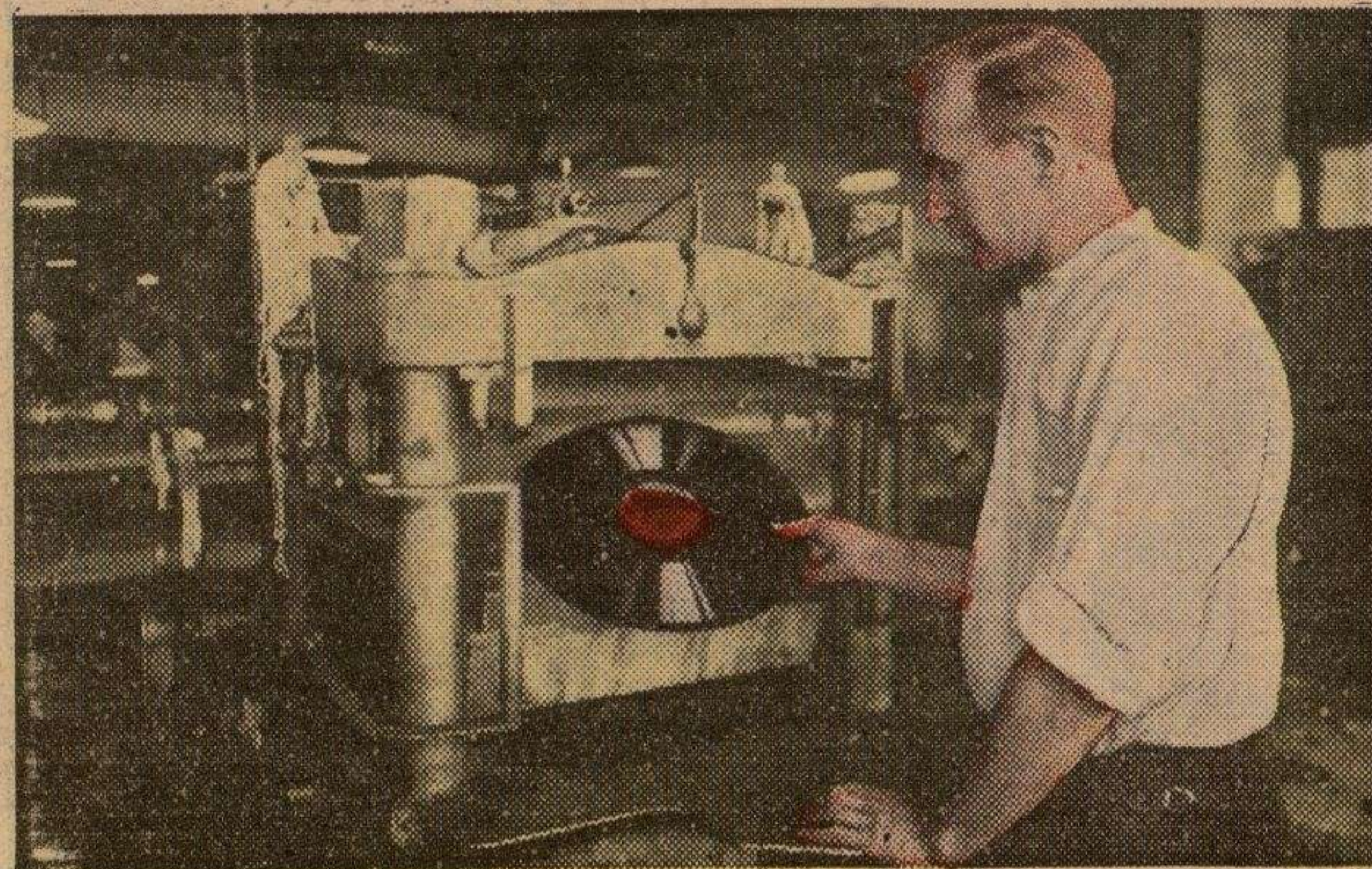
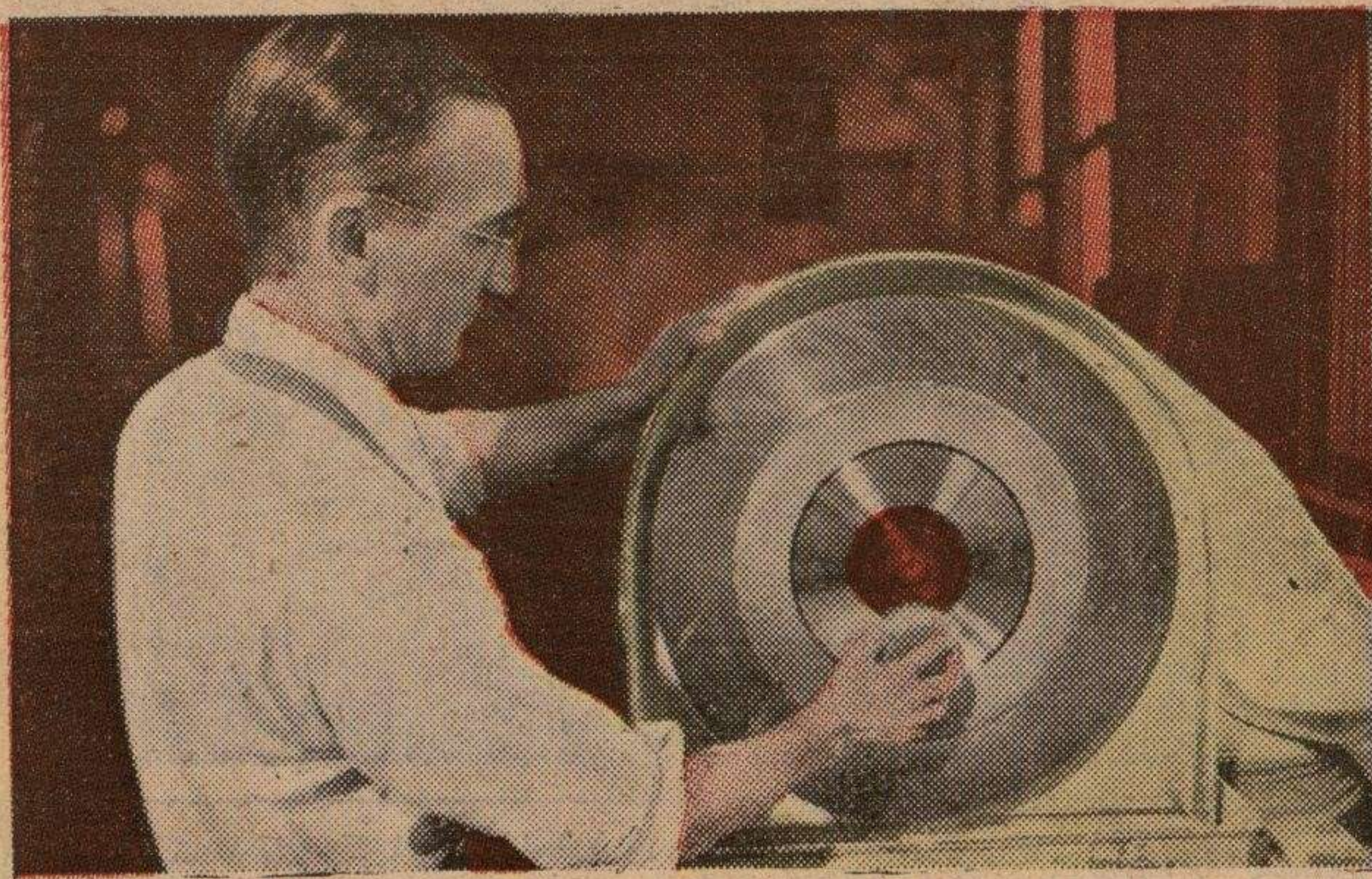
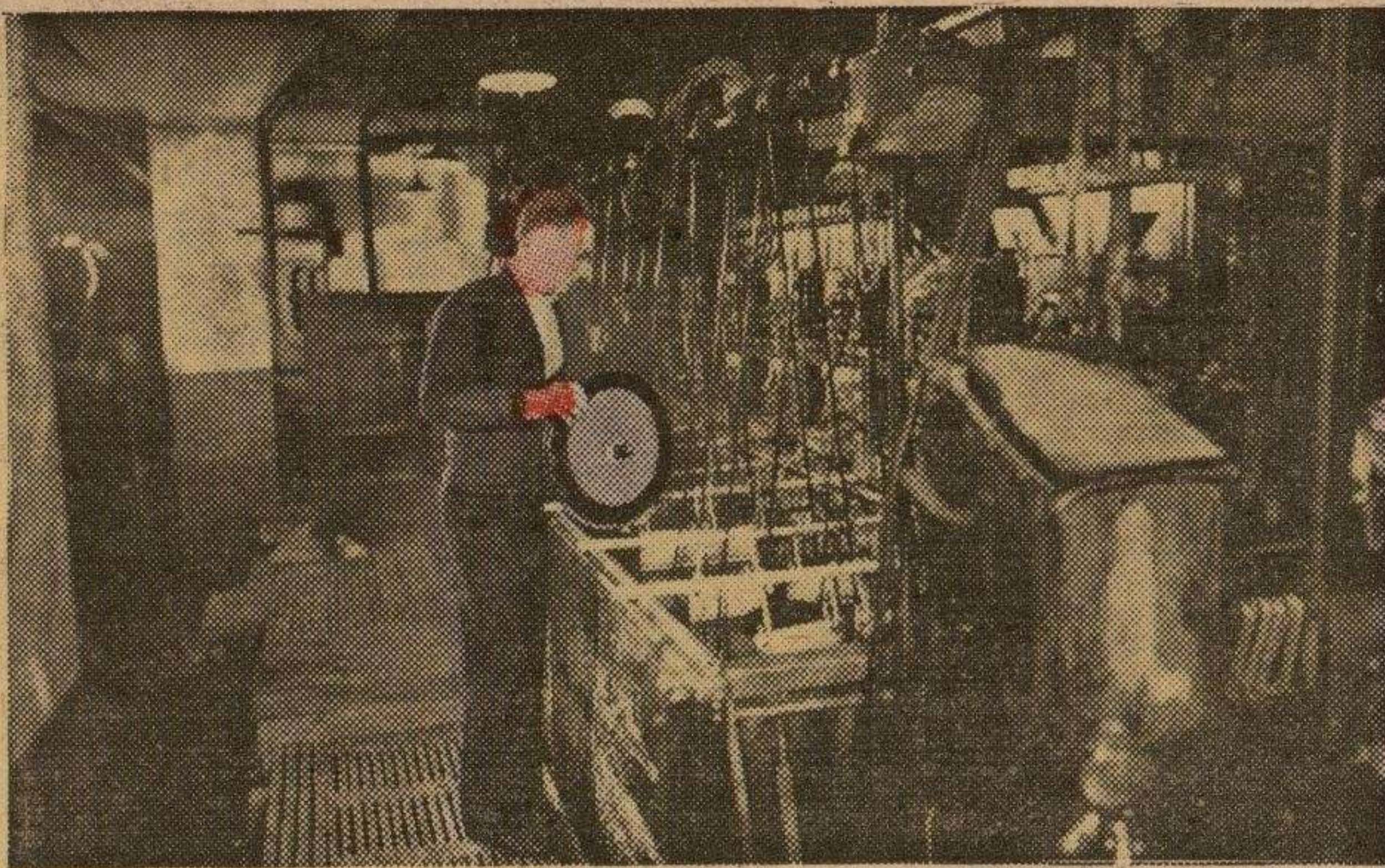
En orden de importancia le sigue el técnico grabador. La mayoría de los datos que aquí se exponen fueron obtenidos de la mano derecha de Kapp, Bob Stephens. Bob se ha dedicado a esto durante diez años y fué el que contrató a Bing Crosby, entonces uno de tantos con el cuadro rítmico de los Whiteman, como relleno para cantar con las orquestas.

La labor de Stephenson consiste en producir un disco atrayente, claro y perfecto, después que su superior ha escogido el número y la orquesta. Cada una de estas ha de ser atendida de modo distinto y Bob tiene que hacer de comediante y de hombre de ciencia, de músico y de crítico.

Antes que nada ha de dar al estudio una atmósfera alegre y ligera, para que los artistas se sientan a sus anchas y trabajen a gusto. Una vez que empiezan a tocar, tiene que sentarse en el cuarto de regulación observando los cuadrantes para ver si el volumen es correcto y si el tiempo e infinidad de otras cosas están en orden.

La impresión del disco grabado en la pasta, no es tan complicada como pudiera creerse. Empecemos por el principio:

Lo que se llama disco maestro o matriz, se coloca sobre una mesa giratoria. Una luz que significa "listo" advierte entonces al artista, que se halla en el salón grande de las grabaciones, que se prepare; se aplica entonces al disco la aguja cortante, el técnico hace una seña al artista y la seña de "comienzo"



Las hermanas Andrews grabando.

se enciende. El artista canta pendiente del técnico, que por señas puede indicarle que cante más bajo o más alto. El técnico tiene en la mano un cronógrafo para cerciorarse de que el período de tiempo es el correcto, pues generalmente los discos no deben durar más de tres minutos ni menos de dos minutos y cincuenta segundos. En el cuarto, con el técnico de grabaciones, está su ayudante, que regula el volumen y la calidad del tono.

Una vez grabado el disco maestro, se sumerge en un tanque de galvanoplastia durante 18 horas. Así se forma una capa de cobre sobre el disco, convirtiéndolo en 'matriz de cobre', que entonces se niquela.

La matriz de cobre vuelve al baño y sobre ella se coloca otro disco que, terminado el proceso, se llama "estampador". Este "estampador" es el que produce los demás discos, porque en él el rayado y depresiones de la matriz aparecen en relieve que puede imprimirse o estamparse en otros discos. La operación de estampar es muy sencilla: solamente se coloca el disco estampador sobre la pasta y se aplica presión,

lmente, esta parte del pro- se ejecuta en una máquina. Sin embargo, las compa- toras tienen rgan cuidado y siempre la matriz de cobre, que si ocurre algún accidente "ador", puede inmediatamente

industria de los discos la com- es muy encarnizada. Las compañías mantienen repre- la puerta de los teatros y radiofusión para contratar. Si una orquesta tiene representante de la compañía va inmediatamente a verlo mostrarle las ventajas de im- os con ella. de la rivalidad en contratar la faz más importante de ncia es la selección de nú- se captan el faovr del público. compañía grabadora descubre número, uno de esos que se el pan, es seguro que las compañías harán todos los es- ra producir un disco mejor número. Una de ellas, para competencia con el "Bei Mir Hoeh", grabó trece discos de cada uno por un artista dis- parezca extraño, no son los cañiles populares los que más se uno de esos de tono dulce por Dorsey o por Lom- mayor salida. Los núme- ridad como el "Oh Ma Ma" y "Wo se Rompió" son de los en la lista de las ventas. esperanza que acarician to- compañías productoras es esta- especialidad. Una de ellas

tos discos son una bendición para los propietarios de estaciones de radio pequeñas, sin dinero suficiente para contratar las grandes estrellas.

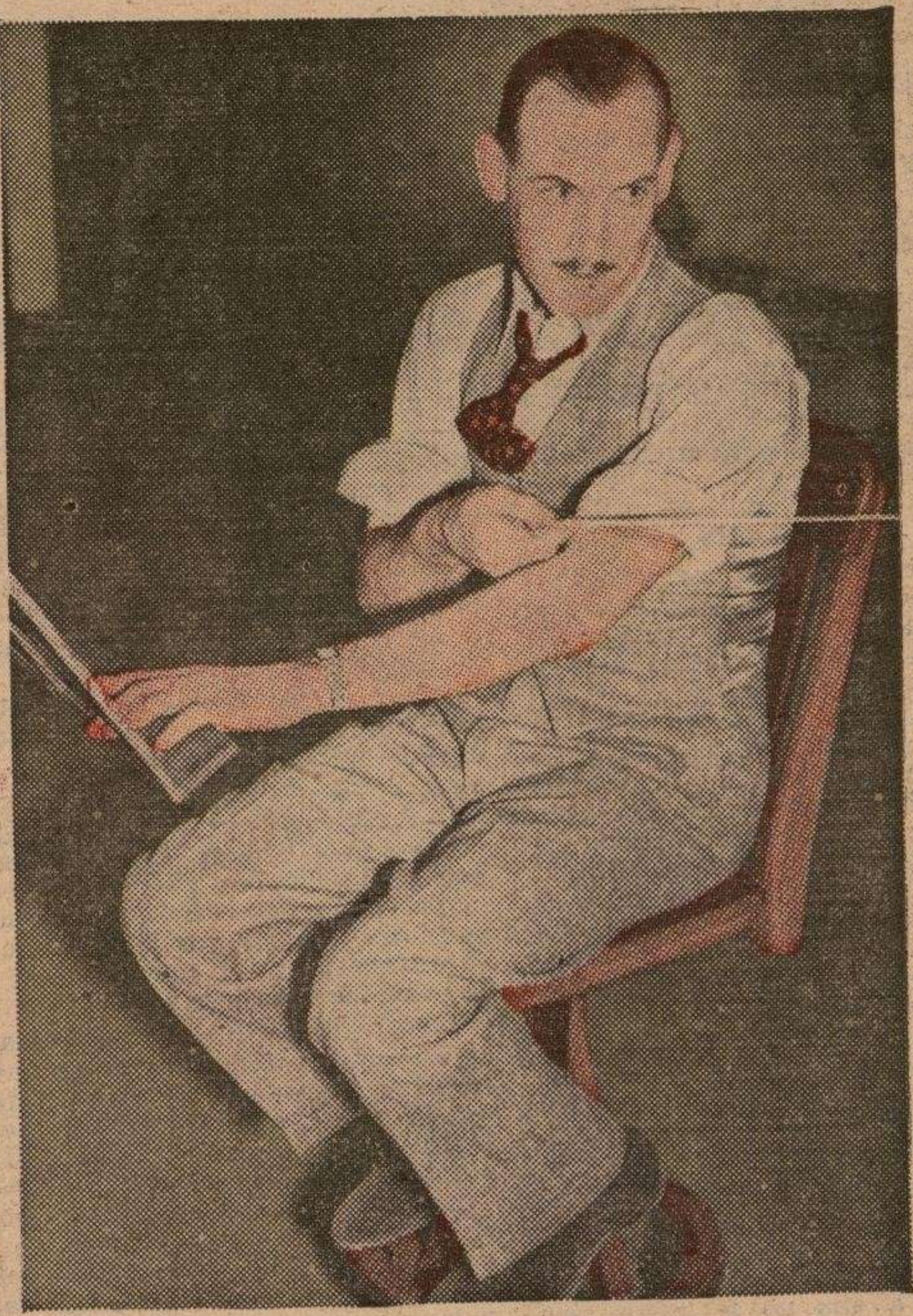
EN estos momentos las relaciones entre las empresas de radio y las de discos no son muy cordiales. Si se examina un disco corriente se verá que lleva estampado estas palabras: "para usarse en la casa solamente." Sin embargo, continuamente se escuchan por radio estaciones que difunden música de discos.

Las compañías productoras se preparan para entablar pleito a estas estaciones, alegando que el tocar los discos por radio es ilegal. Aducen, al mismo tiempo, que no es equitativo para ellas, pues tocando un disco por radio hasta la saciedad, sus ventas se reducen en un 50 por ciento.

Ahora que las empresas productoras se hallan sobre una base firme, es de esperarse que logren su objeto, pues en muchos casos los artistas están de su parte, ya que la mayoría percibe un porcentaje sobre la venta de sus discos, y las estaciones pequeñas que los tocan hasta hacerlos detestables les causan gran perjuicio.

Las grandes estrellas del cine y del radio están actualmente haciendo más discos que nunca. Deanna Durbin, Sophie Tucker, Judy Garland, Dick Powell, Nelson Eddy y Gene Audry, con frecuencia prefieren eludir un compromiso por radio y salir apresuradamente de sus estudios para grabar discos.

Grabando discos: de arriba abajo: Frances Langford y Bing Crosby, Sybil Jason con Harry Jacobsen, Dick Powell y Victor Young, y Jimmy Dorsey.



Larry Clinton, el nuevo furor en orquestas, dirige su banda.

la de interpretaciones ameri- n ú m e r o s extranjeros. En do hacen cuanto está a su al- de implantar una temporada "ca melancólica" hasta produ- obra que ponga de moda los Hawaii. labor poco placentera es conser- alto en el concepto público el de una orquesta. Si ésta es y graba demasiados discos, pronto se cansa de ella. Si bastantes, el público pronto la hay que lograr un punto me- un disco cada tres semanas, o y ocho al año. Los cantantes, general, producen un número música de las bandas de negros es difícil de grabar y, por lo venen que "incubar" un número varias semanas antes de tocarlo entemente bien para la graba- tata "incubación" quiere decir una vez tras otra hasta que igual. mayoría de las compañías produc- en igualmente transcripciones por radio, ya se trate de de episodios dramáticos. Es-

Con las orquestas sucede lo mismo. Sammy Kay, el maestro de la música negroide, que hace poco tenía que tocar cinco veces diarias en el teatro Paramount de Nueva York, decidió dedicar dos noches seguidas y enteras a grabar discos para la Victor. Ello requirió un gran esfuerzo por parte de Sammy y sus músicos, lo que da una buena idea de la importancia asumida por la grabación.

Al parecer no hay nadie que pueda explicar por qué al presente los discos se venden por millones, pero quizá se deba en gran parte a los anuncios comerciales que se intercalan en los programas de música. El público es exigente y quiere su música cuando siente ganas de ella. También puede ser que la música que proporcionan los discos es de mejor calidad.

El gramófono automático, en el que se inserta una moneda, ha sido un gran factor. Un sesenta por ciento de los discos vendidos es para los propietarios de estos aparatos. No hay que olvidar tampoco a los colegiales, que adquieren los discos tan pronto se ponen en venta, ni a los amantes de la música clásica y del "bel canto."



El Recuerdo

SOLA en su amplio coche crema, Paula Bailey se dirigía a la función del Círculo Dramático.

Durante la función miró atenta, admirando la caracterización de Bill Curtis en el papel de bailarín y cantante de "Las Delicias del Idiota."

—Es mejor que Lunt—dijo después al director del Círculo, llena de sinceridad. —Me gustaría conocerle.

A poco el director hizo la presentación entre bastidores.

Lo único extraordinario—si se podía decir así—de aquella presentación, fué el silbido de un aprendiz de tramoyista que mientras movía telones y cuerdas modulaba el aire de la canción "Gracias por el Recuerdo."

El silbido del tramoyista subió de punto al tomar Bill el brazo de Paula y salir del teatro sin siquiera quitarse el maquillaje. Bill Curtis era hombre sencillo, que ejecutaba aun las cosas más importantes guiado por un proceso inconciente de selección natural.

Se dirigieron a la playa y se sentaron a la pálida luz de la luna inmensa y amarilla, que marcaba en el indigo mar una ancha estela como de luz solar, y hacía brillar en mil destellos el rocío de las olas.

Entre muchas otras cosas, Paula dijo a Bill que siempre recordaría la canción de "Gracias por el Recuerdo" porque el tramoyista la silbaba entusiasmado en el momento en que se habían conocido. Para ella las canciones siempre tenían trascendencia, por ejemplo, "¿Recuerdas?", le hacía inolvidable su propio debut, y "Eres mi dicha" le traía a la memoria el primer baile formal a que había asistido.

—Cántela—dijo Bill. —Yo también quiero recordarla.

PASO algún tiempo. Paula desistió de la idea de reunirse con sus padres en Europa, prefiriendo quedarse sola en el gran palacio veraniego de los Bailey y asistir a la escuela de declamación que mantenía el Círculo Dramático.

De todas las alumnas, Paula era la más perezosa, pero su talento natural para representar le permitía seguir adelante casi con ventaja y pasar largas horas en la playa enseñando a Bill sus propios papeles. Bill, por su parte, era lo opuesto a ella, pues tenía todo su empeño y entusiasmo en repetir sus partes una y otra vez, mientras Paula las seguía con el libreto.

EN la casi desierta avenida de palmas Paula detuvo el coche y echándole los brazos al cuello y juntando su

mejilla a la suya, le dijo:

—Bill, querido, tú sabes que la gasolina la cargan a la cuenta de papá y yo estaba aburrida del traje de franela. Estas cosas no tienen importancia. Para mí lo que vale estar contigo, y eso tú lo sabes bien.

—Pero Paula, es que... cuando nos casemos no habrá mucho dinero. Los actores no siempre trabajan...

—Bill ¿te he oído bien?

—Seguramente—dijo Bill sin levantar los ojos.

—¿Es decir que realmente piensas en que nos casemos?

—Por supuesto. Ya he escrito a mi madre sobre tí. ¿Crees que he hecho mal?

Por todo un minuto los dedos de Paula se crisparon sobre el volante. Después se volvió hacia él ofreciéndole sus labios.

—Ya sabes que nó, querido.

Después del beso el coche arrancó lentamente.

—¿Es que no se te ha ocurrido, mi lacónico Lotario, que papá y mamá tengan algo que decir sobre esto cuando regresen?

—Ya lo creo, Paula, pero cuando dos personas se aman como nosotros, no les queda otro remedio que casarse ¿no crees tú? Por lo menos así pienso yo. De todos modos, yo... ahora... ¿no podría vivir sin tí, Paula?

ERA evidente que Bill había caído en gracia a los Bailey. Al día siguiente de su llegada fué invitado a comer y escuchó a Martin Bailey narrar sus peripecias con la troupe teatral de que había formado parte muchos años antes, cuando conoció a su esposa en una de las pequeñas ciudades donde representaron.

—Yo era un actor tan mediocre que decidí abandonar el teatro y dedicarme a la ferretería—concluyó Martin Bailey riendo a carcajadas al terminar su "roastbeef."

—¡Nada de eso, eras magnífico!—arguyó su esposa.

—¡De todos modos fué mejor así, querida! ¡Nos salimos de las tablas e hicimos fortuna!

El rostro de Bill se iluminó repentinamente al darse cuenta de que éste episodio romántico parecía repetirse cabalmente en su propio caso.

—¡Qué casualidad!—exclamó radiante—. Exactamente lo mismo que Paula y yo, excepto en que no me creo tan mediocre que haya de abandonar las tablas por la ferretería.

Los esposos Bailey se cruzaron una rápida mirada. Paula, alerta, dijo:

—Mejor es que tomemos el café en la terraza, mamá.

—¡Albricias!—pensaba Bill—Esto me salva. ¿Pero, por qué dije lo de mediocre?

Salía ya siguiendo a Paula, cuando Martin Bailey le detuvo:

—¿Podría hablar dos palabras con Ud.?—preguntó.

—¡Papá!—exclamó Paula volviéndose sorprendida.

—Con gusto, señor—respondió Bill alegremente. Los dos hombres se dirigieron a la biblioteca.

—¡Está hecho!—se decía Bill—Pero cada uno tiene su orgullo.

Martin Bailey tosió para aclararse la garganta.

BILL —le dijo—No es ésta la primera vez que me veo obligado a pronunciar este discurso, por más que lo detesto muy de veras. Dígame ¿Paula le ha prometido ser su esposa?

—Sí, señor.

—Pues bien, hijo mío, por lo visto el único actor mediocre de la familia soy yo. Paula es una actriz de tanta naturalidad que admira y su papel favorito y mejor es el de enamorada. Pero eso no quiere decir que lo esté, como para su mal han descubierto algunos. Hace tiempo, cuando un pobre joven se lanzó por una ventana a causa de ella, la hicimos prometer que sería la última vez, pero no ha cumplido su promesa. Cuando cambió de idea y no se reunió con nosotros en Europa, nos temimos una repetición de su papel y, ya vé Ud., teníamos razón.

—De ahora en adelante,—continuó hablando con firmeza—tendrá que volver al lado de su marido, que es aviador, aunque se vayan a Australia y por más que a ella no le guste sino

hacer de las suyas. Esto ha ido ya demasiado lejos.

Las ideas de Bill parecían como detenidas. Con la boca entreabierta miraba y escuchaba al padre de Paula. Después pensó en el anillo de compromiso, que era el de su madre, y había ordenado ajustar para Paula. Después pensó en la playa, en la luna amarilla y en los besos de la muchacha.

—Lo siento muy de veras, Bill—seguía diciendo Martin Bailey. —Si en algo puedo servirle, no deje de avisarme. Me ha sido muy simpático y le recordaré.

De súbito Paula apareció en la puerta de la biblioteca.

—Paná—dijo—creo que no habrás...

—Sí, hija, sí. Mr. Curtis se vá.

Bill trató de sonreír y de decir adiós indolentemente, con la mano. Luego se dirigió hacia la puerta y se detuvo ante Paula Bailey.

—Creo que cae el telón—dijo con voz ronca—Dime la letra, Paula. Creo que será "Gracias por el Recuerdo."

Los labios de Paula sonrieron ligeramente. La situación era como hecha expreso para la canción. Bill se dio al punto cuenta de ello.

—Con gusto, Bill,—dijo Paula—por el recuerdo, por lo pasado, ya que papá lo echó a perder. No me olvides... y gracias, Bill, "gracias por el recuerdo"...

Bill no respondía. Estaba allí inmóvil ante Paula, anhelante.

De pronto la dió tan fuerte bofetada en la boca, que Paula tuvo que asirse del marco de la puerta para no caer. Y con el camino así libre, Bill salió rápidamente.

Breve análisis de belleza

¿Ha notado cuán armonioso es el maquillaje de las mujeres elegantes que lucen sus encantos en los salones, las tablas o la pantalla? ¿Verdad que allí no se nota ese aspecto de excesiva pintura? Es que conocen el secreto del embellecimiento natural en armonía con el rostro. Es que...usan Tangee. El Lápiz, Colorete y Polvo facial Tangee, una vez aplicados, cambian al matiz natural de todos los rostros. *Es soberbio!* Luzca ese conjunto elegante, encantador...; con Tangee! Deseándoles belleza natural y armoniosa.

Tangee

lo para mí ya! No tenía la menor idea de la mala intervención que había hecho conmigo Mercedes Villaseñor. Esto fué debido a la serias reflexio- nes que pasaron por mi imaginación mientras miraba la carretela después del incidente de la carta. Se me ocurrió que tal vez Mercedes haría allí papel de mensajero.

La carta podía muy bien ser de Dolores, puesto que estaba tan vigilada que no podía llevarla ella misma. Las mananitas son, por lo regular, confidenciales en estos casos, no solamente en México, sino en Inglaterra, y supongo que en todas partes.

Dolores, encerrada como una monja, no había encontrado aquel día otro medio de comunicar a su querido Francisco sus amorosas impresiones. Esta situación era más agradable que posible, sería muy bien ser según el conocimiento que había adquirido de la sociedad de La Puebla, que el hermoso capitán Moreno se estuviese divirtiendo con las dos hermanas; no sería el primero en el último caso. Pero solamente por un momento pude hacer esta absurda suposición. La certidumbre que adquirí cinco minutos después fué más triste, puesto que dejé la Alameda con la seguridad que Francisco Moreno tenía un amor, éste era la señorita que iba dentro de la carretela.

Obtuve esta noticia oyendo un diálogo que casualmente seguían detrás de los dos hombres, a quienes no había visto hasta entonces, y que habían disfrutado conmigo la sombra proyectada por los árboles. El uno era un poblano de clase media; el otro, por su traje, podía haber pasado por un hacendado de la Tierra Caliente, quizás un yucateco que iba a la capital. Por muy pequeña que fuese la carta y mucho cuidado que empleasen los dos en darla y recibirla, aquellos dos hombres se habían enterado del pequeño episodio. El poblano lo encontraba muy natural. Pero no le parecía lo mismo al forastero, cuyo traje aunque rico, dejaba ver un no sé qué de artificial que explicaba hasta cierto punto su admiración.

—¿Quién es ella? —preguntó el poblano.

—La hija de uno de nuestros más ricos hacendados —replicó el poblano—: Eusebio Villaseñor. De hijo le habéis de nombrar.

—¡Oh, sí! Le conocemos en Yucatán. Tiene un ingenio cerca de Sisal, pero es muy rara vez allí. ¿Y quién es el individuo afortunado que parece está en camino de ser el dueño de aquella hermosa plantación?

Un joven tan inteligente como él parece, la haría producir, lo cual ¡por Dios! es más de lo que yo puedo hacer con la mía.

—Más difícil me parecía a mí que lo consiguiese el capitán Moreno, si en efecto llega a ser el dueño de aquellas haciendas. Por lo que yo he visto, no es más a propósito para acumular riquezas como no sea en la mesa de juego.

Y aparte de todo, no juzgo a don Eusebio bien dispuesto a entregarle sus propiedades. Pues sin conocer muy bien las costumbres de vuestra ciudad—observó el yucateco—, puedo asegurar está en camino de ser el dueño de la hacienda de don Eusebio. Si una joven en el pueblo hiciese lo que ella acaba de hacer, sería considerada ya como impropia para el matrimonio; es decir, que ningún hombre se atrevería a unir su suerte con la suya.

—¡Ah! —respondió el digno hijo de la ciudad de los Angeles—, vosotros los



CAPITULO XXIII

Una mirada de despedida a La Puebla

Desde aquel momento comprendí que no podía permanecer en aquella ciudad. Todo, menos continuar allí un mes más. Había resuelto apagar la llama que tan cruelmente me había abrasado. Pero por muchos atractivos que tuviese para mí, decidí no volverla a ver en mi vida. No sería por mi voluntad como yo vería nunca ya a Dolores Villaseñor.

Algunas veces estos pensamientos y otros semejantes, me inspiraban deseos de venganza. De combate, de sangre, en fin, ellos eran siempre las víctimas escogidas por mi loca fantasía. Por fortuna no eran realizables mis sangrientos y vengativos deseos.

Mi única esperanza era la ausencia, ese puro bálsamo de los heridos del corazón, cuyos efectos conocía yo por experiencia. La fortuna me favoreció esta vez y quiso que volviese a poseer este remedio. Tres días después de aquel delicioso encuentro en la Catedral y del triste desencanto de la alamea, nuestras trompetas nos mandaban prepararnos, y al cuarto día emprendimos nuestra marcha hacia la capital de México.

El consejo que había recibido de mi

compañero, y el entusiasmo que siempre inspira a un buen militar la idea de un nuevo triunfo en su campaña, me animaron por algún tiempo. Un camino desconocido se presentaba a nuestra vista; nuevos horizontes de fama y gloria que debían concluir en el gran placer, por tanto tiempo esperado, del que tanto se habló después: un banquete a la entrada de los Motezumas. Para mí, todo esto ofrecía pocos atractivos, y aún éstos desaparecieron antes que pasáramos la cordillera que domina la clásica ciudad de Cholula.

Al entrar en la Selva Negra, cuyos árboles aparecían delante de mi vista, volví la cabeza para dirigir mi última mirada a la ciudad de los Angeles. Todas las probabilidades eran de que no volviese a verla nunca. Empezábamos a entrar en un valle cerrado como el de Cahool, y desde cuyo fondo sería imposible distinguir la ciudad que dejábamos atrás para siempre. Nuestras tropas, en total, no pasaban de unos diez mil hombres, mientras que los regimientos de nuestros enemigos componían un número tres veces mayor. Además, se trataba de penetrar en la capital, verdadero corazón de un país antiguo. No necesitaban nuestros adversarios hacer ningún poderoso esfuerzo para vencernos. Así lo creían al menos muchos de mis compañeros.

En cuanto a mí, me preocupaba muy poco del porvenir, y lo mismo me interesaba las victorias que las derrotas. Mis pensamientos, como mis ojos, se dirigían hacia la hermosa vega y se quedaban en las torres de la ciudad en la que yo había sentido una de las más dulces sensaciones de mi vida.

CAPITULO XXIV

Una fuerte antipatía hacia los ladrones

Después de la gran tempestad de Chalultepec, vine al palacio de verano de Moctezuma, donde tuve el honor de caer entre las muchísimas víctimas que nos costó aquel horrible asalto. No debe creerse que esta cita mía es exagerada, y que deseo dar importancia a hechos insignificantes, sino que es exacta y verdadera, como puede muy bien averiguarse.

Después de mi reclusión de tres meses, que pasé dentro de las cuatro paredes de mi cuarto, cuyo tiempo tardaron en cerrarse mis heridas, salí a las calles de la capital de México perfectamente restablecido. Otros tres meses se pasaron distraído con las infinitas diversiones que se conceden al soldado victorioso como recompensa al terminar una campaña. En Moctezuma, nos sucedió lo mismo que en la ciudad de los Angeles. Los oficiales del ejército invasor fueron excluidos del centro de la ciudad. Pero como ya no éramos invasores sino verdaderos conquistadores, esta exclusión no fué tan estricta ni tan general. Había en ambos lados honrosas excepciones, que alcanzaba a un crecido número de hospitalarios huéspedes y valientes oficiales. Por fortuna, yo me contaba entre estos favorecidos.

En el camino habían ocurrido dos o tres episodios, uno de ellos al marchar hacia México, en los cuales tuve oportunidad de conseguir favor y protección. Fueron pequeños servicios prestados a personas que resultaron después pertenecer a las principales familias de México. Durante los tres meses que pasé en mi cama, fui atendido y mimado por mis compañeros, que me traían toda clase de caprichos, y por las santas hermanas.

Fué una época agradable hasta cierto punto, que recuerdo siempre con gusto.

SAHONA

REINA DE LA SELVA

Por W. MORGAN THOMAS

EL TRAIADOR OGU FUÉ CASTIGADO POR SAHONA POR REVELAR LOS SECRETOS DE LA TRIBU.



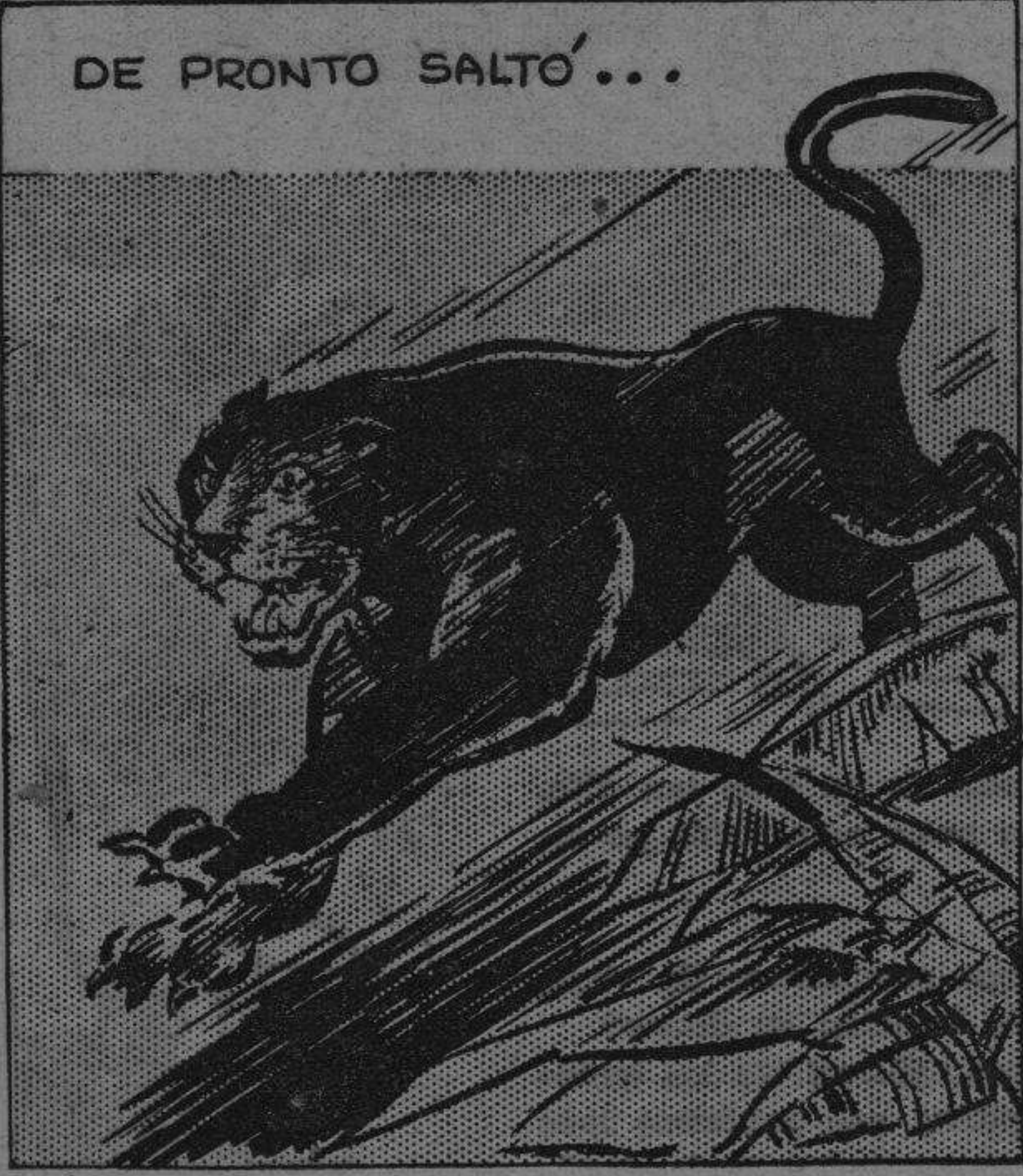
AL ENFRENTARSE LOS DOS ADVERSARIOS, EL HOMBRE Y LA BESTIA, EN COMBATE MORTAL, REINÓ UN SOLEMNE SILENCIO ENTRE LOS GUERREROS.



LA PANTERA SE ACERCÓ CAUTELOSA, HACIENDO UN CÍRCULO ALREDOR DE SU PRESA...



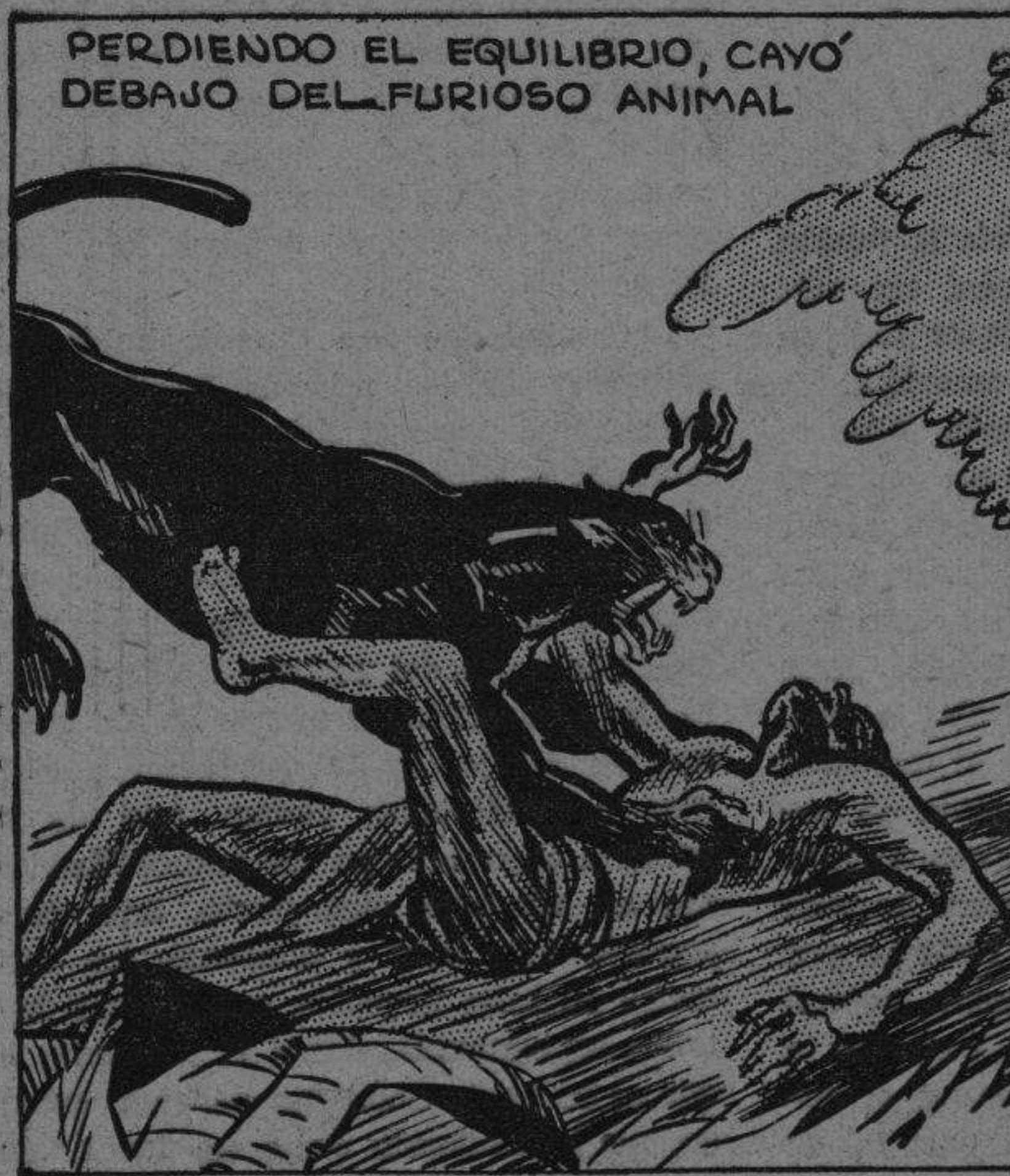
DE PRONTO SALTÓ...



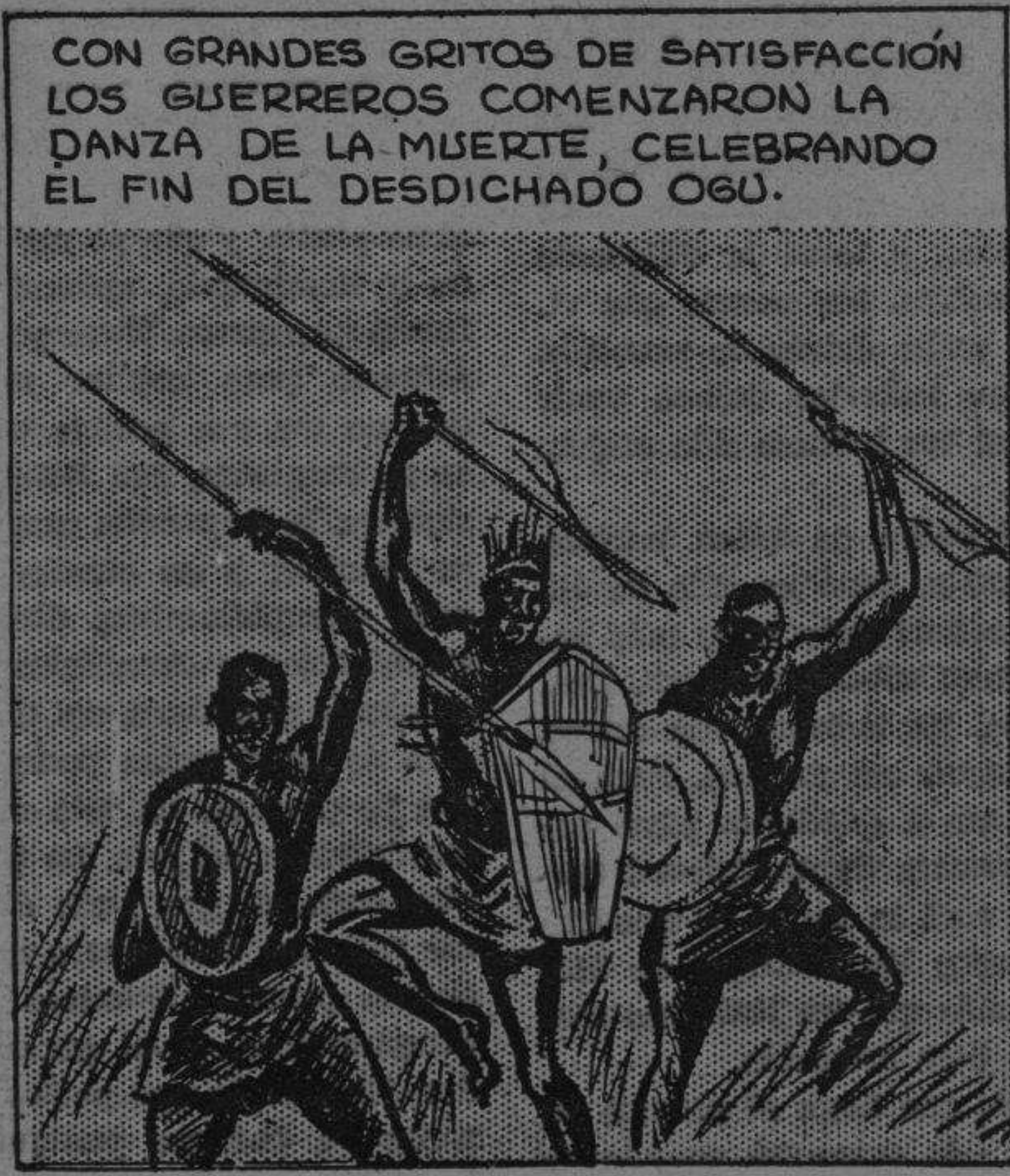
PERO EL HOMBRE, COBARDE POR NATURALEZA, FLAQUEÓ EN EL MOMENTO SUPREMO...



PERDIENDO EL EQUILIBRIO, CAYÓ DEBAJO DEL FURIOSO ANIMAL



CON GRANDES GRITOS DE SATISFACCIÓN LOS GUERREROS COMENZARON LA DANZA DE LA MUERTE, CELEBRANDO EL FIN DEL DESDICHADO OGU.



PERO EN LAS ALTAS RAMAS UNA SÚBITA Y EXTRAÑA EMOCIÓN CONMOVIÓ EL CORAZÓN DE SAHONA, UN SENTIMIENTO DE PIEDAD.



MIDIENDO BIEN LA DISTANCIA SAHONA SE LANZÓ DESDE LO ALTO....



LA HOJA DE SU LARGO CUCHILLO BRILLO ENSANGRENTADA A LA LUZ DE LA LUNA....



A POCO LA PANTERA QUEDÓ INMÓVIL.. MUERTO EL ANIMAL EL GRITO DE MUERTE DE LOS GUERREROS SE CONVIRTIÓ EN CANTO DE VICTORIA. EN CORTO TIEMPO TODA LA SELVA SABÍA QUE LA REINA SAHONA SABOREABA UN NUEVO TRIUNFO.



U...
 paso, para
 una tarima
 esas que se
 nalmente, en
 corridos de
 tienen ya su
 de la mism
 Menéndez P
 Juy, el gr
 sirvió de m
 garo, para
 crió preci
 esos puestos
 talan en Pa
 cones del S
 Notre Dam
 do de las v
 con Anato
 critores de
 dedicado ta
 bellas y eru
 drid y Bar
 comercio—e
 Sena; en
 Rambias—p
 donde se h
 tintos luga
 que ya de
 como la li
 recida, y q
 en la acer
 Obispo, en
 la que era
 de la Torr
 de Arazoa
 letras. Ta
 fijos en la
 Carmen, E
 donde con
 priano, e
 portales d
 la antigua
 que de la
 lica, que
 algunos d
 siempre c
 contrab: m
 Medicina,
 En una
 por Forn
 tino, exi
 taló allí
 cuentan
 y diez ce
 empezó
 Moderna
 los libros
 biblioteca
 como ag
 do—a di
 en la cu
 ostentab
 na, alus
 tonces
 dosis los
 de la ép
 Laurean
 cierta h
 na esta
 carteles
 tros de
 De re
 López
 1893 ó
 siva pa
 periódico
 beral, l
 popular
 gado, q
 no obs
 moderr
 brillante
 riodism
 Esquell
 índole
 las pre
 Serafi
 circula
 El Ma
 una g
 gráfico
 aquell
 gasta,
 ameni
 Eduar
 aquell
 vista»
 José J
 lacio;
 rector
 pulo
 dilla,
 se hi
 tando
 cado
 los m
 época

VIEJAS POSTALES, DESCOLORIDAS



UNO de los mayores encantos para los espíritus selectos, amantes de las bellas letras, consiste, no cabe duda, en encontrarse al paso, para registrarla a su antojo, una tarima colmada de libros viejos, de esas que se levantan un día, provisionalmente, en un portal de los más concurridos de la ciudad; o que de antiguo tienen ya su sitio fijo en casas y calles de la misma. «Leer, leer—como decía Menéndez Pelayo—y luego lo demás». Juy, el gran costumbrista parisién que sirvió de maestro y modelo a Larra, Figaro, para sus inmortales trabajos, escribió preciosos artículos describiendo esos puestos de libros viejos que se instalaban en París, a lo largo de los malecones del Sena, próximos a la iglesia de Notre Dame; Pío Baroja nos ha hablado de las veces que se encontró en ellos con Anatole France y otros célebres escritores de su tiempo; y Azorín les ha dedicado también algunas de sus más bellas y eruditas páginas. En París, Madrid y Barcelona, tiene su sitio fijo este comercio—en los citados malecones del Sena; en el Rastro; a lo largo de las Ramblas—pero no así en la Habana, donde se ha establecido en lejanos y distintos lugares, a no ser alguno que otro que ya de antiguo ocupara su sitio fijo, como la librería de Alorda, hoy desaparecida, y que durante largos años radicó en la acera de los pares de la calle del Obispo, entre Bernaza y Villegas; y en la que eran visita diaria Lanuza, Carlos de la Torre, Enrique J. Varona, Antonio de Arozoa, y otros conocidos hombres de letras. También había algunos puestos fijos en la Calzada del Monte, allá entre Carmen, Revillagigedo, Campanario, etc., donde concibimos «El Puesto de don Cipriano», el del «Gallego» y otros. En los portales de la calle del Prado, frente a la antigua estación de Villanueva, el Parque de la India y el de Isabel la Católica, que ya no existe; también había algunos de estos puestos de libros viejos, siempre concurridos, y en los que se encontraban obras de Derecho, Historia, Medicina, Ingeniería, etc.

En una accesoria del antiguo edificio por Fornos al comienzo de la calle Neptuno, existe aun un puesto que se instaló allí hace años; y en donde se encuentran a veces obras de mérito a cinco y diez centavos el ejemplar. Cuando Pote empezó en la calle del Obispo con su Moderna Poesía, tenía la especialidad de los libros de texto; y de aquella famosa biblioteca «Demi Monde» que se vendía como agua—como se vende hoy sobre todo—a diez centavos billete el ejemplar, en la cubierta de los cuales siempre se ostentaba una llamativa figura femenina, alusiva al asunto de la obra; entonces empezaban a darse en pequeñas dosis los Pedro Mata y los Felipe Trigo de la época. El conocido autor vernáculo Laureano del Monte, ya fallecido, tenía cierta habilidad para adaptar a la escena estas novelitas, que amenizaron los carteles de Alhambra, Lara y otros teatros de su género.

De regreso de un viaje que hizo José López a la Península, allá por el año 1893 ó 94, trajo la representación exclusiva para la Habana de los importantes periódicos madrileños El Heraldó, El Liberal, El Imparcial, La Época, etc., y el popular Madrid Cómico, de Sinesio Delgado, que aquí se leía mucho; y el cual, no obstante el juicio apasionado de sus modernos detractores, marcó una época brillante en el desenvolvimiento del periodismo festivo español, al lado de La Escuela de la Torratxa, y otros de igual índole que veían la luz en Barcelona con las prestigiosas firmas de Apeles Mestre, Serafi Pitarra, Oller, etc., y que también circulaban profusamente aquí en Cuba. El Madrid Cómico abría su número con una graciosa crónica de Luis Taboada, gráfico retratista de la clase media de aquella villa y corte de Cánovas y Sagasta, Frascuelo y Lagartijo; siguiéndole amenisimos trabajos en prosa y verso de Eduardo Bustillo, el correcto autor de aquellos romances del «Ciego de Buena Vista»; de Vital Aza; de López Silva; de José Jackson Veyan; de Eduardo de Palacios; del propio Sinesio Delgado, el director; de Luis de Ansorena, fiel discípulo de Campoamor; de Emilio Bobadilla, «Fray Candil», crítico cubano que se hizo notar en los madriles; no faltando casi nunca el ameno y muy buscado «Palique» de Clarín, fustigador de los malos poetas y peores prosistas de la época.

Al citar entre los colaboradores del Madrid Cómico a Bobadilla, nos viene a la memoria su recuerdo. Entre los jóvenes escritores y poetas habaneros de aquel entonces sobresalía Emilio Bobadilla; así que su favorable acogida en la prensa madrileña nos parecía cosa propia y nos llenaba de orgullo. Bobadilla fué un hombre combatido y amargo. Su misantropía le creó un ambiente hostil, poniendo en su camino frecuentes e insuperables obstáculos; pero indudablemente valía mucho; y en más de una ocasión dejó bien plantado el nombre de su patria. Fué asiduo colaborador de «El Liberal», «Madrid Cómico», «Blanco y Negro», y otras revistas. Sus crónicas «Desde el Boulevard», que aquí publicaba el Figaro, eran muy leídas. Se recuerda su andar provocativo y valentón; su alta y espigada estatura; su peinado de «chuletas», a lo torero; su erizado bigote a la borgoñona. Falleció en Biarritz, relativamente joven. Su viuda señora Piedad Zenea, hija del poeta Juan Clemente, instituyó «El Premio Bobadilla», del que ya no oímos hablar una palabra.

De los dibujos y caricaturas del «Madrid Cómico» se encargaban artistas tan famosos como Ramón Cilla, creador de aquel tipo de «pollo bien», tan conocido en los centros sociales madrileños, en los que hoy se le llama «pollo-pera», el occurrente Sánchez Hermua, que firmaba con el madrileñísimo pseudónimo de «Mecachis»; y Angel Pons, que podía igualarse a los mejores caricaturistas de París. El número de Navidad de «Madrid Cómico» reunía las firmas de los mejores escritores y poetas de España; apenas llegaba a la Habana, desaparecía de los mostradores de Pote, a cincuenta centavos billete el ejemplar, veinticinco en plata; y a leer dulce, nutritivo y sabroso un buen rato. Claro que se trataba de una lectura amena, frívola hasta cierto punto; y entretenida; porque para conocer de krausismo, de metafísica y de novela rusa, teníamos la «España Nueva», con las disertaciones y polémicas de don Juan Valera, Campoamor y la Condesa de Pardo Bazán, cuyos ejemplares no tardaban en verse también aplazados en los puestos de «libros viejos».

Surtíanse de estos periódicos en casa de «Pote» para revenderlos después al menudeo por calles, teatros y estaciones de ferrocarriles—Oeste, Concha, Villanueva, Muelle de Luz y Regla—amén de otros, tres vendedores callejeros que figuraban entre los tipos más populares de aquella Habana de entonces: Trelles, el célebre vendedor de La Lucha, famoso por su tacañería y suciedad; astroso que

no se desprendía por nada de su viejo y mugriento bombín, ni de sus enfangadas alpargatas; y de quien se decía que, aunque «La Caja de Ahorro»—la establecida en la calle de O'Reilly—con el suicidio de su director, el prestigioso caballero don Joaquín Limendoux, que tuvo lugar allá por los años 84, 85, etc., y que trajo la consiguiente quiebra de la institución, le había llevado cuarenta mil pesos en billetes del Banco Español, aun portaba consigo otros tantos, escondidos en el fondo de su cochambroso chaleco. Desde las primeras horas del día, hasta las últimas de la noche, se veía a Trelles, cojeando a causa de sus infinitos callos, por plazas y calles, a cuestas con su cartapacio de periódicos y pregonando incansante con su voz gangosa:

—¡Lucha... Discusión... Marina! ¡Caricatura de hoy!

Dijose, a la muerte de Trelles, que había dejado por su única heredera a una niña ahijada suya; a la que daba esmerada educación en uno de los mejores colegios religiosos de la Habana. Acaso otro «Papá Gorit», como el de Balzac.

El otro vendedor era aquel flaco callejero, de largas piernas caminadoras; calada hasta los ojos su gorra de pillete de la Barceloneta, a quien se le conocía por «El Catalán», y cuyo apellido, Prats, conocían muy pocos. La especialidad del «Catalán» eran los periódicos festivos. Siempre estaba de buen humor; el contagio tal vez. Su voz incansable y penetrante, de marcado acento catalán, era como la «música de fondo» de la película popular habanera de aquellos tiempos:

—La Saeta... Madrid Cómico... La Lidie... Sol y Sombre...

Varias veces, refaccionado por Pote, intentó el «Catalán» establecerse en punto fijo; y así lo llevó a cabo a la entrada del teatro Albu; en el vestíbulo de Alhambra; en los portales de la Manzana de Gómez; y en algunos de la Calzada de la Reina; pero sus ágiles piernas incansables, y su espíritu andariego, le pedían zancajear de nuevo por las calles y lanzar al aire sus pregones; por lo que, a lo mejor, le devolvía a Pote sus libros; y otra vez con su cartapacio de revista bajo el brazo, volvía a lo suyo:

—¡El Cencerro... El Motín, con artículos de Nákens!...

El tercer vendedor, catalán también, era un buen mozo, de negra barba cerrada, que pregonaba más pausado y cadencioso, y con no mala voz de barítono; agente y repartidor al propio tiempo de periódicos catalanes y de novelas por

entregas de Luis de Val, Carlota Breamé, Savary, Carolina Invernizio, etc.

—¡La Veu de Catalunya... La Vanguardie... La Escuela de la Torratxa... Novelas y revistas... Blanco y Negro!...

Y en estos últimos compases se englobaba a estilo de Titta Ruffo.

Ultimamente Jacinto Benavente asumió la dirección del «Madrid Cómico», el que fué suspendido en definitiva por la Censura, a causa de una indirecta—demasiado directa—que vió la luz en él, contra la familia real, reinante entonces. Lo substituyó el saladísimó «Gedeón», que también se leía mucho aquí en la Habana, y en cuya redacción figuraban entre otras las acreditadas firmas de Luis Royo Villanova, Palomero, Antonio Paso, Granés, etc. También «El Gedeón» pasó a mejor vida, tras una orden fulminante de la Censura de Madrid, motivada por la célebre caricatura que publicó con motivo de la evacuación de Cuba por el Gobierno Colonial, después de la guerra con Norte América, y bajo la cual se leía este comentario: «Salimos de Palos, y volvimos a Palos». Los puestos de libros viejos veíanse siempre llenos de estos periódicos, ya en ejemplares sueltos, ya en colecciones. La exclusiva que de ellos trajo José López de la Península fué uno de los impulsos más eficaces que hicieron crecer la fama de su establecimiento «La Moderna Poesía». Entonces fué cuando empezó a «ferver el Pote».

Años más tarde, y en los comienzos de la primera intervención americana, aquel antiguo «librero de viejo» reunía en un salón al fondo de su establecimiento—que ya iba ensanchándose—escribiendo a sueldo y por tareas, las más escogidas plumas de la literatura y la pedagogía cubanas; a las que él llamaba en broma: Los Nánigos.

Un tiempo ibamos los jóvenes a buscar a estos puestos de libros viejos las obras de Julio Verne y de Paul de Kock. Cuando en la actualidad vemos los poderosos aviones atravesar los mares como aligeros gaviotas, y como águilas imperiales, cernirse sobre las más altas montañas, nos viene el recuerdo de las geniales creaciones del famoso novelista de Nantes: «El viaje a la luna»; «La vuelta al mundo en ochenta días», etc., y también, cuando se recuerda cómo cayeron al suelo tantas ilusiones, sonreímos fillosóficos, y nos acordamos de «La lechera de Montfermeil», de Paul de Kock. Nunca faltaban en aquellas «tongas» las novelas de este autor tan célebre y popular en su tiempo: «La senda de los ciruelos»; «La inocente Virginia»; «El hombre de los tres calzones». De vivir en la actualidad el ingenioso novelista parisién, y dadas las veleidades al uso, quizás hubiera también escrito: «El hombre de los tres casacas»...

Allá por los años 1902, 4, 6, etc., cuando la Plaza del Vapor se encontraba en su mayor auge, por la parte correspondiente a la calle de Dragones, había un puesto de libros viejos—acaso aun exista—muy visitado, a causa de la especialidad de su mercancía, por las morenas cocineras, las criadas de servicio y los guajiros que venían del interior de la isla. Llamábase: «El puesto de don Gumersindo»; y en él se vendían a cientos ejemplares de «La magia negra»; «La magia blanca»; «El oráculo de Napoleón»; «Manuales de cocina»; las «Décimas de Cucalambé»; hojas de la oración del «Justo Juez»; «La historia de Manuel García»; «Los matrimonios del diablo»; «Los tesoros del canalizo»; «Casademunt o el crimen de la Vibora»; y otros libros referentes a sucesos célebres y a rateros y demás elementos del hampa habanera, escritos por los periodistas y reporteros de entonces Alvaro de la Iglesia, Eduardo Varela Zequeira, Aquiles Solano, Iduarte, Camilo Pérez, etc., etc. El puesto aparecía todo colgado de estampas iluminadas de santos también a la venta. Igualmente se vendían allí algunas «yerbas secretas»; pero no la terrible marihuana, que sólo se conocía entonces por referencia, habiéndose de ella como de una fantástica yerba india de resultados funestos. Allá por el año 6, 8 ó 10, fué cuando empezó a prodigarse entre los incautos este terrible veneno, azote de las juventudes modernas, alcanzando su mayor auge en la danza de los millones, que es en la época de las grandes prosperidades cuando prenden los vicios y las malas costumbres en los pueblos.

Conocemos por los asiduos a estos pe-

(Continúa en la pág. 16).

y que debía haberme curado de mi loca pasión por Mercedes Villaseñor. Pero no fué así. Las sonrisas más dulces recibidas en Tenochtitlán no consiguieron borrar de mi corazón el amargo recuerdo que había tenido del otro lado de la cordillera. Seis meses después de la toma del Palacio de Verano, mi vida en la ciudad de los Moctezumas se hizo muy triste.

Los teatros, poco frecuentados por las señoras del país; los bailes sin ellas, a lo más algunas poblanas de dudosa conducta; y las sencillas esposas o hijas de los forasteros. (¿Por qué parecen tan sencillos en las grandes ciudades?) Todo esto llegó a ser insoportable para mí. Las mayores locuras tampoco conseguían distraerme. El juego ya no tenía atractivo para mí.

En medio de aquella crisis de fastidio ocurrió algo que consiguió distraerme. Aproveché la ocasión con la mayor alegría. Las tropas enemigas habían abandonado los caminos para reconcentrarse en la ciudad. No hay que decir por eso que los caminos estaban solos; por que si los patriotas se habían ido, en cambio los salteadores habían tomado posesión de todos ellos. Por todas partes llegaban noticias de robos.

Escasamente pasaba un día sin «novedades» de los bandidos y de su diabólica temeridad y audacia. Hacían parar las diligencias; los viajeros tenían que obedecerlos y tenderse boca abajo, mientras ellos registraban sus bolsillos, y a la menor resistencia solían dejarlos en aquella postura para no levantarse jamás. Una escolta de nuestros dragones podían haber impedido estos horrores, al menos algunos de ellos. Pero para mandar una escolta con cada viajero que la hubiese necesitado, eran indispensables lo menos veinte escuadrones y precisamente en aquella época teníamos muy pocos soldados de Caballería.

Hasta que el señor Sanz tuvo a bien mandarnos un refuerzo de dragones, los ladrones tuvieron los caminos a su disposición y pudieron con toda libertad de tener a los viajeros y sus coches a discreción. Así estaban las cosas seis meses después de la segunda conquista de México. A mí no me parecía muy bien. Era yo muy buen cristiano para no aborrecer los ladrones por instinto, en cualquier sitio y de cualquier clase que fuesen; pero en la ciudad de La Puebla, se había aumentado considerablemente esta natural antipatía, basada en la triste experiencia y en las más fundadas sospechas.

Me acordaba del capitán Carrasco, y no podía menos de recordar también al capitán Moreno. Un joven artista que acompañaba nuestro ejército durante toda la campaña, cuya vida estimaba tanto como sus pinturas, había tenido la imprudencia de viajar en los coches que se dedicaban a estas pequeñas travesías, casi las más expuestas en aquella época. Los viajes fueron desde México a La Puebla; pero el infeliz no debía llegar a la ciudad de los Angeles terrestres, aunque es de creer que habrá conseguido la de los verdaderos ángeles en el cielo. Fué cruelmente asesinado entre las montañas del Mal País, entre la venta de Riofrío y la de Córdoba. Yo había tomado gran cariño al pobre artista.

CAPITULO XXV

El gran estratégico.

—¿Qué ocurre, capitán? Uno de mis ayudados de campo me dice que habéis solicitado una entrevista. Decid vuestro

negocio con la mayor brevedad posible; tengo mucho que hacer en este momento.

Yo no era un favorito de aquel buen señor, porque no podía adular al afectado septuagenario que en aquella crisis dirigía el ejército americano. Pero necesitaba su permiso para realizar mi plan, sin el cual no podía vengar la muerte de mi amigo. Un vez conseguido este permiso, había yo inventado un medio ingenioso para mi objeto. ¿Qué es ello?, preguntó el general con cierta impaciencia, de mal agüero para mí. ¿Qué es lo queréis?

—Licencia para ausentarme.

—Bien; habéis estado de servicio durante seis meses; se os puede conceder cuanto tiempo deseáis.

—Solamente seis días.

—Seis días... ¿y para qué?

—Para castigar a esos bribones que infestan el camino entre México y La Puebla. Supongo, mi general, que habréis



oído las mil atrocidades que están haciendo todos los días.

—¡Ya lo creo que las he oído! Pero ¿qué puedo yo hacer? Si mando tropas, las ven llegar a dos leguas de distancia y no se esperan a sus balas. Es lo mismo que quien emprende la persecución de un ganso salvaje.

—Yo tengo un plan por medio del que espero cogerlos y castigarlos y con vuestro permiso quisiera realizarlo.

—¡Pero si no tengo Caballería disponible! ¡Ni siquiera un solo sable! Este Gobierno es de lo más económico; no quiere darme gente bastante para organizar los regimientos. Creen que puedo dominar una ciudad como ésta sin caballos... aquí, donde casi todos los enemigos los tienen. No, señor; no puedo daros un simple dragón, y menos de vuestra compañía, que supongo serían los que deseábais.

—Al contrario, mi general. No deseo uno solo de los que decís. Solamente tres o cuatro de los míos me bastan; por lo demás, lo que yo deseo es que me dejéis escoger hasta una docena entre los que han dado pruebas de valor, que yo conozco muy bien, y que son precisamente como yo los necesito para mi proyecto. Con ellos creo que podré castigar como deseo a esa partida de bandidos que se esconde, cobarde, entre las montañas de México.

—Sois un valiente, capitán; pero me temo que no seáis un gran estratégico.

La última observación del general me dió pie para dirigirle una pequeña liasonja, que supuse le agradaría. Con la esperanza de conseguir lo que deseaba, aproveché la oportunidad.

—General —le dije con el mayor respeto—, seguramente que habrá muy poco estrategia en mi plan, sobre todo para un jefe que, como vos, sabe combinar proyectos tan vastos. Mi idea es de lo más sencilla.

—Vamos a verla capitán. Tal vez su mérito consista en los detalles. Casi todo suele depender de esto. Un ejército conducido al campo de batalla en «masa», como diría Napoleón, con su Infantería aquí su Artillería allá y su Caballería en el terreno, es una máquina sin tornillos; tiene por fuerza que deshacerse. Yo nunca muevo mis batallones de este modo, porque si lo hiciera...

—Si lo hicierais, mi general —dije vien-

ron robar sin disparar un solo tiro. Me hubiera gustado llevar dos o tres millares mexicanos; pero ahora precisamente podría parecerles extraño y despertar sus sospechas.

—Y vamos a ver —dijo el general, que parecía distraerse con mis ideas—; ¿qué pensáis hacer vuestras doce máscaras?

—Llevarlos a todos armados con un revólver y un magnífico cuchillo, cada uno; y cuando los ladrones hagan parar el coche, disparar sin piedad. Conozco once hombres de quienes puedo fiarme, que son precisamente como yo los necesito. Todos ellos se han batido en las ciudades, y estoy seguro que ninguno de ellos teme encontrarse con los bandidos mexicanos.

—Palabra de honor que no me disgustaría en castigar esa clase de gente, que son un poco peores que el resto de sus paisanos; pero no parece bien que los dejemos en completa libertad de continuar sus fechorías, mucho más cuando la mayoría de ellos han hecho víctimas entre los nuestros... De modo que sí—añadió después de una pausa—. Yo pensaré vuestro proyecto y os daré la contestación mañana por la mañana. Entretanto, podéis ir preparándolo todo para el caso en que decida complaceros.

—¿Podré alquilar la diligencia, mi general?

—No, no, no hay prisa hasta mañana; hay tiempo de sobra. Necesito pensarlo despacio. No me gusta cargar mi conciencia con nada que no sea muy justo, porque ya sabéis que tengo muchos enemigos en Washington; enemigos en todas partes, capitán, lo mismo al frente que a la retaguardia. Además, que necesitáis tiempo para buscar vuestros hombres y tenerlos listos para mañana por la mañana.

—En una hora lo estarán, si dais vuestro permiso. Ya los he hablado, y todos estarán con sus disfraces preparados para las doce de la noche.

—Lo pensaré, lo pensaré en cuanto tenga tiempo. Ahora me están esperando. Mi ayudante de campo me ha dicho que hay un caballero mexicano que desea hablarme.

Había ya saludado y me disponía a salir, cuando el jefe me dijo:

—Esperad un momento. Obedecí y me coloqué de nuevo frente a mi general.

—Se ocurre que tal vez podéis serme útil, porque me han dicho que habláis muy bien el español.

—No muy bien, mi general; lo hablo como ellos dicen «un poco».

Lo bastante si podéis referir una conversación, porque mi intérprete está fuera, y ninguno de mis ayudantes sabe una palabra de este idioma. El mexicano que va a entrar estoy seguro que entenderá tampoco una palabra de lo que yo le diga. De modo que nos hacéis suma falta.

—Estoy a vuestras órdenes, mi general.

—Ya podéis preparaos a oír que le han robado algún pato, asado ya y todo, y pide indemnización; aquí está.

Se abrió la puerta en aquel momento, y uno de los ayudantes entró acompañando a un señor que le seguía con dificultad.

CAPITULO XXVI

El padre robado.

El individuo en cuestión tenía todo el aspecto del que acaba de sufrir una pérdida considerable, mucho más importante que la pérdida de una de sus ga-

Desde el primer momento pude ver un americano español de sangre decir, de origen andaluz, sin la mezcla. Quizás uno de los muchos establecidos en México, allá, allí «gachupinos». Tenía todo el acento del hidalgo, confirmado por la fina finura de su traje, muy diferente a los que usan los caballeros que se visten según la moda de la escuela antigua.

Las primeras palabras comprendí que había emprendido su viaje en dirección hacia la capital con una misión y que le había ocurrido una cosa horrible. Noté, mientras hablaba, varios desperfectos en su traje y algunas arañazos en la cara y manos, que me explicando conforme oía su apretada relación.

Una desgracia! —le pregunté en mi calidad de intérprete. Pero ¿de qué clase? —Oh, caballero! Una cosa horrible; un robo por los bandoleros —Traduje esta importante exclamación al general, que me ocurrió contestar: —¿Qué raro! Es una coincidencia que me decidirá en favor de vuestro viaje, capitán.

En su significación general, sí; pero en el sentido que él habla quiere decir hijas.

¿Qué! ¿se las han robado esos bribones?

—Eso es lo que acaba de decir. —Pobre señor! Porque no cabe duda de que es todo un caballero. Es una cosa triste ver llevar a sus hijas por señores bribones. Seguid preguntándole los cuente la historia y después que yo lo que quiere de mí; esperaré a que me ayude para que me hagáis la traducción de una vez.

—De seguir mi interrogatorio tratando de hacer sentar al mexicano, que no me de ningún modo, porque le parecía que perdía tiempo y siguió su relación.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Dónde? ¿De qué manera? —fué la serie de preguntas que le hice casi al mismo tiempo.

—En el camino, señor, conformes venidos de La Puebla.

—De La Puebla! —estas palabras me atrajeron un gran interés.

—Sí, señor; pero ya muy cerca de la ciudad, casi a la vista de ella, pude decirse, por el lado de Riofrio y lejos de la venta de Coutóna.

—¿Ibais de viaje?

—Sí, veníamos mis dos hijas, el conductor de la familia, el buen padre Coronado y yo.

—¿En vuestro carruaje?

—No, señor, en la diligencia. Fuimos detenidos por una partida de ladrones, que ocultaban sus rostros con antifaces.

—¿Y después?

—Después nos mandaron bajar del coche y echarnos a tierra, con la cariñosa orden de que, si resistíamos una sola vez de que nos avisasen, nos matarían con más ceremonia.

—¿Obedecisteis, por supuestos?

—¡Caramba, señor! No tenéis que hacer esa pregunta; si no hubiéramos obedecido, era segura nuestra muerte. Hice lo que me mandaban los ladrones. Mis hijas tuvieron la suerte de no sufrir esta humillación, pero, ¡qué importa, si se las llevaron!

—¿Dónde?

—A los montes. ¡Ay, de mí! ¡Virgen santísima, protégelas! ¡Ay! ¡Qué fácilmente consentí en sus deseos; pero yo no podía adivinar!... ¡Dios de mi alma! ¡Despojados de mis hijas! ¡Robados!

—¿Y no se han llevado más que a vuestras hijas? —le pregunté, interesada-



do por la historia de un robo tan diferente a los que hasta aquí había yo oído contar.

—Nada más.

—Y a nuestros compañeros de viaje, ¿les han dejado también su dinero?

—¡Nuestros compañeros! No los teníamos, señor capitán; nos veníamos más que nosotros cuatro, todos de la familia; porque claro es que al buen padre le contamos como un individuo de ella. Es verdad que había dos o tres caballeros que querían venir con nosotros desde La Puebla, pero no los conocía ni me gustó mucho su aspecto, y tomé la diligencia entera para nosotros. Me parece que vieron en otro coche detrás de nosotros. Ahora siento no haberlos dejado venir con nosotros; tal vez hubiese sido mejor; peor, imposible.

—Pedro, y el padre de quien habláis, ese señor tan sabio, ¿qué ha sido de él?

—¡Caramba, señor! Esto es lo más raro que todo; le han robado también. Después de un rato, los ladrones me dieron permiso para seguir mi camino. Pero al padre le obligaron a quedarse. ¡Qué escándalo para nuestra Santa Iglesia! Supongo que esto será la causa de que excomulguen a todos los ladrones de México y no será más que un justísimo castigo, que tienen bien merecido.

—¿Qué deseáis que haga el general en vuestro favor? —le pregunté cuando se hubo tranquilizado un poco, después de esa explosión de dolor, que inspiraba compasión al menos sensible.

—Señor —me contestó—; todos conocemos los buenos sentimientos de vuestro jefe. Suplicadle que tome interés en mi desgracia. Decidle que mande algunos de sus valientes dragones para recobrar si es posible a mis hijas?

—¿Vuestro nombre? —pregunté mirándole con bastante fijeza, por parecerme que no me era su cara del todo desconocida—. No me lo habéis dicho, y es posible que el general desee saberlo.

—Eusebio Villaseñor, para servirlos.

—Salté como si una bala me hubiera atravesado el pecho. ¡Oh! ¡Los recuerdos que despertó en mi corazón aquel nombre! Me parecía verme otra vez en la ciudad de los Angeles, en la calle del Obispo; todo el dolor profundo que mi

Además de lo que ya me había contado, había una circunstancia que, si no conocía, era por lo menos muy curiosa. Antes de permitirle aquellos bribones que se volviese a la diligencia, le habían hecho prometer que les mandaría diez mil doblones, como base sin duda del rescate de sus hijas: habían llegado hasta exigirle en forma de una letra firmada por él, que debía guardarse y devolverse únicamente con las mismas señoritas cuando llegase el dinero contante y sonante. Estas habían sido las curiosas negociaciones de los salteadores. Por más que suene muy extraño a los oídos ingleses, ningún mexicano encontraría en estos pormenores nada que le chocase. Esta clase de negocios y otros peores son muy frecuentes en las montañas de México. Otro detalle me chocó más todavía. ¿Cómo iba a realizarse este contrato?

Yo había oído que generalmente se encargaba un mensajero neutral, amigo de ambas partes (si se encuentra), que sirva de intermediario entre los ladrones y sus víctimas. Este mensajero se cita con otro enviado por los ladrones, se acepta la cantidad, se devuelve el compromiso firmado, al mismo tiempo que los cautivos, a quienes se permite marcharse sin molestarlos más para nada. En algunos casos un siple talón ha servido de garantía; después le ha presentado en el Banco uno de los ladrones mismos... y le han pagado. ¿Quién iba a ser el diputado de don Eusebio? Esta era una cuestión para mí del mayor interés.

La contestación que recibí me fué muy grata. El encargado de tan honroso mensaje debía ser el cochero de la diligencia que había sido detenida, conocido de los viajeros por el nombre de don Manuel Bruno. Al decir que estos carruajes de México son una importación moderna de los Estados Unidos no necesito añadir que los cocheros han sido importados también con ellos. Todos o casi todos vienen de allí, y don Samuel, a pesar de su nombre español, no era una excepción. Su verdadero nombre era Samuel Brown.

El enviado de don Eusebio había sido escogido por los mismos bandidos, sin duda por conocer el sitio en que se debía entregar el dinero y por merecer la confianza de aquellos «honrados» señores. Esta confianza, por supuesto, tenía una explicación muy sencilla. La menor traición por parte del cochero hubiera puesto fin a su oficio, al menos en los caminos de México, y le quedaban además diez probabilidades contra una de volver a coger más en sus manos las riendas en ninguna otra parte. Samuel comprendía todo esto y consentía en mezclarse en tales negocios, aunque con bastante repugnancia, desde el momento en que se le había dado tan delicado encargo, no pidiéndoselo como un favor, sino imponiéndoselo como una orden.

Todo esto era muy bueno, pero no precisamente lo que yo necesitaba. La mayor dificultad que había visto desde el primer momento era proporcionarme una entrevista con los caballeros del camino. Teniendo por guía el cochero, claro es que esta dificultad desaparecía. Yo tenía ya noticias de don Samuel, sabía que era muy inteligente y que a pesar del papel ambiguo que le obligaban a representar era naturalmente honrado. Sin perder un momento me puse en comunicación con él, y, como yo había esperado, le encontré dispuesto a servirme en todo cuanto pudiese. En aquella época se decía que

alma sentía, y que yo me hacía la ilusión de ir dominando, apareció otra vez más fuerte que nunca. Tuve que hacer un gran esfuerzo para ocultar mi emoción, ya que no me era posible evitarla. Absorto en su desgracia, don Eusebio no sospechó siquiera la impresión que yo sentí al oír su nombre; y en cuanto al general, estaba completamente distraído con sus combinaciones estratégicas. Excuso decir el interés que ahora me inspiraba la petición de aquel pobre padre, y si era fácil que yo perdiese un solo momento en comunicarla a mi jefe. Lo hice con toda la elocuencia de que pude disponer, lo cual me fué muy fácil ahora que hablaba por cuenta propia. Nuestros deseos fueron comprendidos, y el general concedió a don Eusebio lo que pedía. Obtuve el encargo de castigar cualquier partida de bandidos que eligiese. No necesito decir que ni un momento dudé, y que decidí perseguir a los que se habían apoderado de las preciosas hijas de don Eusebio.

Por supuesto, ¿conocéis el nombre de ese capitán, que suponéis tan indigno de vuestra hija? Esta pregunta fué hecha maquinalmente y sin el menor interés de recibir la contestación, que conocía de antemano. ¡Sabía muy bien que el nombre sería Francisco Moreno, y así fué!

CAPITULO XXVII

Don Samuel Bruno

Antes de separarme de don Eusebio obtuve de él los más pequeños detalles acerca del robo. Era preciso que los conociese todos, y el pobre padre no me negó absolutamente ninguno.

CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO.

SAHONA

REINA DE LA SELVA

Por W. MORGAN THOMAS

EL TRAIOR OGU FLUÉ CASTIGADO POR SAHONA POR REVELAR LOS SECRETOS DE LA TRIBU.

AL ENFRENTARSE LOS DOS ADVERSARIOS, EL HOMBRE Y LA BESTIA, EN COMBATE MORTAL, REINÓ UN SOLEMNE SILENCIO ENTRE LOS GUERREROS.



LA PANTERA SE ACERCÓ CAUTELOSA, HACIENDO UN CÍRCULO ALREDEDOR DE SU PRESA...

DE PRONTO SALTÓ...

PERO EL HOMBRE, COBARDE POR NATURALEZA, FLAQUEÓ EN EL MOMENTO SUPREMO...

PERDIENDO EL EQUILIBRIO, CAYÓ DEBAJO DEL FURIOSO ANIMAL

CON GRANDES GRITOS DE SATISFACCIÓN LOS GUERREROS COMENZARON LA DANZA DE LA MUERTE, CELEBRANDO EL FIN DEL DESDICHADO OGU.

PERO EN LAS ALTAS RAMAS UNA SÚBITA Y EXTRAÑA EMOCIÓN CONMOVIO EL CORAZÓN DE SAHONA, UN SENTIMIENTO DE PIEDAD.

MIDIENDO BIEN LA DISTANCIA SAHONA SE LANZÓ DESDE LO ALTO....

LA HOJA DE SU LARGO CUCHILLO BRILLO ENSANGRENTADA A LA LUZ DE LA LUNA....

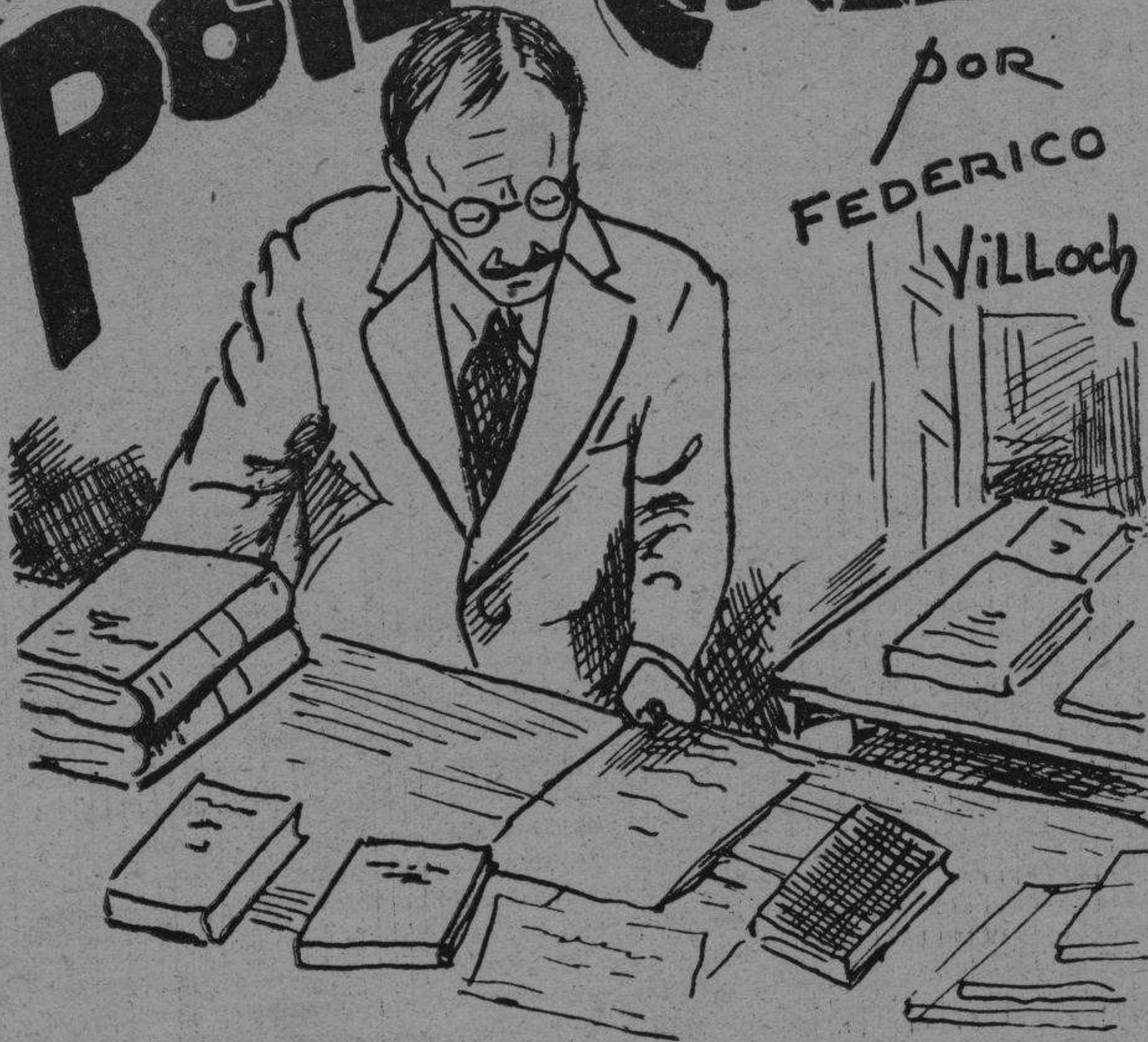
A POCO LA PANTERA QUEDÓ INMÓVIL... MUERTO EL ANIMAL EL GRITO DE MUERTE DE LOS GUERREROS SE CONVIRTIÓ EN CANTO DE VICTORIA. EN CORTO TIEMPO TODA LA SELVA SABÍA QUE LA REINA SAHONA SABOREABA UN NUEVO TRIUNFO.

U NO c...
 tos p...
 los, e...
 letra...
 du d...
 paso, para regi...
 una tarima colma...
 esas que se leva...
 nalmente, en un...
 corridos de la ci...
 tienen ya su siti...
 de la misma. «...
 Menéndez Pelayo...
 Juy, el gran co...
 dirvió de maestra...
 garo, para sus...
 crió preciosos...
 esos puestos de...
 talan en París...
 ones del Sena...
 Notre Dame; P...
 do de las veces...
 con Anatole Fr...
 critores de su...
 dedicado tambí...
 bellas y erudita...
 drid y Barcelon...
 comercio—en lo...
 Sena;—en el R...
 Ramblas—pero...
 donde se ha es...
 tintos lugares...
 que ya de ant...
 como la librer...
 recida, y que...
 en la acera de...
 Obispo, entre...
 la que eran v...
 de la Torre, I...
 de Arazoza, y...
 letras. Tambi...
 fijos en la Ca...
 Carmen, Revi...
 donde concier...
 priano», el de...
 portales de l...
 la antigua est...
 que de la In...
 lica, que ya...
 algunos de es...
 siempre conc...
 contrab: n ol...
 Medicina, In...
 En una a...
 por Fornos...
 tino, existe...
 taló allí hac...
 cuentan a...
 y diez centa...
 empezó en...
 Moderna Po...
 los libros de...
 biblioteca «...
 como agua...
 do—a diez...
 en la cubie...
 ostentaba...
 na, alusiva...
 tonces emp...
 dosis los P...
 de la época...
 Laureano...
 cierta hab...
 na estas r...
 carteles de...
 tros de su...
 De regr...
 López a...
 1893 ó 94...
 siva para...
 periódicos...
 beral, El...
 popular...
 gado, que...
 no obstar...
 modernos...
 brillante...
 riodismo...
 Esquella...
 indole qu...
 las prest...
 Serafi P...
 circulaba...
 El Madr...
 una gra...
 gráfico...
 aquella...
 gasta, F...
 amenisim...
 Eduardo...
 aquellos...
 vista»;...
 José Ja...
 lacio; c...
 rector;...
 pulo d...
 dilla, «...
 se hizo...
 tando...
 cado «...
 los ma...
 época.

VIEJAS POSTALES, DESCOLORIDAS

POTE Y CAVELO

por
FEDERICO
VILLOCH



UNO de los mayores encantos para los espíritus selectos, amantes de las bellas letras, consiste, no cabe duda, en encontrarse al registrarla a su antojo, una tarima colmada de libros viejos, de esas que se levantan un día, provisionalmente, en un portal de los más concurridos de la ciudad; o que de antiguo tienen ya su sitio fijo en casas y calles de la misma. «Leer, leer—como decía Menéndez Pelayo—y luego lo demás». Juy, el gran costumbrista parisién que sirvió de maestro y modelo a Larra, Pígaro, para sus inmortales trabajos, escribió preciosos artículos describiendo esos puestos de libros viejos que se instalaban en París, a lo largo de los malecones del Sena, próximos a la iglesia de Notre Dame; Pío Baroja nos ha hablado de las veces que se encontró en ellos con Anatole France y otros célebres escritores de su tiempo; y Azorín les ha dedicado también algunas de sus más bellas y eruditas páginas. En París, Madrid y Barcelona, tiene su sitio fijo este comercio—en los citados malecones del Sena; en el Rastro; a lo largo de las Ramblas—pero no así en la Habana, donde se ha establecido en lejanos y distintos lugares, a no ser alguno que otro que ya de antiguo ocupara su sitio fijo, como la librería de Alorda, hoy desaparecida, y que durante largos años radicó en la acera de los pares de la calle del Obispo, entre Bernaza y Villegas; y en la que eran visita diaria Lanuza, Carlos de la Torre, Enrique J. Varona, Antonio de Aragoza, y otros conocidos hombres de letras. También había algunos puestos fijos en la Calzada del Monte, allá entre Carmen, Revillagigedo, Campanario, etc., donde conocimos «El Puesto de don Cipriano», el del «Gallego» y otros. En los portales de la calle del Prado, frente a la antigua estación de Villanueva, el Parque de la India y el de Isabel la Católica, que ya no existe; también había algunos de estos puestos de libros viejos, siempre concurridos, y en los que se encontraban obras de Derecho, Historia, Medicina, Ingeniería, etc.

En una acquería del antiguo edificio por Fornos al comienzo de la calle, Nepituno, existe aun un puesto que se instaló allí hace años; y en donde se encuentran a veces obras de mérito a cinco y diez centavos el ejemplar. Cuando Pote empezó en la calle del Obispo con su Moderna Poesía, tenía la especialidad de los libros de texto; y de aquella famosa biblioteca «Demi Monde» que se vendía como agua—como se vende hoy sobre todo—a diez centavos billete el ejemplar, en la cubierta de los cuales siempre se ostentaba una llamativa figura femenina, alusiva al asunto de la obra; entonces empezaban a darse en pequeñas dosis los Pedro Mata y los Felipe Trigo de la época. El conocido autor vernáculo Laureano del Monte, ya fallecido, tenía cierta habilidad para adaptar a la escena estas novelitas, que amenzaron los carteles de Alhambra, Lara y otros teatros de su género.

De regreso de un viaje que hizo José López a la Península, allá por el año 1893 ó 94, trajo la representación exclusiva para la Habana de los importantes periódicos madrileños El Heraldo, El Liberal, El Imparcial, La Epoca, etc., y el popular Madrid Cómico, de Sinesio Delgado, que aquí se leía mucho; y el cual, no obstante el juicio apasionado de sus modernos detractores, marcó una época brillante en el desenvolvimiento del periodismo festivo español, al lado de La Esquella de la Torratxa, y otros de igual índole que veían la luz en Barcelona con las prestigiosas firmas de Apeles Mestre, Serafi Pitarra, Oller, etc., y que también circulaban profusamente aquí en Cuba. El Madrid Cómico abría su número con una graciosa crónica de Luis Taboada, gráfico retratista de la clase media, de aquella villa y corte de Cánovas y Sagasta, Frascuelo y Lagartijo; siguiéndole amenisimos trabajos en prosa y verso de Eduardo Bustillo, el correcto autor de aquellos romances del «Ciego de Buena Vista»; de Vital Aza; de López Silva; de José Jackson Veyan; de Eduardo de Palacio; del propio Sinesio Delgado, el director; de Luis de Ansorena, fiel discípulo de Campoamor; de Emilio Bobadilla, «Fray Candil», crítico cubano que se hizo notar en los madriles; no faltando casi nunca el ameno y muy buscado «Palique» de Clarín, fustigador de los malos poetas y peores prosistas de la época.

Al citar entre los colaboradores del Madrid Cómico a Bobadilla, nos viene a la memoria su recuerdo. Entre los jóvenes escritores y poetas habaneros de aquel entonces sobresalía Emilio Bobadilla; así que su favorable acogida en la prensa madrileña nos parecía cosa propia y nos llenaba de orgullo. Bobadilla fué un hombre combatido y amargo. Su misantropía le creó un ambiente hostil, poniendo en su camino frecuentes e insuperables obstáculos; pero indudablemente valía mucho; y en más de una ocasión dejó bien plantado el nombre de su patria. Fué asiduo colaborador de «El Liberal», «Madrid Cómico», «Blanco y Negro», y otras revistas. Sus crónicas «Desde el Boulevard», que aquí publicaba el Figaro, eran muy leídas; se recuerda su andar provocativo y valentón; su alta y espigada estatura; su peinado de «chuletas», a lo torero; su erizado bigote a la borgoñona. Falleció en Biarritz, relativamente joven. Su viuda señora Piedad Zenea, hija del poeta Juan Clemente, instituyó «El Premio Bobadilla», del que ya no oímos hablar una palabra.

De los dibujos y caricaturas del «Madrid Cómico» se encargaban artistas tan famosos como Ramón Cilla, creador de aquel tipo de «pollo bien», tan conocido en los centros sociales madrileños, en los que hoy se le llama «pollo-pera», el ocurrenciente Sánchez Hérnua, que firmaba con el madrileñísimo seudónimo de «Mechachis»; y Angel Pons, que podía igualarse a los mejores caricaturistas de París. El número de Navidad de «Madrid Cómico» reunía las firmas de los mejores escritores y poetas de España; apenas llegaba a la Habana, desaparecía de los mostradores de Pote, a cincuenta centavos billete el ejemplar, veinticinco en plata; y a leer dulce, nutritivo y sabroso un buen rato. Claro que se trataba de una lectura amena, frívola hasta cierto punto; y entretenida; porque para conocer de krausismo, de metafísica y de novela rusa, teníamos la «España Nueva», con las disertaciones y polémicas de don Juan Valera, Campoamor y la Condesa de Pardo Bazán, cuyos ejemplares no tardaban en verse también aplazados en los puestos de «libros viejos».

Surtiábase de estos periódicos en casa de «Pote» para revenderlos después al menudeo por calles, teatros y estaciones de ferrocarriles—Oeste, Concha, Villanueva, Muelle de Luz y Regla—amén de otros, tres vendedores callejeros que figuraban entre los tipos más populares de aquella Habana de entonces: Trelles, el célebre vendedor de La Lucha, famoso por su tacañería y suciedad; astroso que

no se desprendía por nada de su viejo y mugriento bombín, ni de sus enfiagadas alpargatas; y de quien se decía que, aunque «La Caja de Ahorro»—la establecida en la calle de O'Reilly—con el suicidio de su director, el prestigioso caballero don Joaquín Limendoux, que tuvo lugar allá por los años 84, 85, etc., y que trajo la consiguiente quiebra de la institución, le había llevado cuarenta mil pesos en billetes del Banco Español, aun portaba consigo otros tantos, escondidos en el fondo de su cochambroso chaleco. Desde las primeras horas del día, hasta las últimas de la noche, se veía a Trelles, cojeando a causa de sus infinitos callos, por plazas y calles, a cuestras con su cartapacio de periódicos y pregonando incesante con su voz gangosa:

—¡Lucha... Discusión... Marina! ¡Caricatura de hoy!

Dijose, a la muerte de Trelles, que había dejado por su única heredera a una niña ahijada suya; a la que daba esmerada educación en uno de los mejores colegios religiosos de la Habana. Acaso otro «Papá Gorit», como el de Balzac.

El otro vendedor era aquel flaco callejero, de largas piernas caminadoras; calada hasta los ojos su gorra de pillete de la Barceloneta, a quien se le conocía por «El Catalán», y cuyo apellido, Prats, conocían muy pocos. La especialidad del «Catalán» eran los periódicos festivos. Siempre estaba de buen humor; el contagio tal vez. Su voz incansable y penetrante, de marcado acento catalán, era como la «música de fondo» de la película popular habanera de aquellos tiempos:

—La Saeta... Madrid Cómico... La Lidie... Sol y Sombre...

Varias veces, refaccionado por Pote, intentó el «Catalán» establecerse en punto fijo; y así lo llevó a cabo a la entrada del teatro Albu; en el vestibulo de Alhambra; en los portales de la Manzana de Gómez; y en algunos de la Calzada de la Reina; pero sus ágiles piernas incansables, y su espíritu andariego, le pedían zancajar de nuevo por las calles y lanzar al aire sus pregones; por lo que, a lo mejor, le devolvía a Pote sus libros; y otra vez con su cartapacio de revista bajo el brazo, volvía a lo suyo: —¡El Cencerro... El Motín, con artículos de Nákens!...

El tercer vendedor, catalán también, era un buen mozo, de negra barba cerrada, que pregonaba más pausado y cadencioso, y con no mala voz de barítono; agente y repartidor al propio tiempo de periódicos catalanes y de novelas por

entregas de Luis de Val, Carlota Breamé, Savary, Carolina Invernizio, etc.

—¡La Veu de Oataluña... La Vanguardie... La Esquella de la Torratxa... Novelas y revistas... Blanco y Negro!...

Y en estos últimos compases se engolaba a estilo de Titta Ruffo.

Ultimamente Jacinto Benavente asumió la dirección del «Madrid Cómico», el que fué suspendido en definitiva por la Censura, a causa de una indirecta—demasiado directa—que vió la luz en él, contra la familia real, reinante entonces. Lo substituyó el saladisimo «Gedeón», que también se leía mucho aquí en la Habana, y en cuya redacción figuraban entre otras las acreditadas firmas de Luis Royo Villanova, Palomero, Antonio Paso, Granés, etc. También «El Gedeón» pasó a mejor vida, tras una orden fulminante de la Censura de Madrid, motivada por la célebre caricatura que publicó con motivo de la evacuación de Cuba por el Gobierno Colonial, después de la guerra con Norte América, y bajo la cual se leía este comentario: «Salimos de Palos, y volvimos a Palos». Los puestos de libros viejos veíanse siempre llenos de estos periódicos, ya en ejemplares sueltos, ya en colecciones. La exclusiva que de ellos trajo José López de la Península fué uno de los impulsos más eficaces que hicieron crecer la fama de su establecimiento «La Moderna Poesía». Entonces fué cuando empezó a «ferver el Pote».

Años más tarde, y en los comienzos de la primera intervención americana, aquel antiguo «librero de viejo» reunió en un salón al fondo de su establecimiento—que ya iba ensanchándose—escribiendo a sueldo y por tareas, las más escogidas plumas de la literatura y la pedagogía cubanas; a las que él llamaba en broma: Los Nánigos.

Un tiempo ibamos los jóvenes a buscar a estos puestos de libros viejos las obras de Julio Verne y de Paul de Kock. Cuando en la actualidad vemos los poderosos aviones atravesar los mares como aligeros gaviotas, y como águilas imperiales, cerne sobre las más altas montañas, nos viene el recuerdo de las geniales creaciones del famoso novelista de Nantes: «El viaje a la luna»; «La vuelta al mundo en ochenta días», etc.; y también, cuando se recuerda cómo cayeron al suelo tantas ilusiones, sonreímos filosóficos, y nos acordamos de «La leche de Montfermeil», de Paul de Kock. Nunca faltaban en aquellas «tongas» las novelas de este autor tan célebre y popular en su tiempo: «La senda de los ciruelos»; «La inocente Virginia»; «El hombre de los tres calzones». De vivir en la actualidad el ingenioso novelista parisién, y dadas las veleidades al uso, quizás hubiera también escrito: «El hombre de las tres casacas»...

Allá por los años 1902, 4, 6, etc., cuando la Plaza del Vapor se encontraba en su mayor auge, por la parte correspondiente a la calle de Dragones, había un puesto de libros viejos—acaso aun exista—muy visitado, a causa de la especialidad de su mercancía, por las morenas cocineras, las criadas de servicio y los guajiros que venían del interior de la isla. Llamábase: «El puesto de don Gumerindo»; y en él se vendían a cientos ejemplares de «La magia negra»; «La magia blanca»; «El oráculo de Napoleón»; «Manuales de cocinas»; las «Décimas de Cuculambé»; hojas de la oración del «Justo Juez»; «La historia de Manuel García»; «Los matrimonios del diablo»; «Los tesoros del canalizo»; «Casademunt o el crimen de la Vibora»; y otros libros referentes a sucesos célebres y a rateros y demás elementos del hampa habanera, escritos por los periodistas y reporteros de entonces Alvaro de la Iglesia, Eduardo Varela Zequeira, Aquiles Solano, Iduarte, Camilo Pérez, etc., etc. El puesto aparecía todo colgado de estampas iluminadas de santos también a la venta. Igualmente se vendían allí algunas «yerbas secretas»; pero no la terrible marihuana, que sólo se conocía entonces por referencia, hablándose de ella como de una «fantástica yerba india de resultados funestos». Allá por el año 6, 8 ó 10, fué cuando empezó a prodigarse entre los incautos este terrible veneno, azote de las juventudes modernas, alcanzando su mayor auge en la danza de los millones, que es en la época de las grandes prosperidades cuando prenden los vicios y las malas costumbres en los pueblos.

Conocemos por los asiduos a estos pe-

(Continúa en la pág. 16).

El profesor PICCARD, Colón de la estratósfera y de los abismos submarinos

HASTA ahora se había considerado al profesor belga Augusto Piccard, como el Cristóbal Colón de la estratósfera. Muy pronto, y de llevar a la práctica con éxito sus actuales propósitos, habrá que reconocerlo también como el descubridor de las ignotas maravillas que existen en el fondo del mar.

La nueva empresa del profesor Piccard parece temeraria, pero ¿no lo parecía también sus pretensiones de subir a la estratósfera en un globo? Todo el mundo conoce los records del hombre de ciencia belga, con sus 16,000 metros de ascensión continúa. Es verdad que la realidad no ha estado de acuerdo con su anuncio de 1934, cuando dijo que en cuatro años más—en 1938—se podría viajar de Nueva York a París, por la vía de la estratósfera, en cinco horas. Pero el hecho de su «precipitación» no le rebaja méritos a sus descubrimientos.

El profesor Piccard nació en 1884, hijo de Julio Piccard, profesor de química de una universidad suiza. Al mismo tiempo

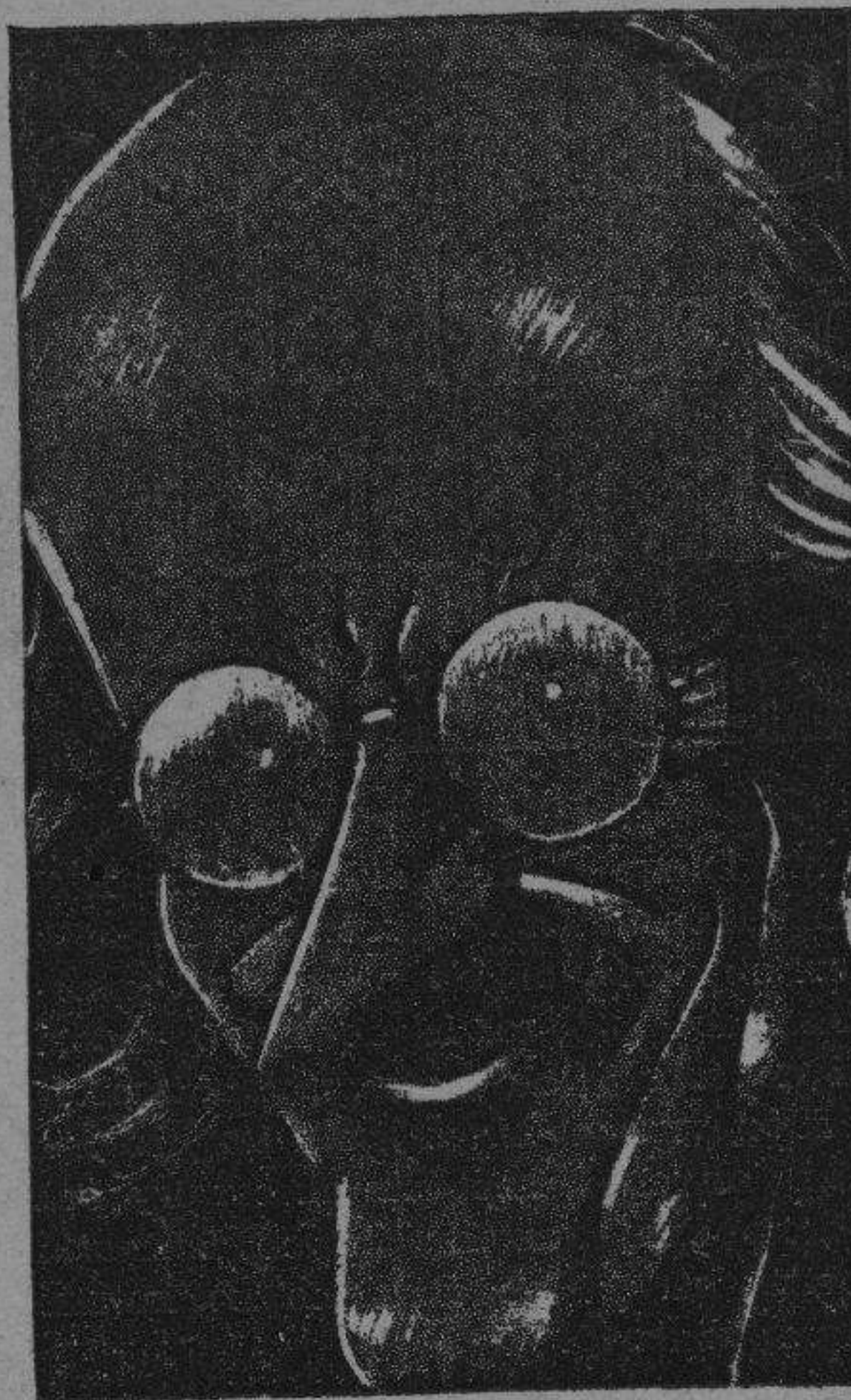
que él, vino al mundo su hermano gemelo Jean Piccard, que también ha seguido la ruta de las ciencias.

Desde muy niño se interesó en los trabajos de su padre en el laboratorio, y muy joven todavía determinó tirarse desde un tejado con un paraguas abierto, para estudiar la gravedad.

Su primer viaje a la estratósfera tuvo como propósito el estudio de los rayos cósmicos. Su primer vuelo lo elevó a una altura de 51,793 pies y tuvo lugar en 1931. Al año siguiente alcanzó la altitud de 54,120 pies, pero al descender cayó su globo en los Alpes, donde estuvo perdido.

Piccard asegura que en la estratósfera se pueden desarrollar velocidades de más de 700 millas por hora, pero a pesar de las grandes posibilidades que ese hecho encierra, él sigue aferrado exclusivamente al estudio de los rayos cósmicos que, después de haberlo llevado al cielo, ahora lo hará descender al fondo del mar.

Esta empresa que se propone ahora Piccard, parece descabellada; pero tra-



tándose de él nada resulta imposible. Consiste, simplemente, en bajar a las profundidades del Océano en una especie de boya errante, ajena a toda ayuda exterior, la cual descenderá o ascenderá en el seno de las aguas, o navegará a la manera de los submarinos, siguiendo la voluntad del hombre genial que estará metido dentro de ella.

El record de descenso en el mar corresponde al norteamericano Beebe, que en 1934 bajó a una profundidad de 906 metros. Piccard se propone aumentar unas diez veces ese descenso, de manera que pueda estudiar todos los secretos del abismo negro. Será el Colón de la entraña del

mar, pero un Colón que estará solo, expuesto a toda clase de peligros. Esos peligros, sin embargo, los ha anticipado el profesor belga, y los ha vencido de antemano.

La boya, que en la inmensidad del mar será como una bolita insignificante, será dejada caer al agua desde un barco cualquiera y comenzará a descender hacia unas regiones nunca exploradas por el ojo humano. A su alrededor, cuando haya descendido un poco, el agua será negra como la tinta. Cuando haya bajado hasta diez mil metros de profundidad, el profesor tendrá la marcha.

El descenso forma la parte más fácil de la aventura. Bastará con que la esfera sea un poco más pesada que el volumen del agua. La parte inferior estará dotada de una especie de embudo lleno de municiones. En el cierre habrá una especie de trampa sostenida por un electro imán. Para detener el descenso en cualquier momento, Piccard hará funcionar el electro imán y dejará caer cierta cantidad de los 300 kilos de municiones que contiene. Cuando se acerque al fondo, un instrumento especial le indicará esa proximidad. Entonces el explorador dejará caer más municiones y la boya dejará de descender e iniciará su paseo de exploración por el fondo.

Debajo de la esfera, rozando el fondo, penderá un cable de acero que frenará su marcha, y si roza un montículo submarino, inmediatamente le permitirá a la boya salvar el obstáculo.

El peligro de obstáculos de cualquier clase o animales marinos tales como pulpos, ha sido previsto. La esfera será lisa y todas las partes que formen saliente y pudieran ofrecer apoyo a las algas o bestias marinas, se desprenderán al instante, ya que sólo van sujetos a la superficie por imanes electo magnéticos.

La boya tendrá infinidad de «brazos» iluminadores y uno especial que emanará chipas eléctricas, dedicadas a ahuyentar a las bestias del abismo. Y como garantía de que la esfera no se escachará como una nuez a 10,000 metros de profundidad, se la construirá de un material muy fuerte llamado electrón y sus paredes serán de 12 centímetros de espesor.

Los descubrimientos de Piccard se transmitirán al mundo por radiotelefonía, merced a un transmisor de onda corta.

Tenga o no éxito Piccard en su nueva empresa, lo cierto es que el profesor puede ser designado como el primero de una nueva raza de exploradores. Gracias a él se ha iniciado una nueva era que puede ser comparada con la que inició Colón en 1492...

el Instituto y en la Universidad: los muchachos hablaban de «Canelo» como de un familiar íntimo. Lo «choteaban» y lo «toreaban», y él se reía. Un buenazo. Le cantaban, tomándola de una piñecita bufa de la época, la copla que decía:

«¿Dónde vas «Canelo»,
tan de madrugada?
A comprar lechuga,
«Canelo»,
para la ensalada».

Recuérdese lo que hemos dicho del carácter y de la manera de ser de «Canelo», que era infantil. «Pote» era su rival en el giro; pero «Pote» no era «Canelo». «Pote» no tenía nada de infantil. El «Pote» de José López «fervió» hasta convertirse en un espléndido y succulento cocido: el de «Canelo» fue siempre una modestísima «sopa de pobre», con la que nutrió su vida oscura, ajena de magnas y complicadas empresas bursátiles. «Canelo» vivió siempre y murió siendo «librero de viejo»: el librero que servía a los estudiantes vendiéndoles y también comprándoles libros; y algunas veces regalándoselos. Era una institución. Su muerte no pasó desapercibida. Fue sentida por muchos, el postalista entre ellos. Cuando los viejos estudiantes pronuncian el nombre de «Canelo», una luz de juventud refleja sobre sus canas...

VIEJAS POSTALES...

(Continuación de la pág. 15).

queños y democráticos establecimientos, las gratas sorpresas que a menudo les asaltan en ellos, cuando dan con una buena obra, y el desengaño que con frecuencia también experimentan no pocos autores de fama, cuando se dan de manos a boca, sin esperarlo, con ejemplares puño y letra a algunos de sus mejores amigos, allí puestos a la venta por la módica suma de diez, quince o veinte centavos, lo que hace suponer que el ingrato dueño del ejemplar se lo vendiera al «librero de viejo» por la irrisoria cantidad de tres o cuatro quiles; algunos de estos volúmenes suelen adquirirse para conservar el autógrafo del notable e ingenuo autor dedicatario, tan mal correspondido.

Por muy ladino y astuto que sea el comprador, fingiendo la mayor indiferencia ante la obra que acaba de encontrar, después de largas e infructuosas búsquedas por otros puestos de la clase, el «librero de viejo» le gana en penetración y conocimiento del negocio. El sorprende en el acto la sonrisa de satisfacción que a su pesar contrae los labios del afortunado «buscador de novedades bibliográficas»; él conoce el tono emocionado del comprador que se hace el indiferente al indagar el precio del escondido tesoro; y como de antemano no se halle el ansiado ejemplar en una tanga en donde ya no figure, en el consa-

LA LONGEVIDAD DE LOS PAJAROS

Los seres alados, tiene, en general, una vida menos larga que la del hombre. Damos a continuación la duración de la existencia de varios pájaros conocidos: la gallina doméstica, vive alrededor de una decena de años; el pecho colorado, la alondra y el mirlo, unos 12 años; el ruiseñor unos 18 años; la paloma de 20 a 23 años; el canario, la grulla y el pavo real, 24 años; el loro, 60 años; en fin, el águila, y el cisne, pueden llegar a ser centenarios.—(D «Marianne», París).

bido cartelito, el precio de sus componentes, el astuto librero obtiene, en las más de las ocasiones, tres y cuatro veces el precio sobre lo que por aquél ha pagado. Aquel hombre tosco y socarrón, a veces sucio y empolvado, como los libros que vende, diríase que adivina y huele en el ambiente el valor y la importancia de los infinitos volúmenes que le rodean; como igualmente se dá cuenta en el acto de la profesión a que el comprador se dedica; y, por lo tanto, del mayor o menor interés que puede experimentar por el volumen objeto de su empeñada disputa. El ojo clínico, diríamos.

De nuestra época de estudiantes, y nuestros primeros años entusiastas de escritores y periodistas noveles, siempre a la husma de novedades literarias, baratas sobre todo—porque para más no había—recordamos también entre los que se dedicaban el giro de «libros viejos», al célebre y popularísimo «Canelo».

Hay nombres que por sí sólo recuerdan toda una vida: el de «Canelo» es uno de ellos. Los que estudiaban allá por los años del 83 al 900 en el Instituto, la Universidad, Belén, los Escolapios, y los colegios particulares, entre los que sobresalían La Gran Antilla, de Gil, el San Rafael, de Casado, el San Ramón, de José de Poo, el de Pola, en la Calzada de la Reina y otros que no nos vienen de pronto a la memoria, recordarán con gusto a aquel hombre tosco, desgarbado y, no obstante, de carácter y maneras infantiles, que les procuraba sus libros de texto a precios asequibles a todas las fortunas, dándoselos casi como en alquiler, puesto que al terminar el curso se los volvía a tomar poco menos que por la misma cantidad en que los habían adquirido, claro que con el compromiso de comprar en el propio establecimiento los que se les hacían necesarios para el nuevo curso.

Desde el primer año del Bachillerato, o mejor dicho, desde el segundo, porque los libros del primer curso los compraban, por lo general, los padres o tutores, nuevecitos y flamantes, en el entusiasmo de la novedad y animados por las más risueñas esperanzas, desde el segundo curso del Bachillerato, decíamos, hasta casi el último de la carrera, los estudiantes de la Habana se reunían y conocían en las distintas casas que ocupara en sus largos años de «librero de viejo» el que llegó a ser popularísimo

«Canelo». No pocas amistades que aun perduran se concertaron en casa de él. Manuel Rodríguez Ramos, conocido por «Canelo», mote que le vino por su acentuado color semejante al de esa perfumada especie, origen en su día de la enfermedad que le causó su muerte—lepra—se estableció por primera vez en la Calzada del Monte, entre Cárdenas y Cienfuegos, llamando la atención las tarimas de libros que obstruccionaban los portales frente a la casa que ocupaba la polvorienta librería. Después, sucesivamente, se trasladó para Dragones, Salud, y a lo último, para Reina, donde aun continúan sus sucesores hijos o sobrinos, siguiendo la norma del fundador: polvo, libretas, obras de texto, y artefactos ajenos al giro.

No se preocupaba «Canelo» del lujo interior de su establecimiento, el cual se componía invariablemente de una serie de tarimas sobre las que volcaba verdaderas montañas de libros de todas clases, y entre los que había que bracear de lo lindo para encontrar el que se venía buscando. Siempre tenía el frente y el interior de su casa colgados de llamativos letreros, que él mismo pintaba con grandes y toscos caracteres en negro: «Canelo Champion»; «Canelo en Bataña»; «¡Arriba Canelo!». Además de libros, vendía violines que les compraba a músicos venidos a menos, o a sus herederos; y guayos, de los que se emplean para acompañar los danzones. Siempre tenía colgados del techo tres o cuatro violines viejos y otros tantos guayos que se balanceaban a impulsos del viento, ofreciendo el más raro aspecto aquella combinación inusitada de stradivarius de lance y viejos y empolvados libretos de ciencia y literatura. Hoy seguramente hubiera vendido también a escondidas, drogas heroicas y cigarrillos de marihuana. Había libros de texto que ostentaban en su primera página los tres o cuatro nombres de estudiantes a quienes habían pertenecido sucesivamente: Borges, Montalvo, Medina, González Balbino, Belt, Cabrera, Manduley, Mestre, Sousa, Cañizares, Fortún, López del Valle, etc., y también se encontraba uno a veces en las revueltas y empolvadas tongas del establecimiento, ejemplares acotados en los márgenes por estudiantes que después se hicieron célebres en la medicina, el derecho, la ingeniería, etc. El nombre de «Canelo» sonaba constantemente en

CARTAS DE BUENOS AIRES

EXPOSICION DE ESTAMPAS ANDALUZAS, DE M. ESCUDERO

Por MANUEL GARCIA HERNANDEZ

se muestra en «La Peña»

Escudero es un andaluz, todo un andaluz, pero hacia adentro. Es decir, que sabe llevar íntimamente a su región, cuando otros tienen que exhibirla en el chambergo de alas inverosímiles, la risa oficial por ser andaluz y el chiste adecuado para no defraudar a los que no aceptan a un verdadero «cañí», sin todas esas ostentaciones de cartel.

Pero, por sobre todo, bien andaluz es este pintor: el autor de «Frasquito», cabeza de torero con todas las de la ley y fuera de ella; «Gitanos Pinicheros», composición vigorosa y emotivamente racial; «Caminito de Triana», como ya lo dice, es para decir algo del paisaje andaluz, todo en armonía con un ambiente de sana mansedumbre espiritual; «Santo, la gita-

na», muestra su cara de picante picardía; «Por sevillanas», cuadro que hay que decirle, después de cuadrarse en jarra, ¡olé tu madre!; «Novia gitana», con todos sus atavíos raciales y sus expresiones de gracia misteriosa y pagana; «Tío Juan Antonio», expresión sercilla de viejo, con su ancho sombrero cordobés; «Danza Gitana», que muestra en tono rojo a una bailarina que se arquea, mientras al fondo se nota el conjunto de sus admiradores; «Ratablo andaluz», en tono amarillo, se nos cuele por los ojos y nos produce la sensación de que esa figura bien pudiera descender de su marco para envolvernos en su cuerpo fatal durante una danza brutal; «Tango andaluz», de firme trazo y de colorido sensible; «Fiesta cañí», como lo dice, es para dar una sensación de esas francachelas en que el vino enciende las venas y se escucha el sensual «cante jondo»; «Pastora», hermosa expresión de mujer que luce claveles en el pelo y asomo de



Bailadora, por M. Escudero

inquietante sensualidad en los ojos profundos y en los labios que tiemblan; escenas de troníos zumbones, con los clásicos «palitos» que empujan la sangre y encienden lo que haya en la naturaleza humana; y, por último, llega en las expresiones de sus mujeres, «María del Corral», de mansedumbre espiritual; «La golondrina», arrapieza dulce que muestra ya a la mujer que viene avasallando sus carnes impúberes y sus ojos de fuego; Ana María, Amparo, La Curra, Dolores, Lola, todas, pero todas, son mujeres andaluzas que llevan en el óvalo brillante de sus caras y en la turgencia de sus facciones, ese «algo» regional que sólo vemos en escenarios en que se asoman mujeres de teatro que mueven sus piernas en el vértigo de la danza, envueltas en los mantones rojos como su sangre y arrulladas por esas diabólicas castañuelas, prohibidas en el cielo por temor a que los angeles se entreguen a la danza...

Logra Escudero traernos retablos de su Andalucía. De traernos en ancas de su pintura una naturaleza bravia que se muestra en cuerpos de mujeres elásticas, en expresiones naturales, en troníos infernales, mientras ese aire místico de todo lo andaluz se filtra con sus leyendas morunas, en que el amor, el coraje y los celos, escriben la historia de su pueblo...

Ya en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, expuso este pintor, mereciendo el aprecio de Hoyos y Vinet, Francisco Alcántara, José Francés y otros. Aquí expuso también en «Nordiska», obteniendo el éxito que debía tener por ser una verdadera expresión del arte sincero, honrado y regional, que era su fiel propósito.

Es también un ceramista que lleva su arte hasta la más fina sensibilidad. Posiblemente se dedicará a esta industria, pe-

ro siempre alentando en ella su pastón, su noble pasión por un arte en que pase el pueblo andaluz con la gallardía seductora de sus mujeres y el encanto viril de sus paisajes milagrosos...

LA ULTIMA REINA...

(Continuación de la página veintiocho)

te. Las miradas se fijan sobre Ranavelo y en la puerta que ha de franquear el paso a Galiene. Los dos enemigos de antaño van a encontrarse frente a frente. Para la pequeña soberana de Madagascar, la prueba es casi superior a sus fuerzas. Cuando el soldado francés, con uniforme de gala, penetra en el salón, Ranavelo se yergue de su asiento, en sus ojos negros brilla un relámpago de rebeldía, que pretenden fulminar a General, pero las fuerzas la abandonan y deshecha y gimiendo, cae pesadamente en su butaca. Galiene vive la situación. Comprende el problema, olvidando al Soldado, se vuelve caballero y cortesano. Con paso firme se acerca a la Reina destronada por él. Una de sus rodillas hinca la alfombra, y siguiendo el rito malgache, su mano derecha se posa sobre el corazón. Murmura breves palabras al oído de Ranavelo, en lenguaje hova. Esta levanta la cabeza, sonríe, entre sus lágrimas da a besar la mano a Galiene, y ambos, engarzados del brazo, como en las más lustrosas épocas del «minué», bajo el estupor de la estática concurrencia, enfilan el ancho pasillo que los conduce al comedor.

Así era Ranavelo, la postera reina de Madagascar. En su alma llena de coraje y valentía, para defender sus dominios, no cabía el odio ni siquiera para su vencedor, para el hombre que encarnaba su desgracia, su exilio, su errante epopeya de soberana destronada. Aunque alejada de sus palacios, de sus territorios y de sus súbditos, nunca dejó de ser una verdadera reina, en toda la extensión de la palabra...

París, octubre de 1938.

RAREZAS DEL CINE

DICK POWELL
LLEVA GASTADOS \$600
EN TRATAR DE PESCAR UN PEZ ESPADA...
EL MUY TESTARUDO
NO HA DESISTIDO AUN...

LA SILLA DE MONTAR QUE USA BILL BOYD ESTA VALORADA EN \$ 2,500

ADOLPHE MENJOU.
EN SU PAPEL DE HOMBRE DE SOCIEDAD EN LA PELICULA "GRACIAS POR TODO", USA 27 TRAJES DISTINTOS...
LOS ACTORES DEBEN PROPORCIONARSE SU PROPIA ROPA; PERO EN ESTE CASO SE HIZO UNA EXCEPCION Y EL ESTUDIO CONVINO EN PAGAR LA MITAD

CLAUDES BRUNO 693

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

Francia es un país de vida al aire libre

por

PIERRE FREDERIX

UN viajero que después de diez o quince años de ausencia, regrese a Francia se verá sorprendido por todos los tipos de nueva humanidad que cada sábado y cada domingo, invaden las estaciones o se lanzan sobre las rutas o se extienden en los campos desde los Alpes a la Bretaña, y desde las planicies de Flandes hasta las playas del Mediterráneo. El Mardi-Gras ni la Mi-Careme se festejan ya en París; ya no se tiran sobre las aceras los confettis; los parques de de atracciones y las ferias se quejan de que se les abandone. Sin duda alguna, el francés no ha amado jamás profundamente esta especie de vertigo colectivo que reúne a las muchedumbres en enormes carnavales. Pero en el campo el verdadero sentido de la libertad, se despierta en los franceses.

Desde la terminación de la guerra, la transformación del vestido dominguero ha sido prodigiosa; el hongo, el sombrero de paja y la chistera, han ido poco a poco a reunirse en el almacén de las curiosidades antiguas. Cuando la juventud está de vacaciones si lleva algo sobre la cabeza, es una boina o una gorra; pero la mayoría de las veces va sin sombrero. Las muchachas llevan una falda bastante corta y una camiseta; los muchachos van en «short». Una mochila sobre las espaldas para los comestibles y el material; una tela impermeable para caso que llueva. A la era del dancing y de las discusiones en el café, ha sucedido la época del aire libre. Y con esto, el espíritu y el cuerpo salen ganando.

Se ha dicho que el «scoutisme», es una invención británica y que la idea de los albergues para la juventud fue lanzada por un maestro de escuela de Westfalia. No hay que olvidar que hace un siglo y medio, Juan Jacobo Rousseau y Chateaubriand, habían celebrado la vida al aire libre. Al fin y al cabo, Francia no hace más que encontrar de nuevo una antigua tradición. Seguramente el francés repite para la vida al aire libre, aquello que le ocurrió con sus ases de la raqueta, descendientes de los jugadores de longue-paume, de donde Inglaterra inventó el tennis. Los franceses olvidaron su viejo juego



El velodromo de invierno de París, pero no en día de reunión política, sino de deportes.

de crosse, cuando los ingleses desarrollaron el críquet y el base-ball. A la hora actual en Francia se multiplican los terrenos para deportes. Mañana dispondrán para sus ejercicios físicos de tantos profesores y terrenos de deporte como los más ricos países en atletas.

La ayuda oficial, los progresos generales de la higiene, la aceleración de los transportes ferroviarios, el desarrollo del automóvil y la publicidad turística han desempeñado un papel importante en este renacimiento. Pero también han intervenido otros factores importantes. ¿Es por una coincidencia que los albergues para la juventud aparecieron en Francia al mismo tiempo que los primeros efectos de la crisis mundial? Antes de 1930, no existía ninguna de estas posadas. La Liga Francesa, contaba a principios de 1936, con 67 albergues y 175 al final de 1937; el Centro Laico poseía 5 en 1933 y 250 el año pasado. En Francia se ha producido el mismo fenómeno que en los Estados Unidos a raíz de la crisis; millares de hombres pertenecientes a todas las clases de la sociedad, abandonaron súbitamente la provincia natal para irse a California y Florida, donde el sol, al menos, no costaba ningún dinero. Este fenómeno se produjo en Francia naturalmente con menos brutalidad y en menor cuantía y sin adquirir aquel aspecto de vagabundaje que lo caracterizó en América. En vez de enterrarse en la provincia, buscaron el medio de viajar barato; se han creado múltiples organizaciones para responder a este deseo. Y en varios años una gran parte de la juventud, ha comprendido que los placeres campestres inaugurados en tiempos de crisis, son tan saludables o quizá más en tiempos de prosperidad.

Otra medida —completamente voluntaria y aprobada por la totalidad de la opinión pública— ha contribuido a este cambio de costumbres francesas: la institución por el primer gobierno de «Frente Popular», de las vacaciones pagadas. Desde el verano de 1936, todos los asalariados franceses, obreros, empleados, agricultores, artesanos, etc., tiene derecho legalmente a un mínimo de 15 días de descanso, durante los cuales el pa-

trón está obligado a pagar, íntegramente el salario de esos quince días. De esta forma, varios millones de franceses —principalmente de los obreros de la industria que jamás tomaba vacaciones, disponen desde ahora de un poco de tiempo y de dinero para abandonar el sitio de su trabajo. Por otro lado, para facilitarles el viaje a cualquier punto de Francia, la administración de ferrocarriles les ofrece un billete de ida y vuelta con un 40 por ciento de reducción. Desde el verano de 1937, verdaderas masas humanas han aprovechado de esos beneficios; millares de franceses y francesas, descubrieron el mar o la montaña. Entre una parte de la clase media embarcada por dificultades económicas y una parte de la clase obrera provista de nuevas facilidades, se ha establecido algo así como un nivelamiento durante las vacaciones. Se vio este verano, grupos que provistos de casa de tela que parecían haber olvidado que había casas de piedra en el mundo y junto a la playa o en los campos o en la montaña, pasaron quince días de vacaciones. La Costa Azul fue sumergida por una vaga humana.

Este amor del aire libre, este deseo de endurecer el cuerpo, es verdaderamente activo. El verano, cuando aquellos que temen el calor sueñan con los fjords de Noruega, la juventud francesa corre hacia el Mediodía; en invierno, cuando los viajeros sueñan con el clima templado de la Costa Azul, los jóvenes corren hacia los campos de nieve. En una palabra, la juventud gusta enfrentarse con el gran calor y con el frío intenso. El desarrollo rápido de los deportes invernales en Francia no es uno de los signos menos extraños de esta transformación de las costumbres francesas. En víspera de la guerra mundial, no había en Francia, sin contar claro es, los batallones alpinos, más que varios cientos de alpinistas para practicar el esquí; los deportes de invierno, que eran sólo conocidos por un grupo de aficionados. Hoy en día por el contrario, es el gran público quien acapara la montaña. En 1918, Chamonix era poco más o menos la sola estación francesa que estaba organizada para recibir a los «skieurs». Hoy en día, encontramos mil-

llares de estaciones en los Vosgos, en los Alpes, en el Jura, en los Pirineos y en el Macizo Central. A medida que los aficionados se multiplican, los hoteles y los teleféricos se construyen. Pero es sólo desde hace seis o siete años que los deportes de invierno han adquirido en Francia una tal amplitud. Algunas estaciones de los Alpes, que sólo contaban con el Chalet del Club Alpino, cuentan hoy docenas de hoteles que aparecen repletos durante la temporada de nieve. La primera escuela de esquí francés, ha sido inaugurada en Megève, en 1932; hacia la misma época, varios aficionados franceses empezaron a distinguirse en los campeonatos internacionales; cinco años más tarde, Francia contaba con campeonos del mundo, una escuela nacional de ski, y más de 60 secciones de enseñanza para alumnos. Aunque es difícil de dar una cifra, podemos decir que varios cientos de miles de franceses, han empezado a amar la nieve.

Debemos hacer subrayar también que el número de escolares enviados anualmente a las colonias de vacaciones, ha doblado en menos de doce años; no olvidemos tampoco las asociaciones de scoutisme, de todas confesiones e ideologías, no cesan de progresar. Se dice generalmente que el francés es el mejor artesano que existe en el mundo. Y lo prueba de la mejor de las maneras, instalando de una forma ingeniosa cientos y cientos de campos de vacaciones. Se dice también que el francés es un hombre casero; en ese caso, su «casa» ha empezado a rodar como lo demuestran esos millares de bicicletas de obreros, en las que el hombre va delante y la mujer detrás y que acaparan las rutas de Francia. En los velodromos no es sólo la política la que ocupa los espíritus (1); y cuando el público, el primer día de vacaciones, prueba así que los franceses, —sobre toda las nuevas generaciones— no deben envidiar a ningún país por la salud, el conocimiento de la naturaleza y el arte de llenarse los pulmones de aire puro.

(1) Casi todas las reuniones políticas de París, se llevan a cabo en el Velodromo de Invierno.

EL MADRID de LOPE de VEGA

MADRID convertido en corte a principios de 1561, era una población que, si no insignificante, de ninguna manera podía competir con París o Londres, ni estaba en disposición de ascender repentinamente al rango de corte.

Las calles ofrecían estrechas y serpenteantes, como todavía se ven en aquellos sitios de los barrios bajos, donde aún flaquea la urbanización. Las casas, en su mayoría, no contaban sino un solo piso; mas pronto hubieron de levantarse para alquilar el principal. No existían aceras ni había alumbrado propiamente dicho; apenas rodaba coche alguno. La villa, a las diez de la noche, dormía ya, envuelta en sombras. Nadie transitaba por las calles, como no fuera caso de urgencia ni se encontraba sino a la ronda de aguaciles y corchetes. Aún no había aparecido la figura del sereno. A las ocho venía la cena, y el vecindario recogíase. Tal cual farol de aceite empotrado en alguna esquina o saledizo estratégico, tal cual lámpara alumbrando la imagen de una hornacina, eran el solo alivio de la oscuridad en la noche madricense. A algún trasnochador solitario en busca de aventura galante; algún médico presuroso, para asistir a algún enfermo de peligro; algún muerto, en fin, alguna encrucijada.

Raro era el reloj de torre en esta época; de suerte que al toque de queda sólo respondían, ya de madrugada, las alegres campanas de maitines.

Entraba el sol por el camino de Alcalá, como un estudiante más que fluyera de Compluto. Las altas crestas del Alcázar, de Nuestra Señora del Buen Suceso y del Colegio de Atocha, parecían

de oro bruñido. Los carros que venían de Sevilla y entraban por la Puente Segoviana; los de la Mancha, por el camino de Toledo, que subían por el Matadero y San Lorenzo de Gallera; los de Valencia, los de Alcalá, eran los primeros ruidos que despertaban la nueva corte.

Porque si la noche quedaba sumida en el mayor silencio, el día de Madrid era por demás, agitado y bullicioso. Gentes de todas partes de la tierra, que se expresaban en todos los idiomas conocidos. La diversidad de razas y de trajes, ponían una nota pintoresca y de subido color en la Babel del Manzanares.

Esta corte, hecha demasiado apresuradamente, nutriase con los despojos de Toledo, que para siempre quedó desolada. Nada menos que veinte mil funcionarios públicos, que es tanto como decir veinte mil palaciegos, siguieron a los reves en su marcha a Madrid.

Por el sistema centralizador de Felipe II, la corte atrajo en seguida a muchas ruedas de la máquina administrativa provincial. A los pocos años, no se podía ya. Se construyó entonces a toda prisa y desordenadamente, con una desigualdad en la edificación, que aún es origen de trastornos; y como faltaban viviendas, llegóse a la incautación de los pisos segundos.

La anárquica alineación de las calles, dejó afeado a Madrid. Por supuesto, la limpieza no era, en verdad, recomendable. Sin caridad alguna para con el pobre transeunte, se arrojaban desde las ventanillas, las peores inmundicias; y como (entonces y ahora), Madrid era una población donde apenas llueve en el año, formábanse en las calles montones inmensos de polvo, que a la llegada de la



Casa donde vivió Lope de Vega en Madrid. (Nótese, al frente, la cartela donde figura su nombre).

RAREZAS DEL CINE por CHARLES BRUNO



DURANTE LA FILMACION DE "DAWN PATROL" SE HICIERON INVESTIGACIONES QUE DEMOSTRARON QUE EL PROMEDIO DE VIDA DE LOS AVIADORES QUE PARTICIPARON EN LA GUERRA MUNDIAL SOLO ERA DE 4 1/2 HORAS DE VUELO...

PARA SABER SI CABRIAN EN UNA VALIJA POSTAL, HUBO QUE METER EN ELLA \$250,000 EN BILLETES DE \$20... EL ESTUDIO QUERIA ESTAR SEGURO DE ESTO ANTES DE PRESENTARLO EN LA PELICULA "UNION PACIFIC"

HENRY WILCOXON TUVO QUE SOPORTAR DICHAZOS COMO ESTE CINCO VECES, ANTES DE QUE QUEDARA BIEN LA ESCENA, EN LA CINTA "FIVE OF A KIND"

¡ES DE EM-BUSTE GUARDIA!

llovía, convirtiéndose en charcos y fangales imposibles de transitar.

Las casas eran tan chicas, que cuarenta años más tarde, escribía un viajero, Wilhelm Newmair von Rampsia «Tiene los españoles casa tan pequeñas que una persona a caballo puede tocar con la mano los tejados».

Pero Madrid creció prodigiosamente, y pronto la calle Mayor, la Puerta del Sol y el Prado de San Jerónimo, cobraron aspecto de gran urbe. Alzaronse muchos edificios de piedra, muchos templos; muchos palacios; en el Alcázar introdujéronse continuas reformas hasta modificar su aspecto medioeval. Habilitáronse, en fin, «corrales» más amplios que los antiguos para la representación de comedias; y todo, poco a poco, fué adquiriendo tinte cortesano y de refinamiento.

Y en seguida, las fiestas, la suntuosidad y pompa del culto católico, tradicionales en la Casa de Austria; la gala, ostentación y magnificencia de las solemnidades, las procesiones, en especial la del Corpus Christi; las manifestaciones públicas de fe, los autos, las exequias fúnebres, las canonizaciones y translaciones.

Imagináos aquel Madrid abigarrado en un día de sol esplendoroso. La festividad echa a la calle a una muchedumbre hirviente, las fachadas se adornan de tapices, las mujeres se agolpan a las ventanillas, en que toma parte la corte y la nobleza, la burguesía y la plebe; largas ileras de monjes, corporaciones de artesanos, regidores, alcaldes, hermandades; y el sonar de las trompetas y las danzas y los gritos de estridor, y los cantos litúrgicos mezclados al repique incesante de las campanas.

El provinciano que arriba a Madrid, montado en su macho, tras de pasar la noche anterior en la misera venta, donde

a poco que se descuide, le darían gato por liebre, sin duda sufriría el vértigo al contemplar aquel bullicio, aquel ejetreo constante de la nueva corte.

Como arriba decimos, las costumbres, si dulcificadas después, eran duras y no habían perdido su medioeval rudeza. La vida interior del hogar, la vida doméstica, desarrollábase en una especie de clausura y confinamiento. No era recato, sino residuos de herencia árabe.

Por natural contraste, cuando la mujer salió de su encierro, dió en galantezas y afeites, y surgieron los discretos y la vida de relación, al punto libre y desembozada. Los dos o tres veces al año había corrida de toros, aunque nada de común tenían con las actuales; pero Pío V las prohibió en 1567, bajo pena de excomunión. Es imposible desarraigar una costumbre, y ocho años más tarde Gregorio XIII redujo la prohibición a los clérigos, y al fin, a instancias de Felipe II, se derogó todo en los últimos meses de su reinado.

Las diversiones menudeaban. A las multitudinosas, como juego de cañas, de sortijas y fiestas de moros y cristianos, sucedía el de la gallina ciega. Días de gran holgorio eran los de Carnestolendas, no exentos de muchos desmanes y espectáculos de rudeza primitiva.

El lujo en el vestir, adquirió caracteres de ruina. En ninguna corte del mundo se vestía tan lujosamente como en Madrid. La pauta de todo la daban el rey y la reina. A la manera como los monarcas querían, así habían de vestir sus vasallos. El grande imitaba al rey, y el pequeño al grande.

En este Madrid nació Lope de Vega Carpio, el 25 de noviembre de 1562, o sea el 5 de diciembre, según la Corrección Gregoriana.

El Verdadero Campeón de los Coleccionistas de Autógrafos

POR HELEN WELSHIMER

SI Seymour Halpern no hubiera leído hace unos pocos años «La Americanización de Eduardo Bok», probablemente no sería el feliz poseedor de la más completa colección actual de autógrafos. Tal vez hubiera coleccionado, en cambio, estampillas, libros, elefantes, o chucherías de otra índole.

Sin embargo, Halpern leyó de cómo Bok,



Seymour Halpern y tres de sus valiosos retratos autografiados: el de Clemenceau, el del Papa Pío XI y el del malogrado rey Alberto de Bélgica.

famoso editor, hoy fallecido, se hizo el propósito de mantenerse en contacto con las grandes figuras, solicitándole entrevistas y autógrafos. Este fue su método para conocer a los hombres eminentes y de ello da cuenta en su libro.

«Cuando leí la autobiografía, decidí practicar el mismo sistema para hacer personalmente esos conocimientos», explica el joven coleccionista de veintiún años.

Empezó escribiendo una carta a Calvin Coolidge, que era entonces presidente de los Estados Unidos, aunque el término de su mandato tocaba ya a su fin. El primer magistrado le envió su autógrafo hecho sobre una tarjeta de la Casa Blanca, y lo remitió por expreso urbano a fin de que Halpern pudiera reci-

birlo antes de retirarse de la presidencia para volver a Vermont.

Halpern, que vive en Richmond Hills, estado de Nueva York, es considerado actualmente como el primer coleccionista mundial de autógrafos. Posee 4,800 firmas famosas, 2,700 retratos con autógrafos y 200 caricaturas autobiografiadas de celebridades.

Clemenceau, el fallecido gran magistrado francés, expiró mientras firmaba su autógrafo.

Gandhi mantuvo con el muchacho, una correspondencia espiritual. En cierta ocasión, el «leader» oriental se expresó tan vehemente contra las prácticas del gobierno británico, que las autoridades cortaron el autógrafo de la carta, se lo enviaron a Halpern y destruyeron el mensaje que iba acompañado.

«Fue allá por el año 1929, cuando empecé a coleccionar autógrafos—manifiesta Halpern.—Después que Calvin Coolidge contestó, me exité tanto, que escribí a todos los miembros del gabinete y de la Suprema Corte, solicitándoles autógrafos. Aunque no en gran cantidad,

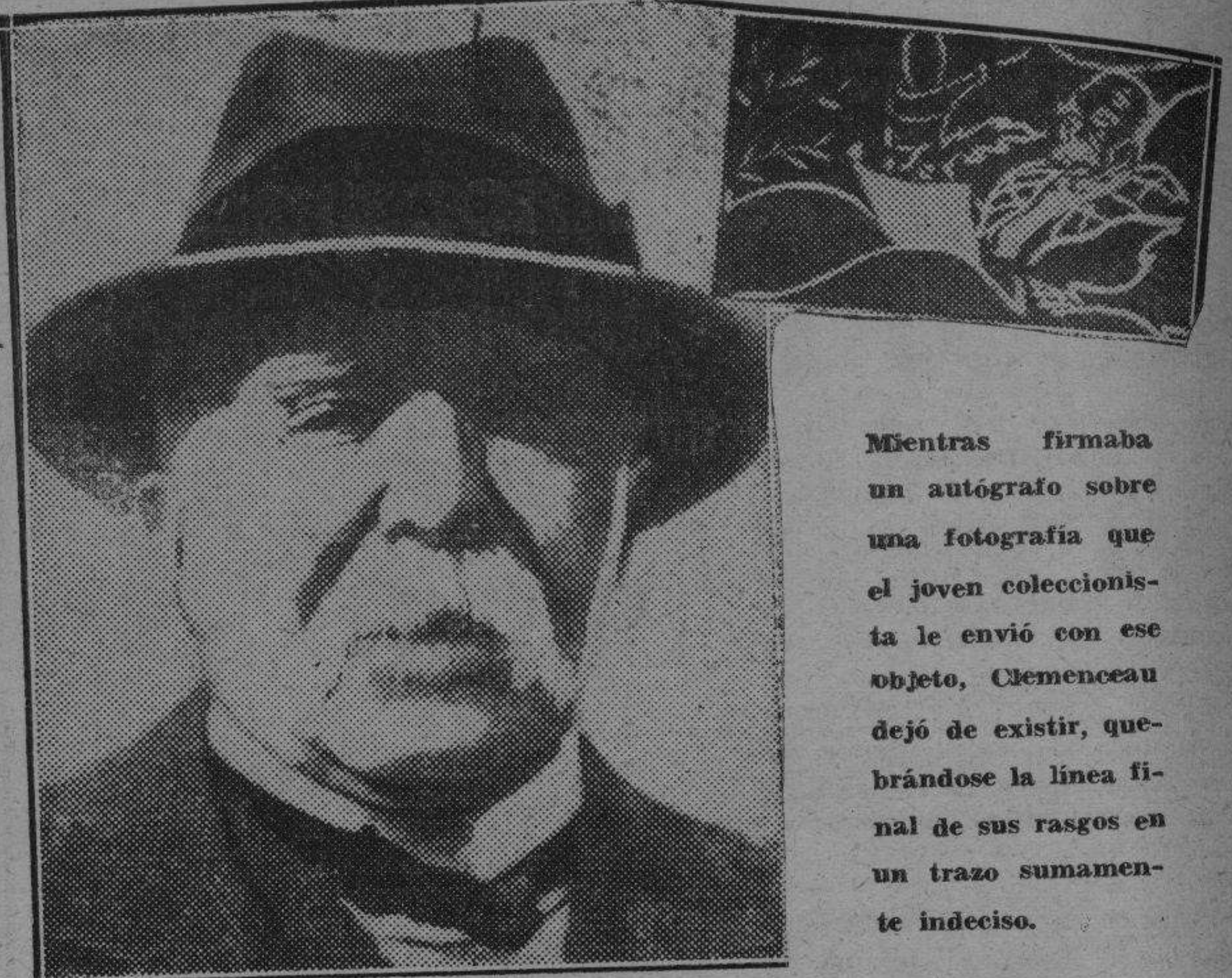
«De todos modos, un autógrafo sobre una tarjeta no significa mucho, de manera que envié cartas que se referían a aspectos de la vida del hombre con quien deseaba ponerme en contacto. Me refería a algunas fases de su actividad, en el cual tenía yo especial interés. Pero tampoco esto me dió mayores resultados, pues mis víctimas me hacían contestar por sus secretarios.

«Finalmente apelé a una estratagema ingeniosa, que no falla: buscar el lado flaco de cada uno de mis hombres.

«Comencé a observar que las personas a quienes exhibía mi colección, se interesaban más en ver retratos autobiografiados que en mirar simplemente a las firmas. Me dediqué, entonces, a la tarea de comprar retratos o pedirlos. Al solicitar autógrafos, enviaba luego los retratos adquiridos.

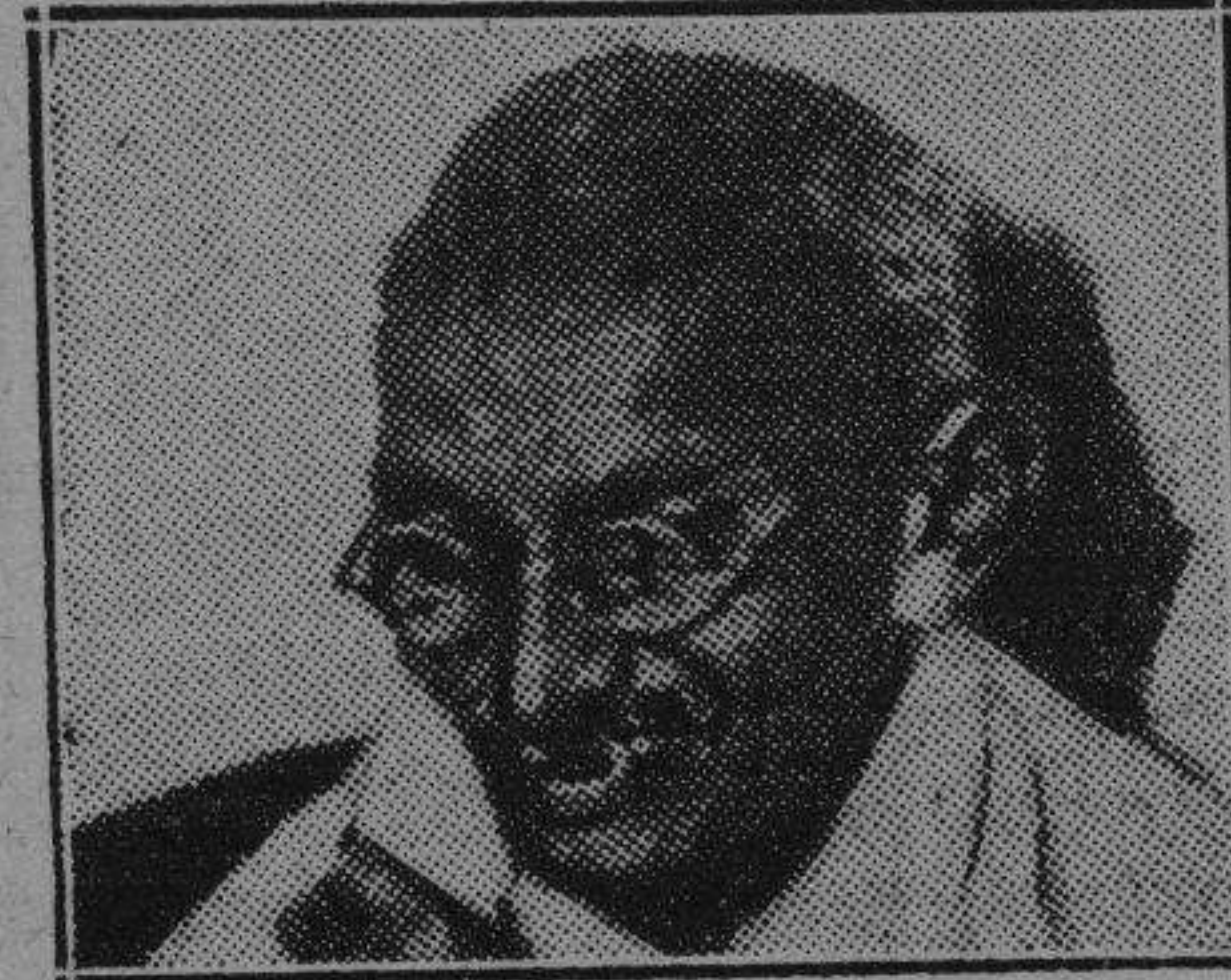
«Siendo estudiante secundario, aprendí dibujo; me puse a practicarlo, y cuando consideré que ya había adquirido la destreza necesaria, me llegué hasta la residencia, en la ciudad de Nueva York, de Franklin D. Roosevelt.

El primer magistrado de la Nación, era entonces gobernador del Estado de Nueva York. No estaba en su casa la noche que Halpern pasó a verle. Pero cuando



Mientras firmaba un autógrafo sobre una fotografía que el joven coleccionista le envió con ese objeto, Clemenceau dejó de existir, quebrándose la línea final de sus rasgos en un trazo sumamente indeciso.

se enteró de que alguien había estado a visitarlo y no le halló, Roosevelt le escribió una nota, en la cual se lamentaba de ello. Informó a Halpern de la semana en que estaría de vuelta a la ciudad y le pidió que llamara a su casa



El «leader» de la India, Mahatma Gandhi mantuvo, por espacio de algún tiempo, correspondencia espiritual con Halpern, hasta que el gobierno inglés cortó el continuado intercambio de epístolas.

Halpern concertó la cita, dibujó al gobernador y descubrió que aun los estadistas son susceptibles de cometer errores ortográficos.

Cuando Roosevelt empezó a escribir «A mi amigo», (To my friend), sobre el dibujo—recueta muy divertido Halpern—no sabía si la «e» precedía a la «i». Creyo que era así. Pero su secretario le informó que no.

Y así fue que el presidente Roosevelt—entonces gobernador—, buscó la palabra en el diccionario y descubrió que estaba equivocado y que su secretario tenía razón.

El segundo dibujo lo hizo Halpern durante una entrevista a Hughes. Según el muchacho, resultó un dibujo muy divertido.

«Repentinamente dijo mister Hughes: ¿Le gustan los caramelos». Cuando respondí que sí, se llegó hasta otra habitación, abrió un cajón, sacó una caja de bombones, quitó unos cuantos y desparminó los otros para que no se descubriese que faltaban algunos. Declaró que no deseaba que su esposa se enterase, puesto que él no debía comer caramelos. No obstante, ella entró y le sorprendió «in fraganti».

La firma más difícil de obtener, fue la de Charles A. Linbergh, dice Halpern.

Los coleccionistas de autógrafos, manifiesta, deben invertir paciencia y franquear. Diecisiete cartas envió al joven aviador, cada una acompañada con una fotografía en las que se veía a Lindbergh acompañado de una o más personas, las cuales ya habían puesto su autógrafo en el retrato. Pero ni una sola de esas fotografías llegó de vuelta.

«Finalmente escribí a Dwight D. Morrow, el ahora fallecido suegro de Lindbergh, quejándome de que su yerno se guardaba todas mis fotografías—cuenta Halpern—. Me respondió diciéndome que se hiciera saber a su yerno su deseo de que obtuviese yo el autógrafo.

«Saqué una fotografía de la carta y

se la envié al coronel Lindbergh, junto con un retrato suyo y de Evans Hughes. Me la devolvió firmada.

«El Papa Pío XI, fué el segundo de los personajes difíciles. Me costó ocho cartas el conseguir una respuesta.

«Pero cuando llegó el autógrafo, fué en un retrato del Papa igual a los que aparecen en los timbres de correos y sellos—dice orgulloso el coleccionista—. Yo no había solicitado una fotografía, sino la firma para mi colección, el Papa lo firmó así: «Pío PXXI».

«La obtención de esta firma, dió lugar a la lucha para tratar de conseguir la tercera entre las difíciles. Era la de Mussolini.

«Le envié seis cartas, encareciéndole un autógrafo, pero no vino. Entonces en la última misiva, le dije al dictador italiano que el Papa había enviado ya su firma y que no creía que Italia estaría completamente representada sin contar también con el nombre de Mussolini.

«El gobierno italiano, debió de haber dudado de que yo tenía la firma del Papa, ya que varios representantes del gobierno italiano pasaron por mi casa para verificar la correspondencia papal. Tan sorprendidos quedaron al verla, que en menos de dos semanas llegaba por carta certificada, la fotografía de Mussolini, firmada especialmente».



La firma del «Aguila Solitaria», fué una de las que más trabajo le costó obtener a este aficionado de los autógrafos. Necesitó hacer gestiones ante el padre político del famoso aviador para conseguirlo.

Halpern aprecia el autógrafo de Clemenceau más que cualquier otro de su cuantiosa colección. El retrato ostenta la última palabra del gran estadista francés. No la terminó; apenas llegó a la «n».

Hasta la propia fotografía tiene su historia. Halpern gastó todo su dinero en comprar retratos de hombres eminentes. «Cierta día, mientras volvía de la escuela, el viento arrastró por la vereda y frente a mí, un periódico. Desde una página abierta al azar, un retrato en colores de Clemenceau me miraba. Perseguí al periódico, recorté el retrato, lo fijé convenientemente sobre una cartulina dura y lo envié a Verdún, la pequeña población francesa en la cual yo sabía que el estadista yacía postrado en el lecho.

«Dos semanas más tarde, me enteré

(Continúa en la pág. 29.)

Todos los sacrificios fueron recompensados al tenaz coleccionista cuando tuvo la dicha de pasar treinta minutos a solas con Greta Garbo, hasta quien pudo llegar sólo mediante un ingenioso ardid. Esta magnífica oportunidad fue hábilmente aprovechada por el consecuente aficionado para hacerle, a la celebrada y exitosa actriz, un artístico y magnífico boceto.



Cilberos

Y AUTORES

La Obra Poética de PEDRO SALINAS en los Estados Unidos

Como bien sugiere Don Fernando de los Ríos, «en la obra de Salinas la poesía española aparece llena de sonidos líricos que solamente pueden ser expresados por los emisarios espirituales de un idioma». En efecto: el poeta dota de honda vibración y sentimiento a todos los temas, la meditación, el amor, la amargura, las más íntimas emociones. Sus labios «preparan la voz que yo quiero, de mí», y exclama en la estrofa pulida del poema «Angel Extraviado»:

De cuando en cuando rueda
por dentro de mí ser
el ruido imperceptible
de una pluma tronchada.
Siento soplos de ángel:
lucha con luz, con soplos
de aurora. Ante su aliento
cantan pios de alba.

¿Es trégua, paz, victoria?
¿Quién ha vencido en mí,
quién se lleva mi alma?

El volumen está impreso con gusto, en papel fibroso, consta de 169 páginas y tiene encuadernación de tela de calidad. Miss Turnbull informa en el proemio que las versiones han sido todas aprobadas por el autor Salinas, a quien debemos el prefacio de la interesante y moderna edición.

(Talleres tipográficos de la Universidad de Johns Hopkins, Estados Unidos).

TRADICIONES Y RECUERDOS DEL CUZCO ANTIGUO Y MODERNO

En tierra de pachecos.

El símbolo secular de Cuzco, con sus pretéritas voces de tradición y estirpe autóctona.

tonas, desfila por este manual de evocaciones, concebido como para revelar el alma de una tierra de «Pachecos», de indios y de llamas.

Pesce Battilana ha empleado la técnica de cuadros para darnos sus impresiones espléndidas del vivir solariego en las comarcas cuzqueñas. Trabaja su prosa con empeño al describir la procesión del Cristo de los Temblores en el capítulo que le dedica al «Lunes Santo en el Cuzco», y derrama igual colorido e intensidad dramática en el titulado «Un Inventario Secular». Para que no faltara en la exposición algo que fuera a manera de contraste, dedica dos impresiones a los acontecimientos del Cuzco de 1930, una de ellas titulada «Figuras de la Revolución» en al que campean, junto a la modernidad de su estilo la inquietud y la nota irónica de su espíritu.

El mito y la leyenda aparecen en las páginas de esta obra con acopio de explicaciones curiosas y gran número de vocablos indígenas, todo debidamente ilustrado por el autor. Se trata de un imperio portentoso y raro, que merece atención histórica, y Pesca Battilana ha querido contribuir con este esfuerzo a esclarecer su significado en la conciencia nacional peruana.

(Talleres gráficos La Nueva Provincia, Buenos Aires).

Rarezas del Cine

por CHARLES BRUNO

Wilson Press Service, Inc.
329 E. 42nd St., New York

PAULINE MOORE
SE LLAMABA PAULINE LOVE ANTES DE ENTRAR A TRABAJAR EN EL CINE... SU NOMBRE RESULTABA DEMASIADO "TEATRAL"



CUALQUIER SITIO DEL MUNDO TIENE SU DUPLICADO EN UN RADIO DE 300 MILLAS DE HOLLYWOOD.

LA ESCENA MAS DIFICIL DE CONSEGUIR EN HOLLYWOOD ES UN CAMINO VECINAL QUE NO TENGA POSTES DE TELEGRÁFO.

TRES PRODUCCIONES DE GARCIA LORCA EN EL PRIMER TOMO DE SUS OBRAS

Obras completas de García Lorca, con síntesis bibliográfica por Guillermo de Torre.

Hacia falta una divulgación total del genio literario del gran poeta andaluz, cuya prematura desaparición ha sido una de las tragedias de la actual guerra civil española, y el esfuerzo ha sido iniciado ya con muchas probabilidades de éxitos al aparecer en Buenos Aires el primer tomo de sus obras completas.

Reúne el volumen de referencia el texto de «Bodas de Sangre»; la farsa titulada «Amor de Don Perlimpin con Belisa en su jardín»; y el «Retablillo de Don Cristóbal», pieza de guíñol. En esta variedad de géneros el talento de García Lorca se revela múltiple, y especialmente original en el tratamiento del popular personaje del guíñol andaluz del «Retablillo». Más adelante, es de esperarse que la colección abunde en estas modalidades típicas, en las que parece difícil superar al inspirado cantor de las cosas gitanas, alma del juglar y expresivo intérprete del arte del pueblo.

Guillermo de Torre ha precedido la edición de una información bibliográfica muy necesaria para los que consideran a García Lorca un artista del lenguaje digno de minucioso estudio. El tomo está cuidadosamente presentado, desde el punto de vista tipográfico.

(Imprenta López, Buenos Aires).

En la imprenta de la Universidad de Johns Hopkins, Estados Unidos, acaba de salir un precioso volumen de poemas escogidos del gran poeta español Pedro Salinas, vertidos—y admirablemente interpretados—al inglés por Eleanor L. Turnbull, cuyos padres fundaron la cátedra Percy Graeme Turnbull de Poesía de dicha universidad, donde Salinas disertó en el año 1937.

El libro, que lleva por título «Angel Extraviado y Otros Poemas», contiene treinta y seis selecciones, todas tomadas de las obras «Presagios», 1923; «Sesero Azar», 1929; y «Fábula y Signo», 1931; excepto el poema final «La Voz a Ti Debida», 1933; y «Razón de Amor», 1936; que señalan el comienzo de una nueva etapa en este alto poeta, no hay composiciones, lo que nos hace esperar con gratitud anticipada otra futura compilación de la misma autora en no lejana fecha.

La presentación de este material seleccionado, en español e inglés, es de una exquisitez, encantadora. Miss Turnbull no se ha limitado a traducir atendiendo a la preservación de la intensidad y el colorido de los originales, sino que ha realizado auténticos poemas en inglés de impecable elaboración. Estas versiones reflejan fielmente la personalidad de Salinas, de quien el distinguido autor Robert P. Tristram Coffin se expresa en los siguientes términos:

«Creo que es uno de los poetas más vigorosos y originales de nuestra época. Revela un profundo poder de concentración en los objetos y los ve de una manera novel, con una precisión casi científica, pero siempre los torna en símbolos de la inmensidad y de la unidad vasta. Es un misticismo lleno de frescura y que nace de su exactitud imaginativa. Salinas es, al mismo tiempo íntimo y universal. Posee una técnica radical y en el fondo profesa el culto de la vida y la belleza».

De la época en que ejercía el profesorado literario en las Universidades de Sevilla y Madrid son muchas de las concepciones finísimas de Salinas. Para entonces era un bardo más que un artífice, y le cantaba el espíritu de las cosas, como Francis James.

Arena: hoy dormida en la playa
y mañana cobijada
en los senos del mar;
hoy del sol y mañana del agua.
A la mano que te oprime
le cedés blanda
y te vas con el primer viento
galán que pasa.

Los meros títulos de los poemas nos hablan del alma sensitiva de este bardo: Respuesta a la Luz; Afán; El Arbol Meños; Luz de la Noche; Lo Olvidado; Busca; Encuentro; Soledades de la Obra. Cada uno de estos poemas, en español, es una joya; en el volumen que los contiene, cada uno es dos joyas; así es de buena la interpretación de Miss Turnbull. Del poeta dice don Federico de Onís, profesor de literatura española de la Universidad de Columbia, de Nueva York: «Su verso es único por la delicada precisión, por la riqueza y originalidad de las imágenes, y por la belleza lírica». De la intérprete de la obra, afirma el notable crítico que «ha preservado lo más posible, los metros y los símiles, de modo que en la versión inglesa encontramos gran parte de la emoción original, lo cual no es pequeña ejecutoria».

Carretera adelante iban los dos, montado el niño en la burra, y a la vera del niño la mujer. La burra, lenta y cansina, alzaba con frecuencia la cabeza, y tiraba sin pararse de los gajos helados de una rama. Se estremecía el bardal, soltaba como lluvia de diamantes la que llenaba sus hojas, y espantaba a los gorriones, que revolaban medrosos, formando una maraña en el espacio con las alas y los píos...

Se llama la «Moruna» esta mujer, y su niño el «Morunín»; ella de mediana edad, ojos hondos, pelo negro. Fuera hermosa en demasía, y sólo le quedaban para prueba la negrura de su pelo y la hondura de sus ojos. El dolor y la miseria le habían arrebatado lo demás: la carne suave de rosa el color deleitoso de manzana, la sonrisa apacible de dulzura... Sobre su juventud, firme y garrida, pasaron en tropel las tentaciones; hubo quienes le hablaron de riquezas, hurgando su vanidad; hubo quienes le hablaron de carños, hurgando su sentimiento... Bastianón el Morunu la acechó, la siguió en las romerías, la buscó en las esfoyazas, y la acompañó una noche, al tornar a su casa de una fiesta, a lo largo del sendero que rasgaba los bancales... Noche de luna radiosa, en que todas las hojas de los árboles eran pedazos de nácar, el río chorro de plata, y el paisaje lugar de ensoñación...

La crueldad del Morunu se hizo mimo; buen mozo, valiente, duro, de músculos acerados y espíritu indomeñable, más gustaba de lances de fortuna que de pláticas de amor. Era jaque en las tabernas, capitán de las quimeras, retador en los cafés... Dos veces le expulsaron del trabajo, y cuatro lo metieron en la cárcel. Llegara a Cangas de lejos: él afirmaba que naciera en Bulnes, y se rumo, reaban malas cosas de sus tiempos de pastor. La hermosura de Carmina—la moza se llamaba de este modo cuando era dueña de sí—se le adentró por los ojos sin allegarse al alma, y esta noche fué mimo su rudeza, y el silencio, las quietudes, la brisa del oquedal y los aromas del campo le ayudaron como cómplices.

Cuando le supo el padre de Carmina, primeramente la llenó de injurias, después, la hartó a puñetazos. La madre, resignada y melancólica, se lanzaba a contenerle, y los golpes tirados a Carmina llegaban a la madre con frecuencia. Antes de la que él llamaba la deshonra de su hogar, nunca el padre de Carmina se parara a pensar en que era padre; mas después de la deshonra, andaba detrás de ella como un perro, vigilándole los pasos, y en el lagar, la tasca y el café, en cuanto un vaso de vino o una copa de coñac le desataban la lengua, se le henchían de lágrimas los ojos y levantaba los puños... En el fondo, era feliz, y esta malaventura le encantaba, porque le daba ocasión para enumerar sus méritos...

—Y ahora, aperreese usted trabayando como un negru...! Y sea usted güena persona, que naide tenga nada que decir...! Y viva usted pã la casa, que revicien de fuegu les mueres...

El padre de Carmina era borracho, harneaba con gusto, con gusto disipaba su jornal... La hartura de Carmina y de su madre era hartura de miserias, desnudeces y dolores. Pero los compañeros del borracho jamás le disputaban la razón:

—Sí, mialma, paez mentira...! Fer eso con un hombre como tú...!

EL PEDACITO de PAN



Por
CONSTANTINO CABAL

Y él aumentaba sus lágrimas, con lástima sincera de sí mismo.

Vió el Morunu a Carmina muchas veces, y cada vez más hosco, más ceñudo, más de acuerdo con su entraña. Las frases de pasión de aquella noche no volvieron a escapársele; de entonces fué señor, y no galán, dominador, y no esclavo. Y Carmina le quería: antes de que manchara su hermosura la culpa que la perdiera, jamás le dedicara un pensamiento; se los dedicó después, cada día con más impetu, cada vez con mayor exclusivismo, mas él se los desdénaba, terminó por rechazarlos, y paró en olvidarlos para siempre. Cuando nació el Morunín, al lado de la cama de Carmina estaba sólo su madre, pálida, silenciosa, arrodillada; los ojos enturbiados por el llanto.

La vida y la belleza de Carmina se marchitaron entonces como rosa en el otoño, de miseria, de angustia y de dolor. Después de un mes de retiro, ibase algunas veces por la tarde a los senderos del bosque; en él, se alzaba su pecho, se hinchaba su corazón, y sonreía de dicha, hundida en sensaciones inefables de venturas y quietudes, porque iba recobrando la salud. Y vió al cabo acercársele al Morunu; tembló de gratitud y de alegría, creyendo que iba en su busca; él la miró un instante torvamente, cruzó a su lado en silencio, y se perdió en seguida en el camino. La moza se irguió de pronto, y con las manos crispadas y la voz empapada de terror, sólo acertó a balbucir:

—Bastían...!

Bastían ya iba lejos.

Bajó a saltos la pendiente, corrió por la calleja como loca, se cerró en su habitación, y cayó sobre la cama en que soñaba, solo, el Morunín... Le apretó

contra el pecho hasta asustarle y confundió de pronto en sus mejillas los arrullos y las lágrimas. Después, adormilóse su conciencia, palióse en el recuerdo el resquemor de la herida, murieron en su boca los sollozos... Pero detrás de la puerta soñaron quedamente otros sollozos, y hubo de preguntarse con ansiedad:

—Madre, ye usté...?

Cierto, sí...! Carmina conoció que era su madre. En cuanto hizo la pregunta, Carmina percibió unos pasos tímidos que fueron a extinguirse hacia el fogón. Se derramó un silencio penetrante a lo largo de la casa, y el llanto subió de nuevo hasta cegar los ojos de Carmina; después percibió un ronquido, oyó la voz de su padre, y entendió vagamente su farfulla:

—Y ahora, aperréese usted, que ya i lo pagarán estes bribones...!

Carmina cogió una manta, abrigó al niño con ella, pasó por la cocina al estragal... La voz que farfullaba enmudeció; la voz adolorida de su madre preguntó con timidez:

—Y a ú vas...?

—Voy por ahí...!

Fué en busca de una vecina que le alquilara una cama, y le cuidara la cría cuando ella trabajara en la cantera. Pero el escaso pan de la cantera le costaba demasiado, en peligro, en esfuerzo y en dolor, y así, compró una pollina, la cargó con unos cuévanos, y comenzó a mercar por todas partes; iba a Ribadesella, Ponga, Arriendas... y compraba en las plazas más baratas, e iba luego a vender en las más caras. Iba a pie, tornaba a pie, abrumada de lleno la pollina con las telas y los viveres... Su eterno peregrinaje por las interminables carreteras acabó de amustiarle la hermosura; mas devolvió a su músculo la

fuerza, y el temple, y la agilidad, y acostó el alma a los peligros, las sorpresas y los vértigos...

Así pasaron los años. Del Morunu dijeron una vez que se echara a los caminos, que robara en una casa, y que se hallaba en la cárcel. Fué a verle y a llevarle sus ahorros. De su padre dijeron una vez que había caído de un coche, que recibiera una herida, que se encontraba en Cangas moribundo... Fué a verle y a llevarle sus consuelos... Así pasaron los años, y llegó a cumplir nueve el Morunín. Su madre llegó de Ponga una mañana de invierno, le besó con ternura desbordante, y dijole de este modo, sin despegar los labios de su cara:

—El sábado irás conmigo, que te quiero en casa de D. José...

El asintió gozoso:

—Güeno, má...!

Y en la mañana del sábado, carretera adelante iban los dos...

El frío se acochaba sobre todo, y la posarse en el fango del camino, lo surcaba, lo arrugaba, lo hinchaba de dureza y transparencia como si lo empujara para de cristal. Los ramajes de las sebes y los brazos de los árboles mostraban la copiosa pedrería de la humedad de la noche. Una racha de sol, trémula y blanda, que rasgaba algunas veces los manchones de las nubes, se quedaba hecha polvo en el espacio.

El niño se quejaba con frecuencia; el frío le calaba hasta los huesos, y los huesos le dolían como si se le fueran astillando sobre el filo de un cuchillo. Carmina le acariciaba, le echaba su mantón sobre los hombros, intentaba distraerle...

—Pero, bobín, alégrate, bobín...! En casa de Don José comen pucheru y cuánto pue pedirse n esti mundiu...! Ay, probín, ya verás qué regalia...!

Y comentaba candorosamente:

—Figúrate...! Son señores...!

El niño no contestaba, y soltaba el rendal a cada paso, y ocultaba las manos en el seno...

El airecillo más leve se le antojaba un trueno en los oídos, y el polvo de la ráfaga de sol que le salpicaba a ratos, daba un cosquilleo acariciante que avivaba sus ansias de calor.

—Qué frío, má...!

—Sí, probín...!

Aun curtida en las heladas, las venturcas y las nieves, tiritaba asimismo la Moruna; aquella carretera interminable que iza zig-zagueando entre barreras, ella la recorría sin cesar; aquella carretera interminable de bravuras, de recodos, de erizamientos, de abismos, en que se agazapaban los peligros como turbas de raposas...! Pasaba por Tornín, llegaba a Cazo, se arrastraba hasta Sellaño... Y sus breñares, sus puntas, sus escarpes y sus guájaras, cada vez más ceñudas y terribles. El Sella, nitido y grácil, de transparencias de cristal sutil en sus tiempos de quietud, en estos de temporal se destataba frenético, hervía en espumarajos, azotaba con ira las murallas que aprisionaban su cólera, y alzaba un bramido ronco, amenazador, profundo, de toda la longura del hondón.

El Morunín repetía:

—Qué frío, má...!

Pero ella le contaba:

—Y luego, ya lo ves tú...! Ganarás cinco duros en el año...!

A la derecha acá, y allá a la izquierda los acompañaba el río. Y a veces, las montañas formidables en que el río y el camino se enredaban como cintas, semejaban aplastarlos engullirlos, conte-

... y acos...
... las sor...
... rru di...
... los ca...
... y que se...
... erle y a...
... dre dije...
... en coche...
... e encon...
... Fue a...
... Asi pa...
... dir nueve...
... le Ponga...
... con ter...
... ste modo...
... ara: ...
... e que...
... entre sus...
... ababa el...
... ababa el...
... ababa el...
... do, y la...
... o, lo sur...
... a de du...
... lo emp...
... las sebes...
... straban la...
... ad de la...
... a y blan...
... los man...
... ba hecha...
... uencia; el...
... os, y los...
... le fueran...
... a cuchillo...
... echaba su...
... ntaba dis...
... in...! En...
... i cuanto...
... Ay, pro...
... !
... soltaba el...
... a las ma...
... tojaba un...
... de la rá...
... ratos, dá...
... que avi...
... las ventu...
... mismo. La...
... rminable...
... rreras, ella...
... a carretera...
... recodos, de...
... que se aga...
... bas de ra...
... llegaba a...
... llano... Y...
... escarpes y...
... ceñudas y...
... grácil, de...
... il en sus...
... de tempo...
... rva en es...
... as murallas...
... alzaba un...
... rofundo, de...
... ! Ganarás...
... la izquierda...
... veces, las...
... el río y el...
... cintas, se...
... los, conte...

sión a despertarse y a infiltrarse en su mirada, una expresión intensa de terror, huella indudable de angustias que atormentaran su espíritu, y que en vez de deshacerse, sin duda se acochaban todavía entre la oscuridad del porvenir. Aproximóse al niño la mujer con solicitud de madre; le condujo hacia la lumbre, y al ver su desnudez, su aterimiento, su color amoratado, díjole con dulzura a la Moruna:

—Pero, mujer, cómo lo traes así...?

—Ay, Dios mío, Doña Luz, ye que no tengo un trapu que penéi...!

Avivó la lumbrada Doña Luz, puso un banco cerca de ella, e hizo que el Morunin, sentado en él, tomara blandamente su caricia. La madre continuaba disculpándose:

—El alma se me rompe de miralu, al próbin de mis entrañes...! Pero yo non me alcanza para más...! Mire cómo ando yo mesma, que tengo toa la carne dolorida porque el frío me traspasa...!

Doña Luz se volvió al niño, que arriaba a la hoguera con el pie los pedacitos de leña.

—Ya estás mejor...?

—Sí, señora...!

Y la Moruna continuaba aún:

—Mañana venderé en Cangues de Onís, y todo lo que saque de la venta, voy a traérselo a usté para que i faigan un traje...!

—Pero vuéveste tan pronto...?

—Sí, señora, qué remedio...! En cuanto quiera Dios amanecer...! Dormiré en ca del Malón, compraré lo que pueda por ahí, y otra vez al camin con la pollina hasta morime de frío... Qué vida la del probe, Doña Luz...!

—Y no tienes tú miedo a que te asusten?

—Ah si llevara cuartos, puede ser...!

—Pero ya lo ve usté, no llevo nada...!

Ya luego, malapenes si hay un alma en casi tou el camin...!

La actitud, y la figura, y el habla de Doña Luz, al Morunin causábanle placer, y las revelaciones de su madre, que escuchara tantas veces, ésta le penetraban el cerebro con desacostumbrada claridad. La carretera infinita, la tiramira de cumbres, la línea interminable de vertientes, el alentar nevoso de la helada, el rodar de los cantos en las lajas y el hervedor del río en los hocinos, de que espantos de pavor, de obsesión, de perspectiva, no se revestirían a la noche, rebozados en la sombra...! El niño tembló un instante, y cuando la Moruna le dió un beso para marcharse a dormir, vió saltar en sus ojos unas lágrimas.

—Bobín...!—le dijo, y le besó otra vez—. Si pienso volver el miércoles...!

Pero el niño no lloraba porque se separara de su madre: aunque él no lo comprendía, lloraba de ternura congojosa por la vida de su madre, cuya profunda tristeza acababa de alzarse ante sus ojos como en zig-zag de relámpago...!

Antes que principiara a esclarecer en la mañana siguiente, tuvo ya el Morunin que levantarse por orden de Don José que prepararle el caballo, que acompañarle a la iglesia, y después de tomar el desayuno, que seguirle al invernadero, más que por afición o por costumbre, por afán de vigilar a los que trabajaban a su costa. Los mezquinos jornales que pagaba, los juzgaba beneficios de que se aprovechaban los harones, y en cada trabajador que le rasgaba la tierra, le remendaba la muria, o le limpiaba el eriazo, se imaginaba un ladrón que manejaba la azada, la paleta o la guadaña por no osar a robarle de otro modo. E íbase como una sombra por todas las

callejas del lugar al acecho de descuidos, y a la menor ocasión, después de reprender, de amenazar, de confundir al culpable, miraba a los demás ceñudamente, se cruzaba de brazos, y advertía:

—Pos estaba divertido, si pagara jornales para esto...!

Su fuerza principal era el ganado, y en el trato de ganado comenzara a forjarse su fortuna; tenía varios cabañales en las alturas mejores, y comprara unos cantos invernales en ribazos estratégicos; mas los pastores le duraban poco, porque en los meses de invierno él los mandaba a su casa, y en los meses de verano se marchaban ellos mismos, fatigados de tanto obedecer. El invernadero más cercano guardaba la vacada más airosa, y fue-se este domingo a inspeccionarla, llevando al Morunin y un lobicán: se enredaba el camino como cinta a lo largo de las campas, y atrás se quedaba el pueblo, adormilado aún gris y terroso envuelto en una ráfaga de niebla. Del vivir fatigoso allí encerrado, sólo se percibía a aquellas horas un cloqueo de almadreñas que alguien iba dejando tras de sí. Se enredaba el camin como cinta a lo largo de los bosques, y entraba en el puerto bravo, que exudaba por escarpes, por barrancos, por matorros, nubes de tremulosa vaharina.

—Tú fijate en el camino,—mandaba a cada paso D. José.

Y el niño contestaba:

—Sí, señor...!

—Habrás de recorrelu muchas veces sin que nadie te acompañe, y convién que lu sepas de memoria.

Y el niño contestaba:

—Sí, señor...!

Y contestaba el niño—Sí, señor...!

—entrechocando los dientes, aterido de frío y de humedad. La visita al invernadero apenas le sirvió para ojearlo. Don José contó las vacas, enumeró las terneras, apuntó algunas cifras, y salió. Aguardaba a unos tratantes, pensaba concertar un buen negocio, le pareció el ganado de su gusto, y sonrió satisfecho. Llegaron los tratantes a su casa al mediodía del lunes; los cerró en el comedor, y Doña Luz les preparó café, y les sirvió unas copas de coñac. Entraba oscuramente en la cocina el ruido de sus coloquios, e iban sin duda de acuerdo con los empeños del amo, porque éste hablaba en voz recia, y a veces se reía a carcajadas. Abrió la puerta de pronto, asomóse al pasillo, y preguntó:

—El rapaz...! Por dónde anda ese rapaz...?

Estaba el Morunin en el escaño seleccionando castañas, y presentóse al instante. Los tratantes eran dos, y estaban acodados a la mesa mirándose con malicia, hilando unas palabras cautelosas bebiendo golosamente un sorbo de coñac tras cada una.

—Coge ahora mismo el vallicu, y vete a buscar leche al invernadero...!

Intervino Doña Luz, con voz humedecida por la lástima:

—Pero, José, por el amor de Dios...!

Miróla Don José ceñudamente, y en sus ojos, secos, grises, resplandeció un relámpago de cólera. No respondió siquiera a su mujer; salió a la puerta, contempló el espacio, señalóle al rapaz el horizonte, y repitió con desdén:

—Hala, hala...! Y despabilate...!

Volvióse la mujer a la cocina, y su figura de color oscuro pareció desvanecerse sobre la oscuridad de la pared. Después se llegó al ventano, limpió la vaharina del cristal, y suspiró con pena:



—Dios me ampare...!

En el cielo apiñábanse los nublos, que rodaban, que saltaban, que se rasgaban a veces en girones tenebrosos, y al Morunín pareció que palpaba en el aire la tristeza. A paso largo dirigióse al monte, las manos en los bolsillos, apretada la chaqueta, el odre de la leche bajo el brazo... La nieve luminosa de blancura, intacta sobre las campas, los eriazos, los cantiles, daba al paisaje un tono prolongado de belleza melancólica. Garlaban en los matos los gorriones con aterido piar, y recordaba el niño las mañanitas que dedicara a cazarlos, apoyando un cajón sobre una estaca, y amarrando a la estaca un cordelillo que llegaba a su escondite. Se entraban los gorriones en las sebes, e iniciaban un canto de consulta, mirando con codicia las migajas vertidas bajo el cajón. Luego, posábase uno con recelosa inquietud, después de revolver, de arrepentirse, de volver a ocultarse en la maleza; tornaba a todas partes los ojuelos, huía de las migas a saltitos, como para ahuyentar la tentación, y empezaba luego un diálogo con los que se quedaran en las sebes... Bajaban los de las sebes, brincaban con las alas entreabiertas, erizaban las plumas y piaban... Disimulaban tan astutamente el apetito del cebo, como si en aquel instante dejaran un espléndido festín, y el mismo erizamiento de las plumas semejava una añagaza, como si pretendieran convencerse de que estallaban de gordos. Uno daba la vuelta de repente, e iba con heroísmo hacia las migas. Estaba el Morunín en su escondite con el bramante en la mano, desorbitados los ojos, troleante de gusto el corazón... Asomaba con ansia la cabeza, y se mordía los labios de inquietud; abandonaba el bramante, lo levantaba otra vez, y mascullaba frases jubilosas que se le derramaban del espíritu:

—Uy, ahora sí, ya va allá...!

Y alentaba al gorrión calladamente:

—Anda, hombre, que no va a pasarte nada...!

Al cabo, entraba un gorrión; el Morunín temblaba de congoja, esperando a que entraran los demás. Entraban con timideces, pero inmediatamente las perdían, dándose con furor al picoteo. Era aquel el momento solemnisimo; de un tirón del rapaz saltaba el palo, caía el cajón de repente, y en él revoloteaban los gorriones locos de la sorpresa y el terror...

Qué vida tan dichosa la de Cangas...! La tienda de los Larias, la fontona, los ríos, los cerezales, la carretera de Caño... En los meses del estiaje, la carretera de Caño juntaba a los gorriones y a los niños, que se espolvoreaban ante el sol, y el sol los igualaba en el placer, en la garrulería, en la alegría... Pero en los meses de invierno se agazapaba el sol tras de las nubes, y los niños cazaban los gorriones...! Qué vida tan dichosa la de Cangas, para el recuerdo, el ensueño y el amor del Morunín...! Camino del invernal, la iba él reconstruyendo en la memoria con perfecciones de encaje. Se la evocaban los pájaros, y se la presentaban los matojos, y se la matizaban de blancuras las pulvículas de nieve. Las pulvículas de nieve rodaban por el espacio con blanda y cariñosa lentitud; eran como migajas, como arenas, como chispas de nevada... Al niño se le entraban por el cuello, salpicaban las manos y besabanle los ojos... Cuando llegó por fin al invernal, agrandáronse las chispas, y parecieron convertirse en pétalos...

El invernal era plácido, adormeciente y caliente. Las vacas, que reposaban, miraron con amor al Morunín, y algunas le acogieron con mugidos, y algunas le en-

EL PEDACITO de PAN

(Continuación de la pág. 23)

volvieron en su huelgo. Ordenó dos el niño con torpeza, y casi llenó el vallico de la leche de las dos. Volvióse a cruzar los campos. En torno de la tierra que pisaba, comenzaba a tenderse la neblina; un aire helado y profundo resollaba con furia en los penedos, salmodiaba en los castaños y se afilaba en los pinos. Y las gotas de nieve ya eran copos que llenaban el espacio, esparcían su polvillo sobre el niño, de azúcar y de rosada, y aceleraban su avance, metida entre los hombros la cabeza y clavados los ojos en el suelo.

De pronto, oyó un alarido que se precipitaba desde el monte, desgarraba la neblina, y se le engarraba a la garganta como si tuviese uñas; un alarido trémulo y gozoso, que penetraba en la carne con el frío rasgueante de la sierra. Y luego, más alaridos, que subían al espacio escalonados, tajándole y removiéndole. El Morunín se detuvo, levantó la cabeza y escuchó. La helada que le atería se le metió en los huesos de repente, y el niño balbuceó lleno de espanto:

—Ay, madre mía, los lobos...!

Nunca oyera el aullido de los lobos, pero no se equivocaba; bajaba la manada de los huesos empujada por el hambre, haciendo resonar terriblemente las entrañas de la niebla. Con horror y con angustia, porque los dedos temblaban apenas se fijaban en el tronco, subió el Morunín a un roble, empujando el vallido con el pecho y yendo a agazaparse entre las ramas, que crujiéron un instante y soltaron sus láminas de nieve. Llegaba ya la alarida... Y apareció de pronto la manada, talarando la niebla con furor, como cima que se hundiera en un derrumbamiento colosal, en el que se amontonaran, se hosti-

garan, se estrujaran, se mordieran los terrenos. Algunos lobos dieron contra el árbol, y salió la manada en derredor, alzando los hocicos puntiagudos, las orejas coquiosas, los aúllidos penetrantes...

Encaramóse el niño más arriba, y se abrazó con fuerza de las ramas. Vió los lobos confundirse, atalagarse, bullir, arrojarse con furia sobre el tronco, alzar las patas, brincar... Una marea oscura y sonora, sembrada de chispeos de los ojos y llena de rojores de las fauces. La vió el niño con espanto, rumiando los sollozos contenidos, engarrándose, encogiéndose, y exclamando a la postre a media voz:

—Ay, mi madre de mi vida...!

Y todo su pensamiento se volvió de repente hacia su madre... Quizás en aquel momento anduviera su madre de camino, o estuviera haciendo compras, o descansara en su casa... Si descansaba en su casa, quizás en aquel momento se acurrucara en el llar, y fueran sus recuerdos hacia él. Los rebojos de cariño que le otorgara su madre, el niño los llevaba en la memoria como reguero de luces. A la vera de aquel llar, en las noches tan contadas que pasaba la madre con el niño, le iba enhilando historias prodigiosas de princesas encantadas, de brujas encantadoras y de cucarachitas casaderas... Y cuando le apretaba la emoción, el niño la miraba con ternura, levantaba la mano y decía así:

—Que ti pego...! Que ti pego...!

Y nublában las lágrimas sus ojos.

Ahora, lloraba también; la tarde se ennegrecía debajo de las niebla y el crepúsculo; los copos se cruzaban en el aire arrebatados de vértigo, los lobos se agolpaban contra el árbol, enloquecidos de fu-

ria... Ahora, también lloraba el Morunín entumecido de frío y ya casi asfixiado por el pavor, y apenas si acertaba a respirar...

—Ay, mi madre de mi vida...!

Al cambiar una vez de posición, escapó el vallico de los dedos, y fue a la manada; el cuero restalló, se rompió, y la leche, densa, tibia y olorosa, cayó sobre los lobos más cercanos y los manchó como cal. Luego, sobre ellos los demás, empujándose, diéndoles, y a los aúllidos del hambre unieron los aúllidos de dolor; de manchas de leche comenzó a correr el sangre de lobos, y los lobos acorralados, a saltos, a golpes de dentelladas, a saltos, a golpes de dientes, optaron por salir de la manada, huir vertiginosamente hacia los montes. Los otros los persiguieron, queles de la leche y de la sangre, los otros de su calor, de su olor, y de su presencia. Y se hundió la manada en la niebla, donde se fué borrando poco a poco la estela de los aúllidos...

El Morunín aguardó. Como una que sobre ción de la montaña, de la nieve, de la Simonds, pacio, reapareció el silencio. Y el niño descripción de la vida; c mor, pero alternaba su santo con por el mere contenido y de placer. La niebla echó los años de rañada y penetrante cerraba la «novia» mas él adivinaba los caminos; y superamento Ponga de noche, loco de sobresalto se perder 35 razón, roja de fuego la cara... fundiciones de la casa de sus amos le pareció como diverti

a que alud

torpemente:

—Allá lejos... los lobos...

Y Doña Luz le atajó:

—Pero no traes la leche...?

—No, señora...!

Doña Luz llamó entonces a su

que suspendió la partida que emp

jugar con los tratantes y apare

p.sillo. El resplandor del fuego

l. ungió de claridades temblorosa

tó precisión a sus contornos. El

enturbiara la mirada, e prolonga

ca, le aborrecara el aspecto...

del Morunín, aún llenos de vi

blancuras, creyeron percibir algo

en la traza del patrón... Y el

volvió instintivamente hacia la

ción de Doña Luz.

—Qué te ocurre...?

—Que no hay leche...

—Pero entós no la traes...?

—Ya lo ves...!

Intentó disculparse el Morunín

menciar la historia, pero se le ne

palabras; y le venció el espanto

mente, subiéndole por los huesos

diéndole los labios, dando alucina

su ojos... Se le antojaba al Moru

el amo iba cambiando de forma,

dose más lobo cada vez, más han

de carne cada vez... Y le oyó b

furiosamente:

—Sí, claro, se entretuvo en hac

para tirar a los pájaros, y al am

parte una centella...! Y luego,

jornales, y a mantener granujas

bilar...!

Y el niño sintió que el lobo se

jaba con furor encima, y sintió

chos en el pecho... Gritó y oscu

el sentido. Las manos de Doña

rrieron presurosas a acogerle, y

apretado casi contra ella, despa

congojoso, y trémulo, balbuceó la

de costumbre:

—Ay, madre, madre...!

Y escondió la cara.

El lobo le dió un tirón, le arr

manos frágiles que intentaban

le llevó casi a rastras al pajar,

bó entre la hierba... El niño

RAREZAS del CINE

Por CHARLES BRUNO



INDIOS AMERICANOS Y MEXICANOS TUVIERON QUE HACER DE SOLDADOS MONGOLES EN 'GIRL FROM BROOKLYN'. SOLO HAY 26 MONGOLES EN HOLLYWOOD Y LOS CHINOS RESULTABAN MUY BAJOS DE ESTATURA...

LOUIS HAYWARD, QUIEN TRABAJA EN 'THE DUKE OF WEST POINT', CAZÓ UN LEÓN AMERICANO CUANDO SOLO CONTABA 14 AÑOS DE EDAD. HAYWARD NACIÓ Y SE CRIÓ EN SURÁFRICA...



LOS ACTORES QUE TIENEN DIENTES DE ORO, TIENEN QUE CUBRIRSELOS CON CASQUILLOS DE PORCELANA... ANTE LA CÁMARA LOS DE ORO RELUMBRAN DEMASIADO...

690

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

(Continúa en la pág. 26)

EDISON, UNO FELIZ

...raba el Ma...
...casi asfina...
...caba a res...
...i vida...
...e posición...
...edos, y fue...
...estalló, se...
...ia y olor...
...lobos más...
...o cal. Lan...
...mpujándos...
...os del ham...
...olor; de en...
...enzó a ch...
...lobos acos...
...golpes en...
...la manad...
...acia los va...
...ersiguier...
...sangre, bo...
...y de su...
...da en la...
...o poco a...
...mbres. Edison fué una ex-

Como una que sobre él ha escrito de la nieve. A. Simonds, se encuentra encio. Y el para descripción de esa celebre, y echó a más perdió su entusiasmo de dolor y la vida; cuyo honor no su santo por el mercantilismo; que er. La niebla años de casado concerraba la «novia» a su mujer, y caminos; y temperamento lo hizo exclade sobresaliente perder 350.000 libras esla cara... fundiciones de acero: «No s le pareció amos divertido mucho gadez a Doña entura, balba que aludía Edison condeajar diecisiete horas dia-lobos... al problemas que desconcerjó: y asombrar a la humanleche...? dominio sobre los elementos, no controlados. Sin embaratonces a su mitia que atribuyeran tales tida que emperioridad de su cerebro. tes y apareo concienzudo y tenaz se el fuego de propósito—decía Edison s temblorosa y afirmaba que el secre- ontornos. El consistía en perseverar hasle una obra emprendida. aspecto... en su caso, consistía en llenos de vispercibir algo rón... Y el ate hacia la

...? ...e... la trajo...? ...e el Morun... pero se le neg... ció el espant... por los hues... dando alucina... tojaba al Mor... ndo de forma... a vez, más ham... ... Y le oyó... tretuvo en hac... jaros, y al am... ...! Y luego... tener granujas... que el lobo se... ima, y sintió g... Gritó y oscu... anos de Doña... a acogerle, y... a ella, despar... ulo, balbuceó la... dre...! ...ara. ...n tirón, le arr... e intentaban d... tras al pajar, y... ba... El niño... úa en la pág. 26



Los primeros experimentos de Edison. Varias partes del primitivo gramófono, al hacerse las pruebas en Londres el siglo pasado.

los estudios superiores, pues tuvo muy pocos en sentido académico. Resolvía problemas «iluminado por la naturaleza», comprobando y errando, y no por fórmulas científicas.

Su cerebro funcionaba empeñosamente en todo aquello que emprendía. Cuando se dedicaba al negocio de minas de acero, precisamente en el que perdió las 350.000 libras esterlinas, pidió a un ingeniero que le diseñara cierta pieza para una máquina. De tres dibujos que le presentaron ninguno le satisfizo:

—¡Qué lástima!—dijo el ingeniero,—pues no es posible encontrar otra forma.

Edison no contestó, pero al volver, después de un fin de semana, colocó sobre la mesa del ingeniero algunos diseños que mostraban 48 diferentes maneras de lograr la pieza mecánica que deseaba.

Así se abría paso en diversos horizontes. Podría compararse a un explorador que atravesara un territorio inexplorado. Cuando Edison realizaba nuevos descubrimientos, se sentía satisfecho y jamás lamentaba el tiempo y el dinero que perdía en ello.

Por cada disparo certero que hacía, erraba cien: «El sitio más importante de un laboratorio experimental es el destinado a los desperdicios—solía decir Edison, ásperamente, y cuando le preguntaban qué era lo más indispensable en una organización consagrada a las investigaciones, contestaba—: Imaginación.

Podría decirse que nunca pasaba algo inadvertido a Edison. Su imaginación siempre estaba despierta. En una ocasión que buscaba una sustancia que sirviera para un micrófono, se le apagó la lámpara de petróleo que usaba por las noches; la bombilla estaba completamente negra, y al observarla, se le ocurrió que quizá ahí encontraría la solución del problema. Quitó la bombilla, raspó el hollín y anotó después en el cuaderno de apuntes, que siempre llevaba consigo: «V. E.» («Very encouragin: muy alentador»).

Sin embargo, tropezó con otras dificultades; raspó más arriba y descubrió que el hollín resultaba de mejor calidad; pues mientras más arriba raspaba, se aproximaba más al fin que deseaba. Por último, casi en el extremo superior de la bombilla, el hollín era de una calidad magnífica. ¡Eureka!

Veinticinco años antes del descubrimiento de la telegrafía sin hilos, Edison ya hacía experimentos con lo que él llamaba «la chispa desconocida». Tuvo indicios de lo que llegaría a ser, al predecir que, algún día, no habría necesidad de artefactos tan molestos como los postes telegráficos, aisladores, alambres forrado, etcétera.

Pero abandonó estas investigaciones por otras y perdió así la gloria del descubrimiento de la telegrafía sin hilos; otro tanto le ocurrió con el teléfono. Sin embargo, Edison ayudó muchísimo al perfeccionamiento del teléfono. Fué también el primero en mostrar películas de cine, y poco tiempo después, en 1878, predijo que era factible que las figuras se movieran y se las oyera hablar, y que podrían representarse dramas y óperas completas en los hogares.

Cuando exhibió uno de sus primeros gramófonos, en una exposición de París, el jurado de hombres de ciencia se burló de su aparato, ridiculizándolo y denunciándolo como un timo, pretendiendo hacer creer

que la voz que salía del aparato la producía un ventrílocuo; pero él desdeñaba esas burlas.

Edison recibía con agrado cualquier indicación que se le hiciera. Cuando conoció a Henry Ford (el que con el tiempo llegó a ser uno de sus más íntimos amigos), lo animó para que le hablara de sus automóviles de gasolina, y Ford le manifestó que su bondadoso interés era, para él, de un valor enorme.

Edison fué siempre modesto, razonable y generoso; carecía en lo absoluto de vanidad y con frecuencia menospreciaba sus obras.

Su primer inventor de importancia fué el indicador eléctrico automático, para cotizaciones y noticias. Cuando le preguntaron qué pedía por su aparato, pensó solicitar mil libras esterlinas, pero contestó: «Hágame una oferta», y ésta consistió en ocho mil libras esterlinas.

Por los perfeccionamientos hechos al teléfono, iba a pedir cinco mil libras; pero nuevamente esperó que le hicieran una oferta y obtuvo cuatro veces más. Una firma inglesa cablegrafió a otra de los Estados Unidos de Norteamérica, preguntando cuánto pediría Edison por inventar una bocina especial para teléfono; él convino en pedir «treinta mil». No especificó la clase de moneda, imaginando que entenderían que se trataba de dólares, pero le enviaron treinta mil libras esterlinas.

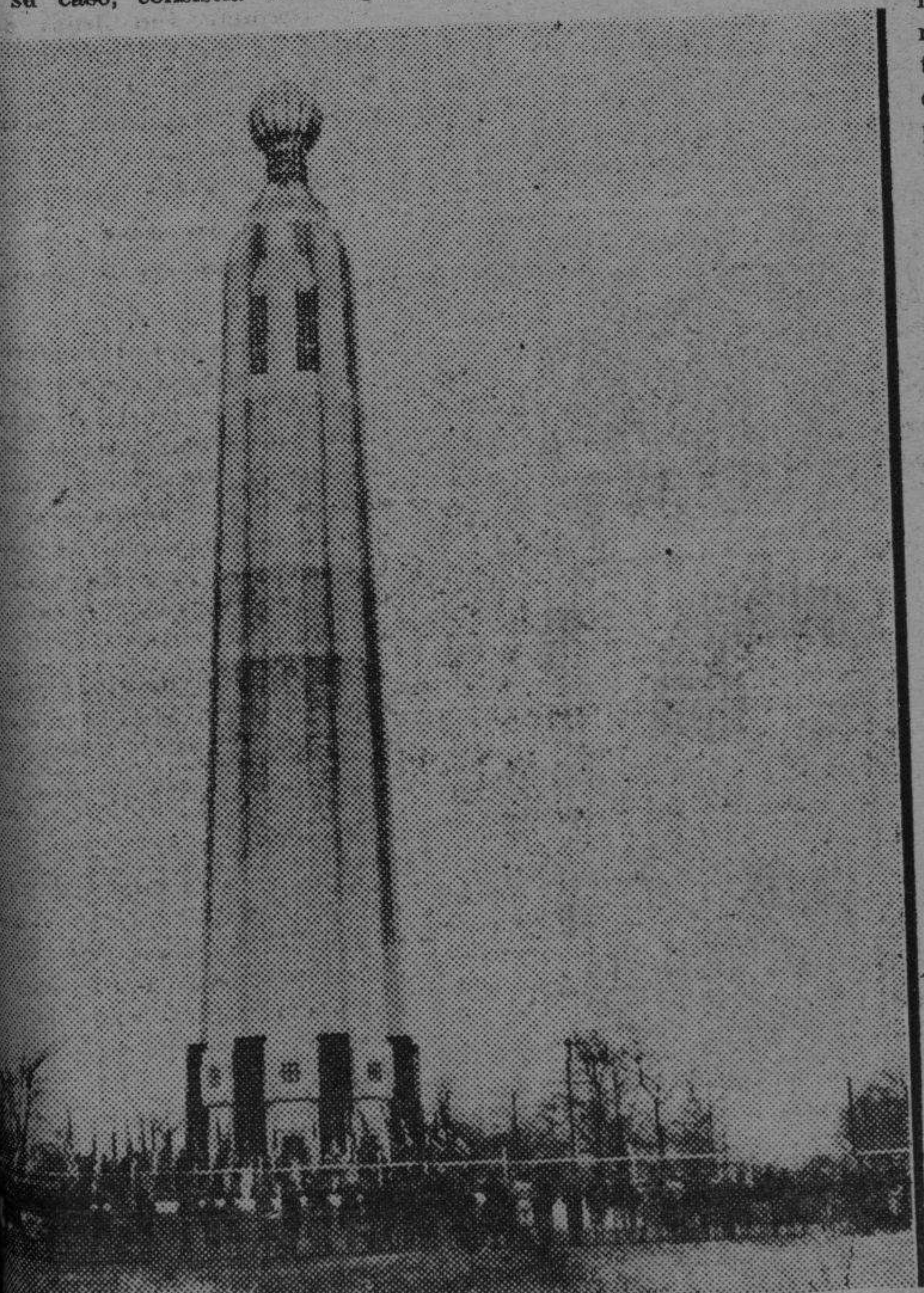
Estos detalles muestran que Edison no estaba metalizado. Gastaba rápidamente lo que ganaba, no en lujos y comodidades, pues vivía con mucha sencillez, sino en nuevos trabajos de experimentación.

Al principio de su carrera sufrió un desengaño que lo hizo exclamar: «No volveré a inventar nada sin tener antes la seguridad de que hay demanda de ese invento».

Firmemente se rehusaba «a complacer al público», si se trataba de algo que él juzgara inmoral. La petición de algunos empresarios de cine que le pedían películas obscenas, le causó tal disgusto que exclamó enfadado: «Si tales películas deben fabricarse, que sea otro el que las haga».

Cuando Edison fué designado Comendador de la Legión de Honor, dijo: «Me quisieron poner una banda, pero no pude tolerarla. Mi esposa se empeñaba en que usara el botoncito rojo, pero cuando veía que se acercaban grupos de americanos, me apresuraba a quitármelo de la solapa, temiendo que me hicieran burla».

Estas anécdotas no son triviales, pues caracterizan a un gran hombre.



Edison Park (Nueva Jersey), donde residiera largo tiempo el Mago de la electricidad. Se ha levantado este original monumento a la memoria de Edison.

pronto que le precipitaban a un abismo donde nunca acababa de caer... Y mientras que caía oyó sollozos, preguntas estordecidas, réplicas incoherentes, y percibió estas palabras que le despedazaron el oído como si fueran dientes enconados:

—Esta noche se queda sin cenar...! Tengo yo que enseñar a ese granuja a que gane el pan que come...!

Luego, el fondo del abismo, lleno de oscuridad y de silencio. El niño apretó los ojos, rendido a las vaguedades en que su pensamiento se expandía, y creyó que su madre le llamaba...

...
Cuando cogiera su madre la carretera de Caño, ya estaba la mañana al fencer; la entretuvieron las conversaciones, los encargos y las compras; por donde quiera que iba, todos le preguntaban por el niño; por donde quiera que iba sólo escuchaba su elogio, hilado con palabras cariñosas y rebosantes de solicitud. Y en vez de enorgullecerse de aquel reguero de afectos que dejara su niño tras de sí, la madre se llenaba de vergüenza... En el alma de su niño, quizás no hubiera brotado un solo sentimiento de ternura ni un solo pensamiento de bondad, al calor de sus consejos, bajo la radiación de sus amores. Todo lo que en ella había, brotara espontáneamente de las fecundidades de su savia, como si fuera rosal que se cuajara de rosas en medio de una hondura de jarales.

La madre confesaba su pecado de omisión y de abandono. Las primeras emociones que ella encontrara al lado de la cuna, fueran de enternecimiento, de éxtasis, de suavidad. La figurita del niño era garridamente delicada, y en el mirar sereno de sus ojos, tan enormes, tan profundos, de pastañas tan largas y tupidas, se deslizaba una pena que intentaba sonreír, a la vez que flotaba entre sus labios, finos, dulces y tenues de color, una sonrisa frecuente que era como principio de un suspiro... La madre, arrodillada por costumbre, gustaba esta sonrisa, este mirar, esta rara placidez, esta atormentadora dulcedumbre que le buscaba el espíritu, con sabor de deliquio y arrebató. Y a veces se doblaba sobre el niño, le besaba con ternura, le rogaba con voz indefinible:

—Derdóname...! Perdóname...!
Y lloraba.

Después, la arrastró la lucha, la tundió y la endureció. Y le dejó poco tiempo para derramar halagos y para meditar orientaciones. La expresión mística intensa que transfiguraba al niño en los primeros meses de su vida, no se borró de sus ojos a lo largo de los años; en ellos se encendía a cada instante, como si fuera reflejo de una angustia permanente que en vez de provenir del corazón proviniere de las nubes; y esta expresión bañábase la cara de una melancolía delectosa, en la que parecían confundirse nostalgias y santidades.

Y en Cangas preguntábanle a Carmina cuantos la tropezaban a su paso:

—Pero, mujer, qué es del niño...?

Primero, sintió vergüenza, después, arrepentimiento, después, una eclosión desesperada de los derretimientos, los calares, los fervores apagados en la tremenda lucha del vivir; un ansia de cantar y de llorar, como si hubiera hallado una ilusión que se le hubiera perdido; un afán de ponerse de rodillas como si le cruzara por el alma alguna cosa de Dios... Y todos estos afanes se le tornaban impulsos, y entonces avivaba a la pollina con tirones del roncal y con palabras de aliento...

La nieve, densa e impoluta, cerraba los perfiles de las cimas, llenaba los cascajares, ibase a dormir en las malezas... El río, hinchado y violento, devoraba los aludes y arrastraba los peñascos, reple-

EL PEDACITO de PAN

(continuación de la pág. 24.)

tando el socavón en que se desataba su corriente de retumbos formidables y de cóleras profundas. Y los radiosos brillos de la nieve y los rotundos frémidos del agua, daban a las bravuras del lugar un tono de poesía y un ímpetu de grandeza que iban a diluirse en lo infinito; un tono de poesía y un ímpetu de grandeza que pasaban como nubes por sobre el corazón de la Moruna, y que agujaban insensiblemente sus anhelos de expansiones y sus florecimientos de ternuras, su gana de acariciar y su afán de merecer...

De pronto, calladamente, como si se movieran sobre armiño, llegaron al camino unos pedruscos; estremeciéndose un jaral; cayó ante la mujer una palabra que rebosaba fiera:

—Alto...!

Y surgió un mozallón... Un mozallón de facha retadora, mirar hosco, pelo rizo, cuello de toro y arrogancia de hércules; de un salto se plantó en la carretera, alzó los brazos, y ordenó otra vez:

—Alto...!

Y paróse Carmina. Sujetó a la pollina del roncal, brincó al suelo, miró al mozo, y exclamó con espanto incontenible:

—Bastían, tú...! Pero yes tú...!

Y prosiguió en seguida reponiéndose:

—Pero, Dios mío, Bastían...!

Era el Morunu, en efecto, que desde el hornachón en que se hallaba no pudiera conocerla. El se pasmó también, o lo fingió, y con palabra festiva, como si le alegrara la aventura, le habló de su vivir, de su luchar, de su peregrinar por los caminos... Cuando cumpliera en la cárcel, fuérase a trabajar a Covadonga; pero era demasiado fatigoso el trasportar manganeso, y demasiado difícil el dar satisfacción a los ingleses, y su temple salvaje y fanfarrón, dado a la trulla, a la tasca, al juego y a la pendencia empujále de nuevo a la vida de andanza y de peligro, de robo en los estragales y de acecho en los recodos. Robara hacia un instante unas pesetas al médico de Tornín, y se las presentaba a la mujer, sonándolas en la mano. En cuanto las pudiera duplicar, pensaba abandonar aquel refugio, a la busca de descanso, de calor y de alimento... La Moruna glosó su relación con una frase doliente:

—Dios mío, paez mentira...!

Quedó silenciosa y triste, con los ojos clavados en la tierra... Luego los levantó, miró a Bastían, y le recriminó con suavidad:

—Y qué, no me preguntes por el neñú...?

El se cruzó de brazos, se inclinó—como para ocultar una sonrisa que le llenaba la cara—y dijo luego meciéndose:

—Caramba, sí, qué ye de él...?

El niño, sirviendo en Ponga, casa de unos señores de dinero. Buena colocación, buen porvenir... Y como el pobrecito era tan dulce que agradaba a todo el mundo, sin duda D. José le ayudaría cuando tuviera más años... En Cangas la atribuían, preguntándole por él cuantos la tropezaban en la calle... Luisa, Fanny, D. Manuel, el médico, el señor cura... —Pero, mujer, qué es del niño...? —Pobrecito de mis ojos, siempre tan obediente y tan humilde...!

—Hoy le llevo dinero para ropa, porque le tengo desnudo; unes pesetes que gané en la plaza, y otros que Doña Amalia me prestó...

La sonrisa del Morunu fundióse de repente entre sus labios; sus ojos se llenaron de inquietud y su voz de turbación; aproximóse a Carmina como si la intentara acariciar, y le cogió las manos con blandura:

—Carmen...!

—Qué qués...?

—Les pesetes...!

Carmen le rechazó con energía, y fué retrocediendo poco a poco hasta el linde del camino, que bordeaba la hondura con una hilera de escajos. Sintió una repugnancia congajosa, un desprecio repentino, un asco inesperado de la vida, de los hombres, de las cosas, y le extendió las manos a Bastían para que no la tocara...

—Carmen, que necesito eses pesetes, que tengo que marchar a Cobarcil, que aquí van a cogermé deseguida...!

Y Carmen, soberbia y dura, le respondió secamente, con palabra estallante de coraje:

—Les pesetes que llevo son del neñú...!

—Mira que te les pido por favor...!

—Dígoté que son del neñú...!

Empalideció Bastían, y con temblor de znojo y de avaricia, cogió a Carmen de repente, y le metió los dedos en el seno, le buscó la faltriguera, y le registró la blusa... Carmen se resistió con altivez, retorciéndose, encogiéndose, clavándole las uñas en la cara, hincándole los dientes en las manos... No gritó, porque era inútil; luchó con arrebatos de leona, encendida de bravura, de vigor y de fiera, puesta toda la rabia de su espíritu en las uñas y los dientes, en las piernas y los ojos... Cuando logró esmucirse de sus brazos, se separó un buen trecho de Bastían; y cuando volvió a atacarla, sofocando los jadeos y rumiando los insultos, Carmen le repelió de un empujón que le hizo tambalearse, resbalar sobre la nieve, y dar en la pendiente del hocino, brusca, tajada, terrible... Quiso tenerse en el borde;

BREVES, MUY BREVES

EXPERIENCIA

Ella: —Pero mi amigo, parece que se avecina una mala tormenta. ¿Por qué no se queda usted y come con nosotros?
Visitante: Gracias, señora; pero no me parece que sea tan grave como para eso. (Candide).

SUPERSTICIONES

Claudette Colbert siempre sale por la misma puerta cuando entra por primera vez a un edificio. Cree que salir por otra trae mala suerte.

—Alice Marble juega siempre con una

misma gorra blanca; cree que sólo ésa le trae buena suerte en los torneos.

—Norma Shearer jamás duerme en una pieza donde se oye el tic tac de un reloj. Le ha traído mala suerte.

—Jack Dempsey sueña frecuentemente que está peleando con un esqueleto. Entonces no emprende nada porque la trae mala suerte.

—Joe Louis tiene un anillo de latón ordinario de sus épocas de pobreza, que jamás se separa de él. Las pocas veces que perdió lo había dejado antes de subir al ring.

sus manos se escurrieron hacia la nieve endurecida, en busca de que agarrar; quiso asegurar los pedruscos salientes, y saltaron los pedruscos, rodando sobre las repechos, los cantiles, y brotaron pués en los rabiones. Quedó sobre mo sin apoyo, prendido de un buscando con los pies y las rod hendidura o un escajo... Y llan de miedo, con un grito de angust miosa:

—Carmen...! Carmen...!

Todo inútil!

Carmen se arreglaba el pelo, los pendientes, se palpaba el pañ guardaba el puñado de pesetas, rezaba del peligro llenara sus miembros de laxitud, cho de fatiga; sobre los ajamie carra brillaba en aquel instante resplandor de mocedad, de vive hermosura. Y la tragedia acocaba las rispideces del hondón, apenaba el pensamiento ni le arrastraba los ojos.

—Carmen...!

—Qué?

—Dame la mano...!

Y cuando la vió acercarse, requirió con agonía:

—Por lo que tú más quieras mundo...!

Carmen se tendió a la larga, y malezas por debajo de Bastián por debajo aún, todo lleno de tiagudos y corrientes espumosas. Bastián, agarrado a las raíces de la muralla con un pie... Carmén hacia atrás, incorporándose, tapando los ojos con los dedos... Y la voz tornó a gemir:

—Carmen, por Dios, por lo que quieras...!

Y Carmen preguntó sin asomo: —Dejarásme el dineru del... La voz desesperada suplicó:

—La mano...! Dame la mano...

—Pero déjesme entonces el... Le respondió un alarido, un

de la tierra en que se enarcaron raíces, un temblor violentísimo de un borbollar furioso de corrientes voraban un hombre... Carmén grito, se irguió, se inclinó sobre don, vió una mancha de sangre espumas... Retrocedió en segun mente, y volvió a tocarse el pañ bozarse en la manta, a caminar

Llegó casi de noche a la posacostó en el momento dominado sancio. Madrugó; fué a ver al contró a Doña Luz en la coctunguntó por él. Hablóle del dineru vaba para comprarle la ropa, pañuelo las pesetas, y comen las una a una, palpándolas, y A poco, Doña Luz subió al pañ niño varias veces, y revolvió la recelo; el niño no estaba allí, se le quebraba de amargura a la madre:

—No está...! No sé dónde

Carmen interrumpió su op contar y recontar, y se quedó con pasmo, como si no la ente

—Qué diz usté, Doña Luz.

Y Doña Luz, acongojadamente

—Que el niño debió escaparse to prencipió el amanecer...

Carmen se llenó de asombro

—Pero escaparse de aquí, de pan que tenía aquí...?

Y todo su valor y su coraje ron en la tristeza, pensando en ciencia, en la locura y en la del niño... Ya no se acordó ya no hizo más que exclamar, las manos con pavor:

—Ay, Dios mío de mí alma, Bastían de mí alma, yo que feci

bondad es la única na compatible la juventud carriada

por
**KATHLEEN
NORRIS**



embargo, cuando dije que yo iría al Hospital:
«Este asunto está asesinando a mi marido. Habla ya de su «nieto», y está amargado con la idea de que ha de vivir entre extraños. Le he dicho que

Ruth puede volver a vivir con nosotros, que todo lo olvidaré y perdonaré. Esto me parece bastante, porque en verdad, merece castigo. Le escribo para saber si conoce usted algún caso en que los parientes de un niño adoptado pueden seguir teniendo conocimiento y relaciones con él. Creo que sería lo único que calmaría a mi marido».

Mi querida Susana: conozco la solución y es muy sencilla. Es que su marido y usted adopten a ese niño, le den su nombre y lo crien educuen como corresponde. No habrá manera mejor de que usted corresponda a las finezas y bondades de su marido. Todo el mundo sabe que ustedes han deseado hijos y a nadie extrañará que adopten uno. Deje la cuestión del castigo de Ruth a un Tribunal más alto. No podemos ser simplemente justos en esta vida, tenemos que ser generosos. Ruth rehará su vida, será más juiciosa, posiblemente será una hija cariñosa con usted y volverá a su casa.

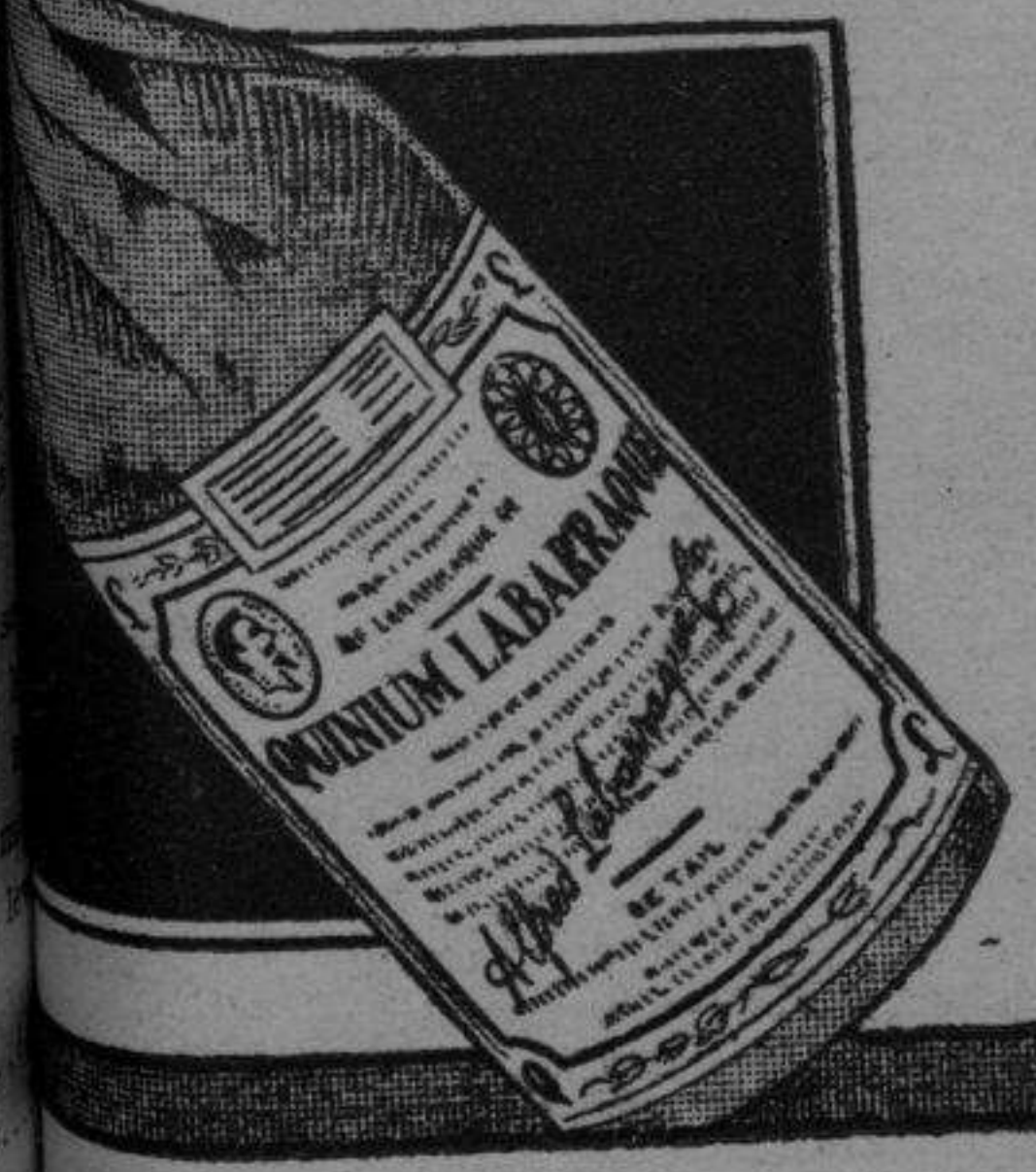
Es una gran desgracia que nuestros hijos tengan que aprender por medio de la desdicha, cosa que podrían aprender como parte natural de su educación doméstica. Aprender a tener control sobre sí mismo, a no confiar en sus impulsos, a medirse en el comer, beber, bailar y amar. El hecho de que aprendan estas cosas, no es siempre sólo culpa de ellos. Hogares quebrados, padres diferentes, demasiada libertad, exceso de dinero, a veces tiene la culpa. Lo que corresponde a nosotros los mayores, es tratarlos con infinita bondad, y ser generosos y ayudados cuando caen en los precipicios que nosotros mismos los dejáramos construir para ellos.

confidente, pero este sueño no pudo realizarse. Nunca me ha querido. Su padre vivía absorbido en su trabajo; vivían con ella, una hermana de su madre, y la madre que la mimaron con exceso.

Cuando yo entré en la familia, ellas se fueron, y parece que nunca me han perdonado eso. Su padre se ha hecho más joven y jovial a ojos vistas, y Ruth parece que tampoco me ha perdonado esto. De todas maneras, ha hecho su vida aparte. Duerme hasta tarde, emplea horas en aderezarse, sale todas las noches a comidas y bailes, llega tardísimo, tira sus vestidos en el suelo y se echa a dormir. Esa es su vida. Fué en vano que yo tratara de hacerme su amiga, de atraerme su confianza. De nada sirvieron nuestros consejos y nuestras amenazas. Tenía su renta propia y nada podíamos hacer. Hace dos meses se marchó a visitar a una amiga. Fué por esa época que observe que mi marido se veía más viejo y cansado. Por fin me dijo que había recibido una carta de Ruth. No estaba con una amiga; había ido a esconderse en una casa de pensión, de una gran ciudad, tenía un empleo que le gustaba, ideando trajes para damas. Anunciaba de la manera más natural del mundo, que esperaba familia para pronto. Nunca había visto a mi marido tan desesperado. Después de varias sugerencias, propuse que fuéramos a verla. La encontramos fría y dura. Dijo que no quería ver a su hijo cuando naciera, que poco le importaba si vivía o moría. Había hecho todos los arreglos necesarios, incluso para la adopción. Practicamente nos dijo que nosotros nada teníamos que ver con sus asuntos. Me abrazó y me besó, si



LA FIEBRE acabará con Ud. si no empieza a tomar QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

LA ULTIMA REINA ROMANTICA DEL SIGLO XIX

La soberana de Madagascar.—Tres reinas casadas con su primer ministro, aseo no disfrazado de estadista.—El toro galo frente a Ranavalo.—El general Galliene, su último enemigo.—Amor a Francia en el destierro.—Dos anécdotas de la agitada existencia de Ranavalo.

(Por RENATO VILLAVERDE)

RANAVALO fué la última Reina romántica del siglo XIX. Joven, decidida, plena de orgullo y tradición, hasta el postrer minuto defendió sus derechos al trono de sus mayores. Pero la débil Reina de Madagascar no pudo resistir la embestida del toro galo. La tentadora isla africana, separada del Continente por el estrecho de Mozambique, debía convertirse en una conquista más del ya bien poderoso imperio francés. Desde entonces la bandera tricolor de Francia no ha dejado de ondear en los suculentos territorios de la esforzada soberana.

Un jubiloso cablegrama que llega de Tananarive viene a sacar del archivo de nuestros recuerdos la epopeya de Ranavalo. La capital de su antiguo reino, de donde partiera para no volver jamás hace cuarenta y un años, bate palmas al conocer una reciente disposición del Ministro de Colonias de Francia. Las cenizas de la última soberana malgache irán pronto a reposar en medio de los suyos. Es una ofrenda romántica que Francia hace a su colonia. Por sus tradiciones, este alejado pueblo, respetuoso para sus mayores y sentimental en sus afectos, no concebía que los restos de uno de sus soberanos pudieran dormir distantes del suelo natal. En el curso de este año es la segunda satisfacción que el Gobierno francés depara a su exóti-



Ranavalo, la última reina de Madagascar, en su trono.—(Dibujo de Bonfils).

ca isla. Hace pocos meses y por medio de un Decreto, fueron fijadas las condiciones que debían llenar los madagascareños para obtener el título de ciudadanos franceses. A este honor de carácter material y práctico, se une ahora la satisfacción moral de saber que brevemente los despojados de la última soberana hallarán una tumba bajo las palmeras de su tierra. Los naturales de la soberbia isla africana están, pues, de plácemes. El amo que no usa el gato de las nueve colas, comprende y otorga.

Las últimas tres reinas de Madagascar fueron víctimas de su Primer Ministro. Este señor—que respondía al encantador nombre de Rainilaiarivony—dominó el poder y conquistó a las soberanas. Las tres fueron sus esposas. Las antecesoras de nuestra Ranavalo murieron jóvenes y en circunstancias que la historia no ha podido esclarecer debidamente. La



Una vista de Tananarive, capital de Madagascar, a fines de siglo. Véase en lo alto el palacio de la reina Ranavalo.

«vox populi» acusa al Primer Ministro de haberles facilitado el paso. Era lo que en buen romance español se llama un asesinato. Tortuoso, agrio, enigmático, su voluntad dominaba las voliciones sentimentales de las reinas, y sus dictados de dueño absoluto agobiaban a un pueblo de paciencia casi infinita. Cuando los franceses, en su lento penetrar, lograron el control completo de la isla, el diabólico Rainilaiarivony no escapó a la sanción de la metrópoli. El Primer Ministro fué fusilado, mientras que la tercera Ranavalo, con todas las consideraciones que el estado de hecho permitía, era deportada al Marruecos francés.

El vencedor definitivo de Ranavalo fué el General Galliene, quien años más tarde tanto había de distinguirse en la Gran Guerra. Las últimas entrevistas de Galliene y la Reina destronada se desenvolvieron en ambiente borrascoso. El soldado galo sabía que la reina malgache era un abstráculo serio para lograr el control absoluto de la isla. Su presencia significaba una inyección de rebeldía para sus súbditos. Además, no era elemento de garantía para el futuro desarrollo de los acontecimientos. El Tratado firmado en 1885, reconociendo el Protectorado de Francia, fué siempre considerado por Ranavalo, haciendo buena la frase de Bethmann Hollreg, como un pedazo de papel.

Pasan diez años y la situación de Madagascar seguía siendo incierta. Rebeliones, resistencia pasiva a lo Gandhi y otros elementos de discordia, hacían de Madagascar un motivo de preocupación para la Metrópoli. Cansada Francia de este estado de cosas, que ponía en tela de juicio su fama de buena colonizadora que Lyautey más tarde habría de fijar indeleblemente en Marruecos, envió al país de los hovas una expedición de quince mil hombres bajo el mando del General Duchesne. El esfuerzo fué coronado con la rápida toma de Tananarive. Por segunda vez un nuevo Tratado reconociendo el Protectorado de Francia fué firmado por la trémula mano de la indómita Ranavalo.

Pero la sangre de sus antepasados hervía en las venas de la soberana. El derecho vertido en el papel no encontraba fácil aplicación en la forma. Bajo el influjo de su reina, los indígenas obstaculizaban, dificultándola en mil formas diferentes, la labor de los colonizadores. Fué entonces cuando Galliene entra en escena, con mano de hierro, con métodos expeditos, con la rapidez de actuación propia de su genio. Fusilamientos en masa, régimen de terror y la Reina Ranavalo, con pocos bultos de equipaje conteniendo sus más preciosos objetos—el cetro, la corona regia, su manto de corte y su Biblia, pues Ranavalo era cristiana—acompañada de su familia, una mañana brumosa tomó el barco

que habría de conducirla a San Denis de la Reunión, donde pasó la primera etapa de su exilio, que duró dos años, antes de trasladarse definitivamente a Argel, a una villa tranquila, cómoda y burguesa. Jamás debía Ranavalo retornar a sus dominios.

El exilio serenó el espíritu de la luchadora soberana. Los nuevos climas trocaron sus odios a la metrópoli en indiferencia durante los primeros años y en cariño después. El Gobierno francés, generoso con el caído, trató de dulcificar sus nostalgias. Le fué concedido el derecho de venir a Francia. Al contacto de París, Ranavalo olvidó sus querrels. El odio, pasado por el tamiz de la comprensión, dejó paso al amor. Y Ranavalo amó a Francia: la amó con todas sus fuerzas. Mostraba con orgullo el Gran Cordon de la Legión de Honor, que el Gobierno



Durante el destierro, Ranavalo y su familia.

le names otorgado. Cuando la Gran Guerra, no había franceses de pura cepa más devocional que ella a la causa de los Aliados. Sus manos trabajaban infatigablemente cosiendo ropas para los «poilus». Redujo hasta el máximo sus gastos personales, a fin de economizar lo más posible la pensión que el Gobierno le pasaba, y poder así contribuir a la obra de caridad en beneficio de los soldados. Murió en 1917, a los 57 años de edad. Es muy posible que si no hubiera muerto en ese período agitado de la vida de Francia, después del Tratado de Versalles, el Gobierno francés, reconociendo su devoción por Francia, le hubiera permitido visitar Madagascar, otro de sus grandes afectos.

Cuando venía a Francia todos los años, con regularidad cronométrica, el Gobierno francés ponía a su servicio, en

calidad de dama de compañía. Condessa de rancia nobleza, pensaba en los francos. Esta antigua de la flor de Lys, muchos de los pasados gloriosos habían muerto. Cruzadas, estimaba que una Reina que estuviese destronada, no podía ser sin los servicios de una dama. En París, Ranavalo, hacían un huésped de la alta sociedad francesa, y su silueta exótica brillaba en las ceremonias oficiales. Los relucientes oros de las casaca Embajadores.

Antes de terminar esta nota del do de la soberana Ranavalo, por su patriótico coraje primero su sumisión y cariño a la metrópoli demos considerar como la última romántica del siglo XIX, relatando anécdotas, de las muchas que vivió en el destierro.

Sus costumbres simples, se parecían a las de una campesina. En algunas ocasiones con el protocolo que ella quería imponerle su dama de compañía la rancia condessa que no había de conservar su patrimonio ancestral en la vida de Ranavalo, en una ocasión riendo tener una atención con que ella no cliente, le envió dos veces en la primera fila de luneta para un espectáculo Bergere. Ranavalo batió palmas de satisfacción. Nunca había asistido a un espectáculo del templo del pecado. Pero ella no compartió los regocijos de su dama. Creyendo que un personaje a lo tirpe no debía asistir a un espectáculo tan cosmopolita, y sobre todo epidémico, devolvió las entradas de culpamiento de la dentadura. En el momento del hecho, increpa a la dama que sale de la casa hecha un torbellino en un «fiacre», y corre a trabajar a la dentadura de la dama. La dentista a testimoniarle personalmente su consternamiento y a desgranarles el caso a pas... He aquí un acto reglamentario, practicado por los soberanos que ocupan tronos.

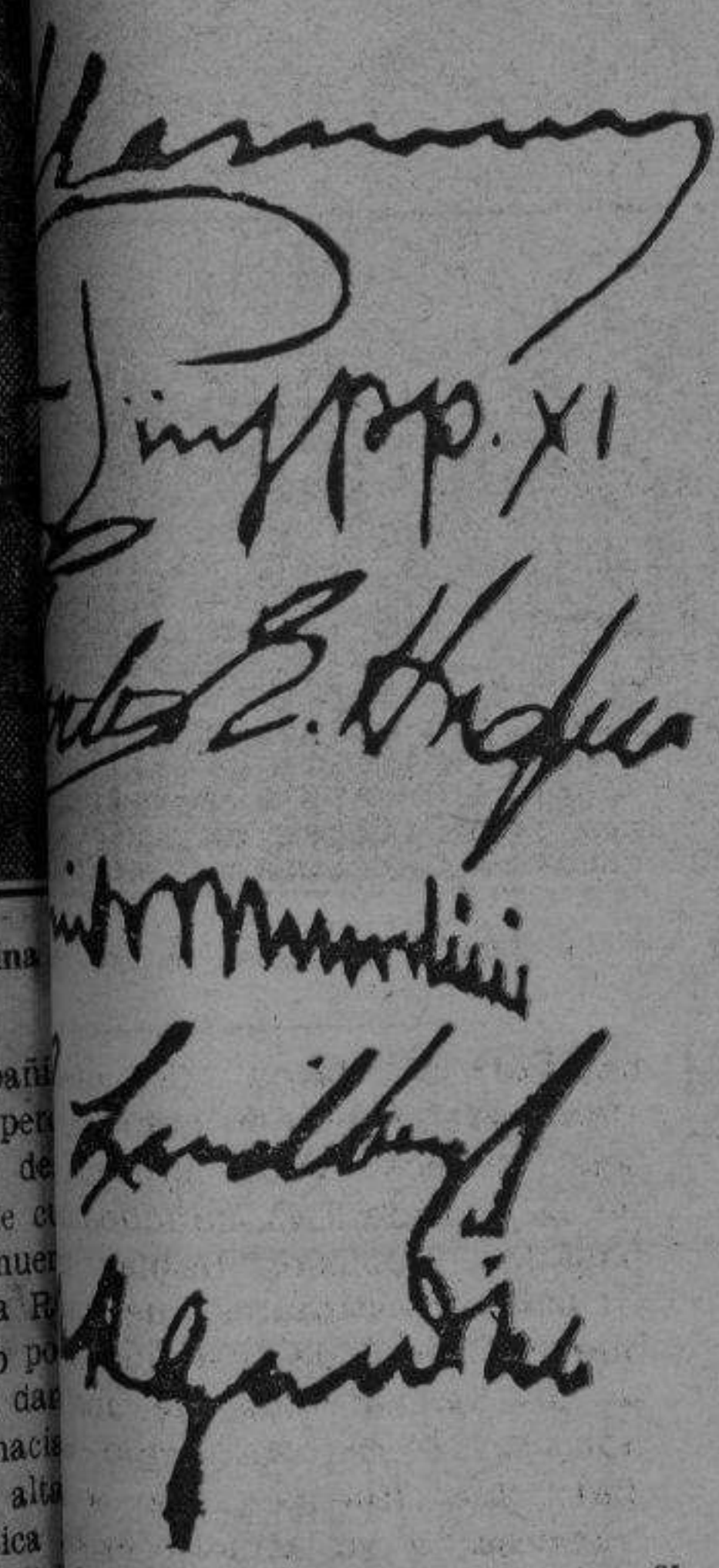
Una dama célebre, por sus relaciones a las más connotadas personalidades de París, en una ocasión invitó a Ranavalo. La reina aceptó. Muy gentil y sonriente, llegó a casa de la trionfa. Una selección de parientes, más exclusiva «high life», que se le nida a la jovial soberana. En el salón—de prestigios análogos a la Marquesa de Sévigné—en el momento de pasar al comedor, los convidados seguían llegando con puntualidad. De pronto, gran ruido entre los concurrentes. La voz de un rígido criado enfundado en un abrigo se eleva sobre las conversaciones diciendo:

—Le General Galliene. Silencio sepulcral. Frio en la sala.

(Continúa en la página 29)

VERDADERO PEON DE LOS...

(continuación de la Pág. VEINTE)
 rarios que había muerto. Creí
 volvería a ver aquel retrato.
 de vuelta con la firma sin ter-
 una misiva de un servidor, en
 decía que Clemenceau expiró
 trazaba su firma».
 ble la lista de los que falle-
 o dos después de haber fir-
 retratos para Halpern.
 entre 4.000 no es mucho»,
 grafía valiosa, es la qu inclu-



ha visto ya alguna de estas fir-
 (de arriba abajo) las de Cle-
 sin terminar por haberle ser-
 muerte); la del Papa Pío XI;
 los Evan Hughes; la de Lind-
 del Mahatma Gandhi.

los miembros de la Suprema
 Sanford firmó su retrato en
 mañana que el señor Taft fa-
 go se llegó hasta la residencia
 para presentar su pésame a los
 En seguida fué al consultorio
 a hacerse extraer una muela
 última de una hemorragia mien-
 daba en la silla sometido a is-
 que expiraron uno o dos días
 haber firmado sus retratos
 m, cuéntase George Eastman
 fabricante de máquinas y peli-
 Schnitzler, Nansen, el
 el mariscal Joffre, Nathán
 Belasco y Y. Hanaguchi,
 a los que fallecieron den-
 semana de haber otorgado sus
 Halpern, merecen mencio-
 Coolidge, quien ya le ha-
 sus atrás su primer autógrafo;
 Morrow, Edison, Galsworthy
 Knute Rockne.
 las más inapreciables media
 trabajo de Halpern le pro-
 constituyeron los treinta mi-
 pasó a solas con Greta Garbo
 pasaba yo frente a un ho-
 York, cuando de pronto re-
 oído decir que Greta Gar-
 daba allí, pero con el nom-
 de Gussie Burger—dice Hal-
 Pedí al hombre de la porte-
 raba tras un escritorio, que
 para. Como le viera titubear
 que ya yo sabía que se trata-
 Garbo y que ella me espe-
 de tales medios, logró que
 a hablar por teléfono a Gre-
 persuadió a ésta para que le
 hacerle un boceto.
 Garbo, mostróse vivaz y amiga-
 nera alguna la reconoció como
 decidida actriz de que todos
 expresándose Halpern.—Y
 hacerle un boceto. Cuán-
 me sentí yo cuando indicaba
 Greta cómo y dónde debía sen-



AUN A CIEGAS,
 RECONOCERA EL
Dentol

Por u sabor agradable,
 Por su perfume discreto,
 Por su poder antiséptico



Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los
 microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes, una blan-
 cura resplandeciente.

Tubo mediano \$ 0.20
 Tubo grande \$ 0.40

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS
APARTADO 2143
 HABANA

Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::

MUY BREVES

¡TENGA CUIDADO AL CERRAR LA CORRESPONDENCIA!
A PROPOSITO DE LA MUERTE DE JUAN PEREZ ZUÑIGA

EL cable nos enteramos de que el 6 del corriente murió en Madrid el fecundo y humorista escritor español don Juan Pérez Zúñiga.

El calificativo de fecundo lo justifican más de 13.000 poemas que escribió y en cuanto al humorismo, son sobradamente conocidas sus obras «La Historia de España en Broma» y la historia de su vuelta al mundo, obra esta última que ilustrada por aquel otro artista que se llamó Xaudaró, hizo populares a los protagonistas buscadores del «trifinus melancolicus».

Son muchas, muchísimas, las anécdotas en la vida del gran escritor que acaba de desaparecer, pero entre otras, recordamos la siguiente, que por su ironía caemos en la tentación de recordar:

Era Pérez Zúñiga liberal y complaciente en toda la extensión de la palabra. Su facilidad para versificar hacía que todos sus amigos solicitaran sus chistosas rimas constantemente. Y los versos de Pérez Zúñiga eran cosa obligada lo mismo si se trataba de una felicitación que de una boda o un pésame. Todos acudían a molestar a Don Juan, y por si fuera poco la complacencia constante de Pérez Zúñiga, siempre estaba inclinándose del lado de los peticionarios la abnegada esposa del escritor, y madre de diez vástagos con que el cielo coronó aquel matrimonio.

Un buen día, la Superiora del Convento cercano solicitó del ingenio de Pérez Zúñiga una rima o canción adecuada para que las niñas la entonasen diariamente al momento de abandonar las aulas. La contestación de Pérez Zúñiga fué, como

siempre, afirmativa: «Será usted complacida».

Y por especial coincidencia, por aquellos días recibió Pérez Zúñiga otra petición de versos. Era del dependiente de la tienda de comestibles «de la esquina» que utilizando como «embajadora» a la esposa del escritor, pidió unos versos al objeto de poder anunciar en gruesos caracteres en el escaparate de su establecimiento unas truchas en lata que acababa de recibir de cierto puerto del norte de España. También el empleado de la tienda de abarrotes recibió la tan amable como afirmativa respuesta de Pérez Zúñiga, y se frotó las manos de gusto al ver que iba a ser complacido.

Y transcurridos unos días, Pérez Zúñiga tiró de lápiz y cuartillas y en menos tiempo del que tarda en referirse, hizo los versos pedidos para el Convento y para la tienda de ultramarinos. Acto seguido y como tuviera que salir, encargó a su buena mujer metiese las rimas en sus sobres respectivos y las mandara a los destinatarios.


Y algo anómalo en verdad debió ocurrir a la esposa del ilustre Pérez Zúñiga al cumplimentar el encargo de su esposo... Lo cierto es, que las niñas del convento de Santa Clara, elevando los ojos al cielo llenas de santo fervor, cantaban constantemente:

«Metidas en estas latas llegamos hoy de Gijón. Somos buenas y baratas, aprovechad la ocasión».

Mientras que el empleado de la tienda de comestibles, ponía sobre las latas de truchas escabechadas un rótulo que a grandes caracteres decía así:

«Acoge bien con tu manto a éstas que tus hijas son. Apártanos del pecado y danos tu bendición».


LO INCREIBLE EN LA CIENCIA



UN EXTRAÑO AISLAMIENTO
AUSTRALIA TIENE UNA FAUNA MÁS EXTRAORDINARIA QUE LA DE NINGUNA OTRA REGIÓN DE LA TIERRA. AISLADA DEL RESTO DEL MUNDO DURANTE MILLONES DE AÑOS, NO HA TENIDO CRUCE DE LAS FORMAS ANIMALES POSTERIORES.

LA TEMPERATURA DEL HIELO SECO
EL HIELO SECO (DIÓXIDO DE CARBONO SOLIDIFICADO) TIENE UNA TEMPERATURA DE 97,4 GRADOS BAJO CERO. (CENTÍGRADO)

EL LLANTEN
ESTA PLANTA, UNA DE LAS QUE MÁS SE REPRODUCEN EN LOS PRADOS, PUEDE DESTRUIRSE EMPANANDO SU CENTRO CON GASOLINA.



Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York



CARRETERA PANAMERICANA
LOS 2537 KILOMETROS QUE CORRESPONDEN A CHILE EN LOS 15,768 DE LA CARRETERA PANAMERICANA, FUERON TERMINADOS ESTE AÑO.

LA PULGADA PIERDE DOS MILLONES PARA LOGRAR UNIFORMIDAD CON EL SISTEMA MÉTRICO, LA ASOCIACIÓN DE PESAS Y MEDIDAS DE LOS E.U.A. HA ESTABLECIDO NUEVAMENTE LA PULGADA COMO 25,4 MILÍMETROS, EN LUGAR DE LOS ANTIGUOS 25,40005 MM.

RATONEROS
LOS BUHOS SON MÁS EFICACES CONTRA LOS RATONES QUE LOS GATOS.

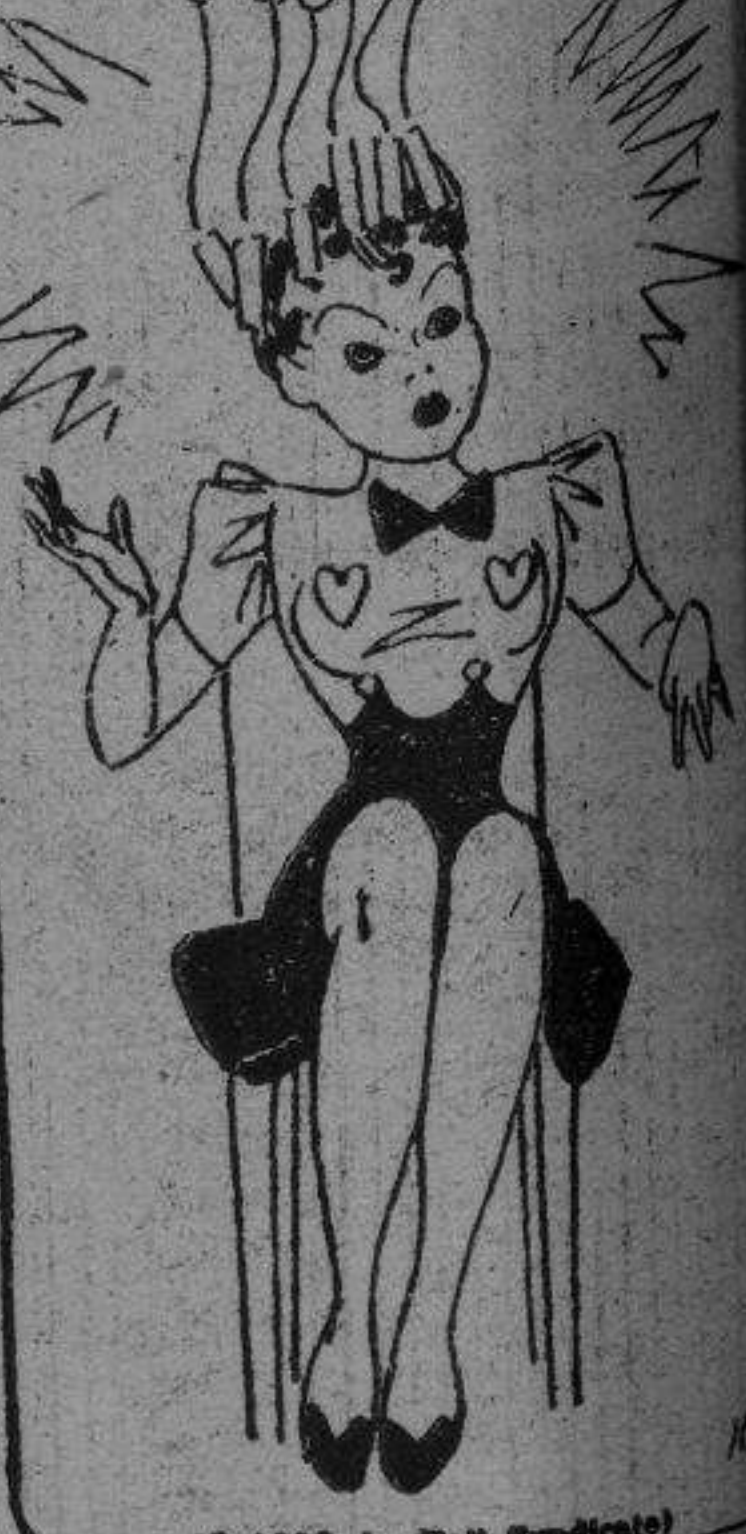
Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York



10-24

© 1935, by Bell Syndicate

Hay mujeres de tan buen corazón, que regalan a los necesitados las camisas viejas del marido... para no tener que remendarlas.



© 1935, by Bell Syndicate

Hay muchachas a quienes únicamente se les pone el pelo de punta cuando se hacen la permanente.



10-29

© 1935, by Bell Syndicate

Que el pájaro vuele de vez en cuando, no está mal. Lo malo es que se entretenga demasiado en el maíz del cercado ajeno.



© 1935, by Bell Syndicate

La rubia asegura que Jorge claré cinco veces antes de que quisiera. Lo que se calla es que las cuatro declaraciones no fueron...

FRED NEHER.
Por

LA VIDA ES ASI



¡ES CLARO, QUERIÉNDOSE TANTO NO PODÍAN ACABAR DE OTRO MODO!



PERINQUILLA

¡ERES UNA BENEDICIÓN! ¿A CUÁNTO MONTAN DIECISEIS ESCOBAS A \$ 1.37-1/4 CADA UNA?

ESCOBAS DE TODAS CLASES

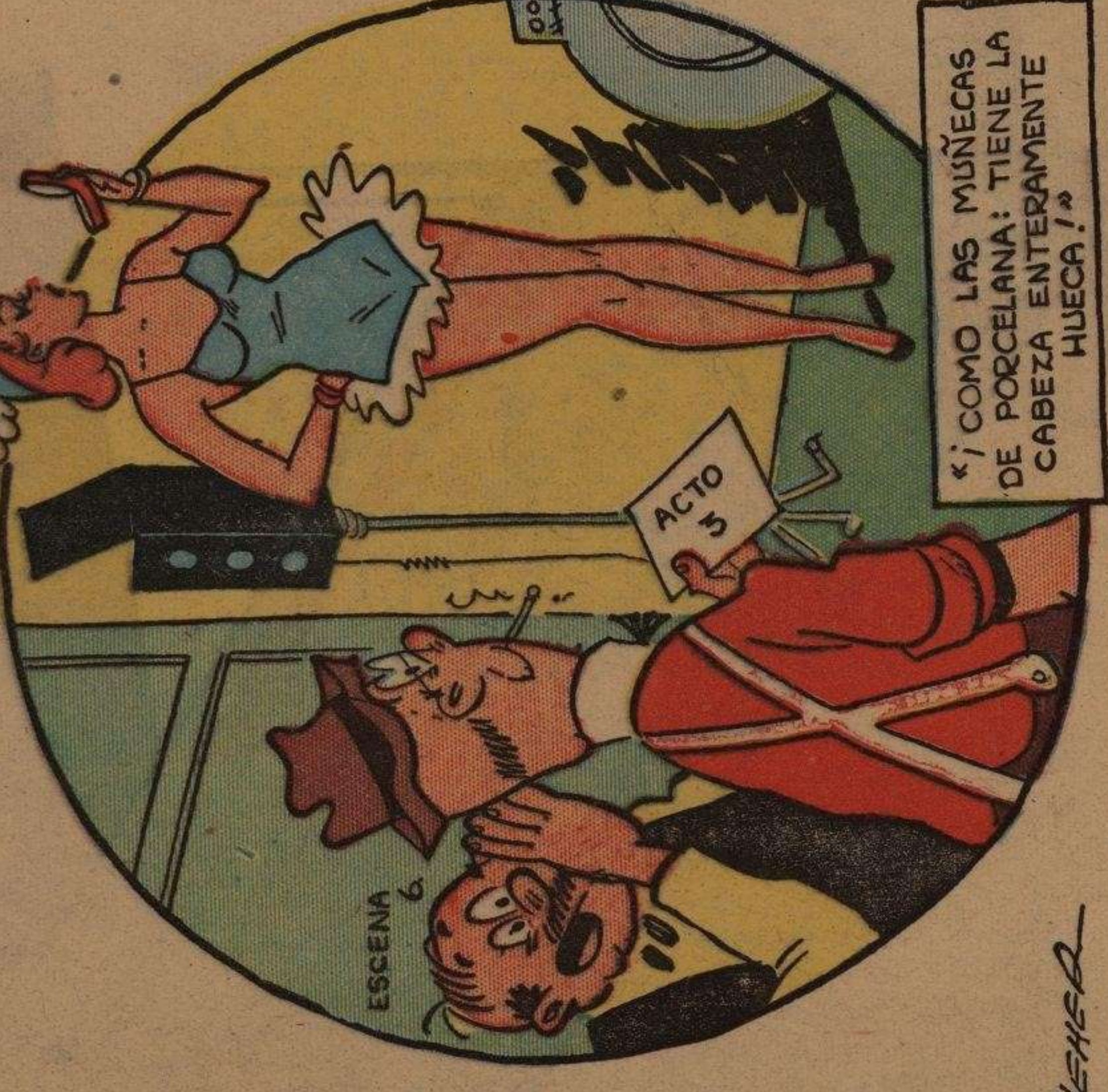


ESCUELA DE COCIN

¡PASE EL EXAMEN, QUERIDO MÍO!



¡TE APUESTO UN PESO A QUE NO PASAS!



ESCENA 6

ACTO 5

¡COMO LAS MUÑECAS DE PORCELANA: TIENE LA CABEZA ENTERAMENTE HUECA!



¿Y QUIÉN CREES TÍ QUE LA MATÓ?

EL ASESINADO DE CAROLINA

FRED NEHER



El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrase a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República
a los precios de:

\$0.20 tubo mediano
0.40 tubo grande.

Dentol

Distribuidores Exclusivos:
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD
Apartado 2143
Habana.

DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO 27 DE NOVIEMBRE DE 1938

SINFONÍA DE CORRAL POR WALT DISNEY

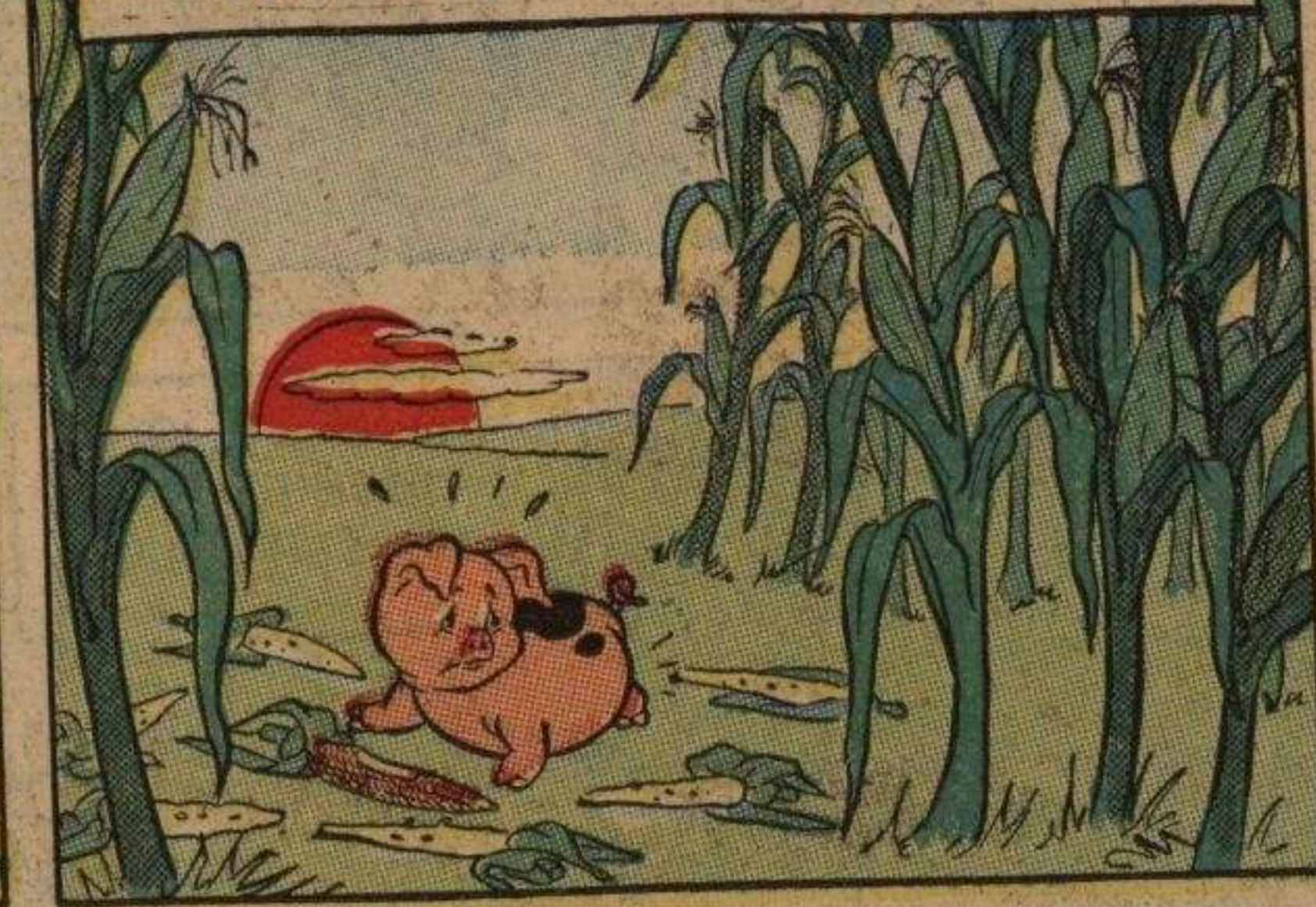


MANCHITAS SE FUGA DEL CORRAL Y DESCUBRE UN MAIZAL EXTENSO. ¡QUÉ HARTAZGO SE HA DADO CON SU COMIDA FAVORITA!

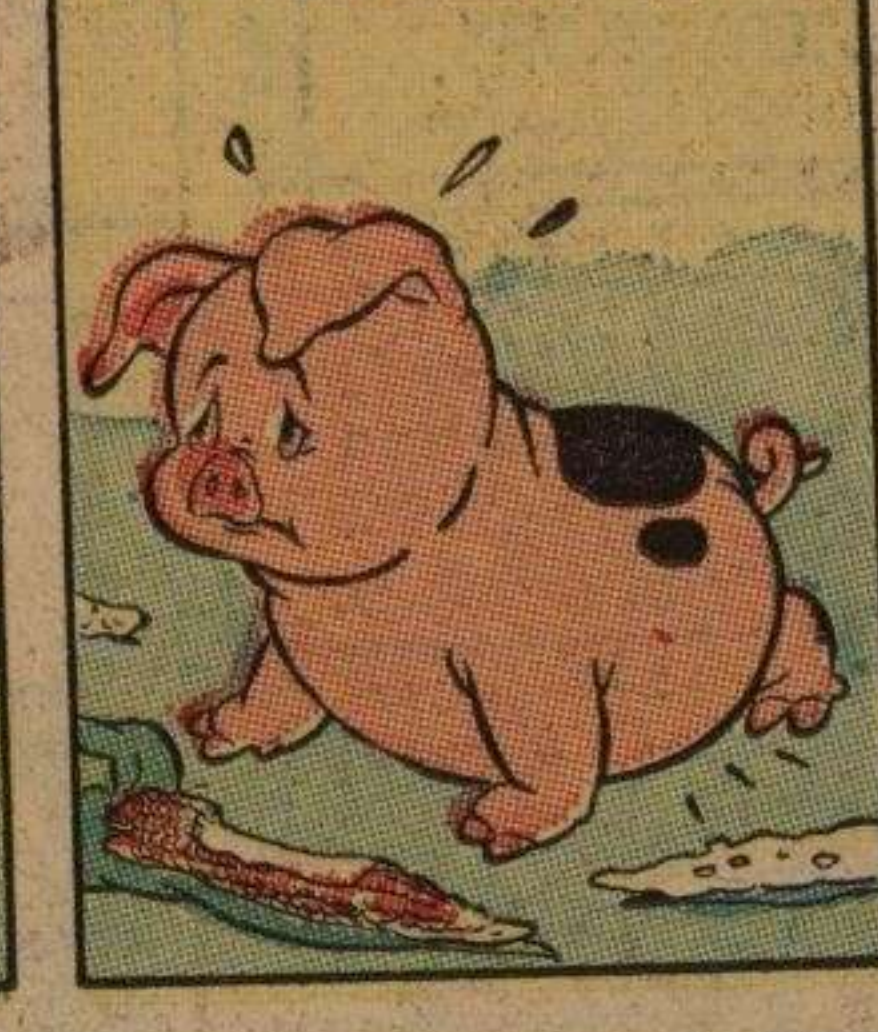
¡QUÉ RARO! LAS ÚLTIMAS MAZORCAS NO SABEN TAN BIEN COMO LAS PRIMERAS...



¿SERÁ PORQUE SE PONE EL SOL Y LA TARDE SE ENFRÍA... QUIZAS EL MAIZ SEA MÁS SABROSO CON EL CALOR...



Y A PROPOSITO ¿DÓNDE VA A DORMIR ESTA NOCHE? ¡ADIÓS CALOR DEL TÍPICO DOMÉSTICO!



¡PERO SI REGRESA, ADIÓS LIBERTAD Y ADIÓS DORADO MAÍZ! ¡NO!... ¡ESO JAMÁS!



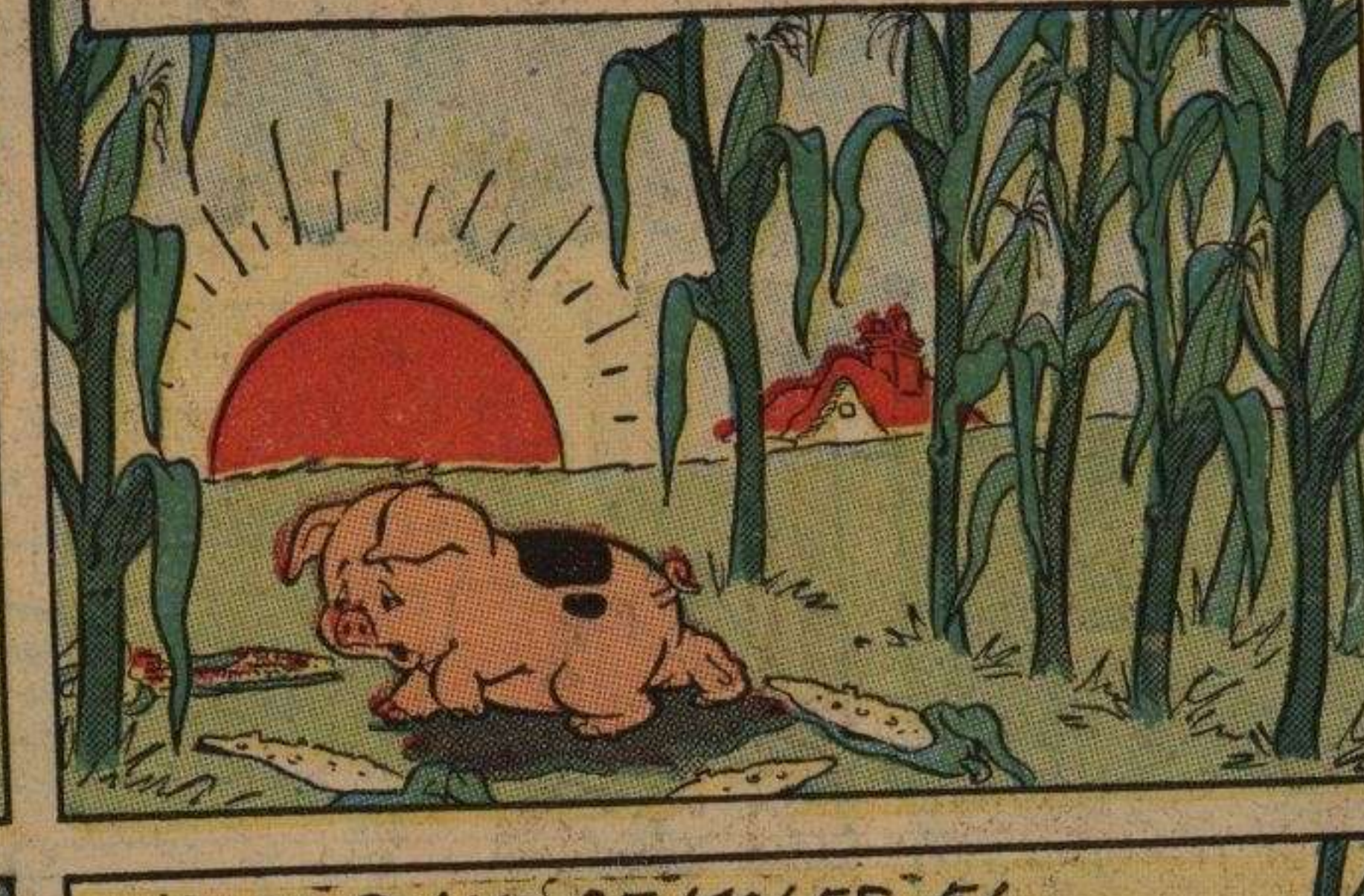
¡AY, QUÉ FRÍO! SU ESTÓMAGO TAMBIÉN PROTESTA, AUNQUE NO DE HAMBRE...



¡ES MAS: LA SOLA IDEA DE COMER LE PRODUCE NAUSEAS Y DOLORS!



¡AL AMANECER EL QUE SE LEVANTA ES UN MANCHITAS MUY DISTINTO, ACONGOJADO Y NO COMO EL QUE BRINCABA ANTE LA IDEA DE SABROSOS DESAYUNOS!



PERO NUESTRO PUERQUITO NO QUIERE RECONOCER QUE ESTABA MEJOR EN SU CASA Y SIGUE DANDO GOLOSAS DENTELLADAS...



EL MAÍZ, SIN EMBARGO, YA NO TENIA PARA EL NINGUN ALICIENTE. ¡CADA GRANO LE CAIA EN EL ESTÓMAGO COMO UNA BALA!



PRESA DE AGUDOS DOLORS, MANCHITAS SE REVOLCABA DANDO AULLIDOS...



¡PARA COLMO DE MALES, EL DUEÑO DEL MAIZAL, QUE HA OIDO LOS AULLIDOS, SE ACERCA A GRANDES ZANCADAS! ¡QUÉ NO HARA CUANDO VEA LAS DEPREDAIONES!



MANCHITAS SE DISPONE A HUIR, PERO ESTÁ MUY ENFERMO... TRAS PASOS INCIERTOS LE FALTAN LAS FUERZAS Y SE DESPLOMA!



CONCLUIRA

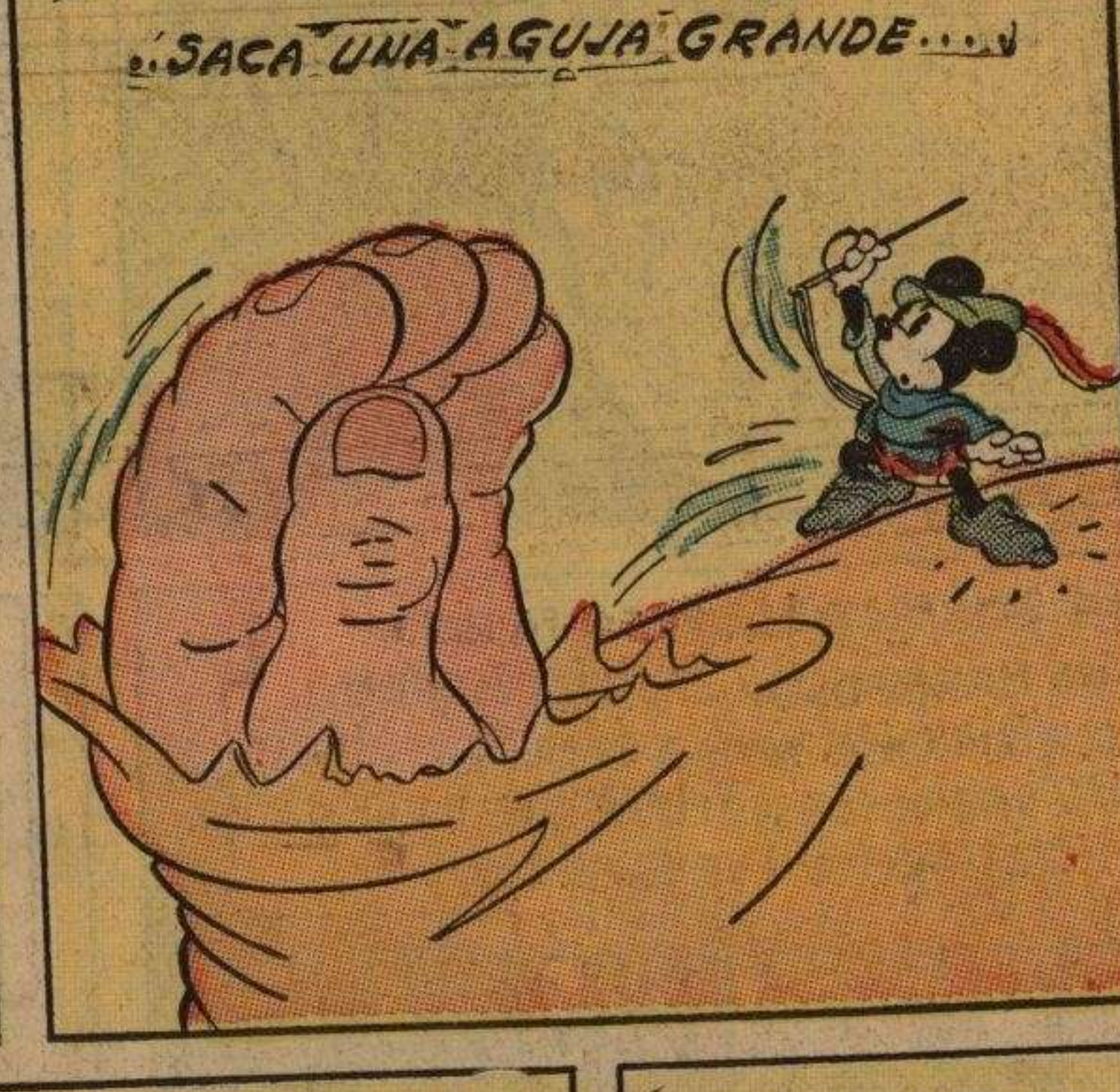
EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¡PONIENDO EN EJECUCION UN PLAN ATREVIDISIMO PARA ATRAPAR AL GIGANTE, MIGUELITO SE LE METE POR LA MANGA!



¡PERO MIGUELITO SE ABRE PASO CON SUS TIJERAS!



¡SACA UNA AGUJA GRANDE...



...Y CON CELERIDAD INCREIBLE COSE LA MANGA APRIANDOLE LOS BRAZOS!



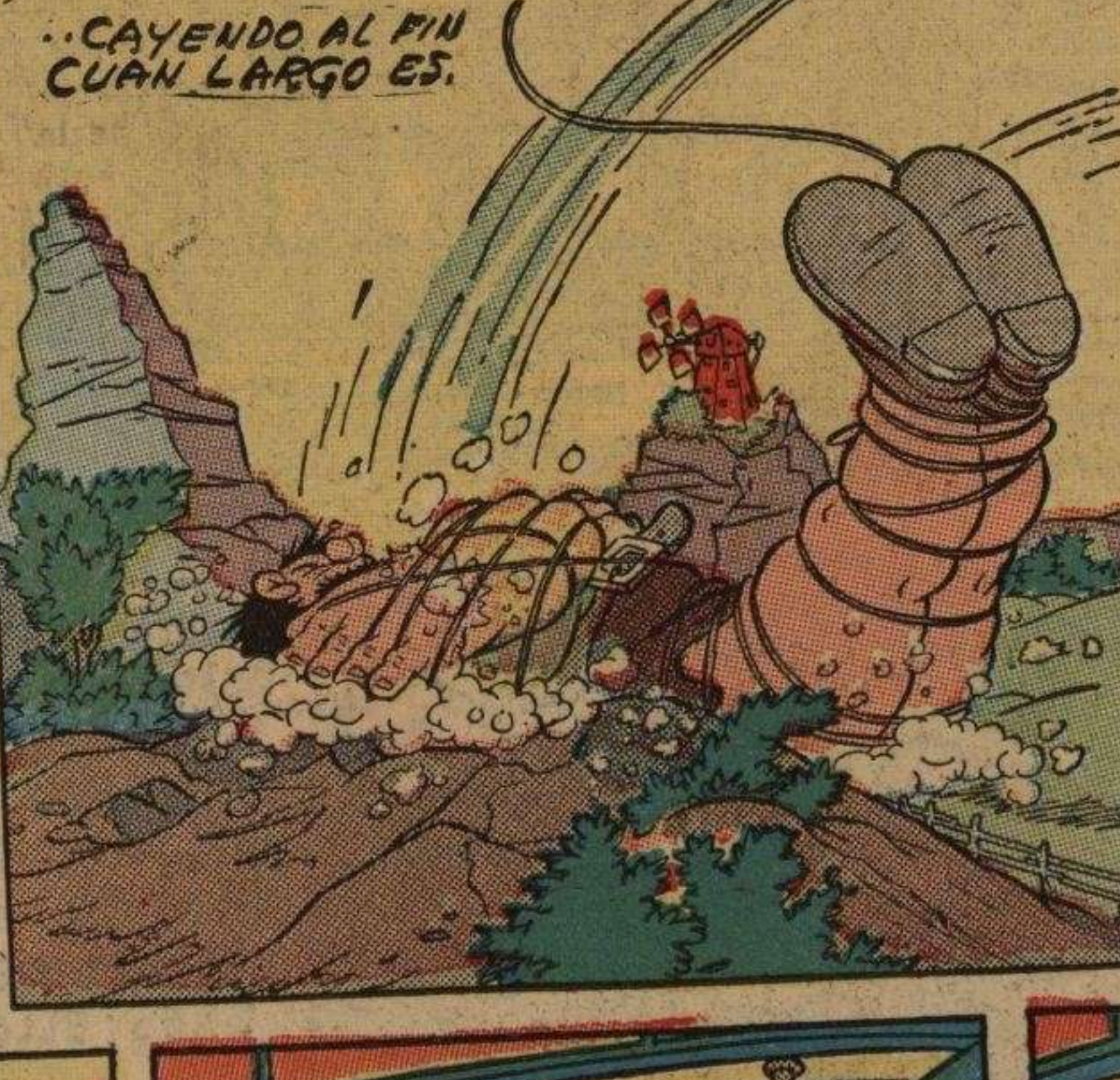
¡LUEGO LE ARROJA UN LAZO A LA NARIZ!



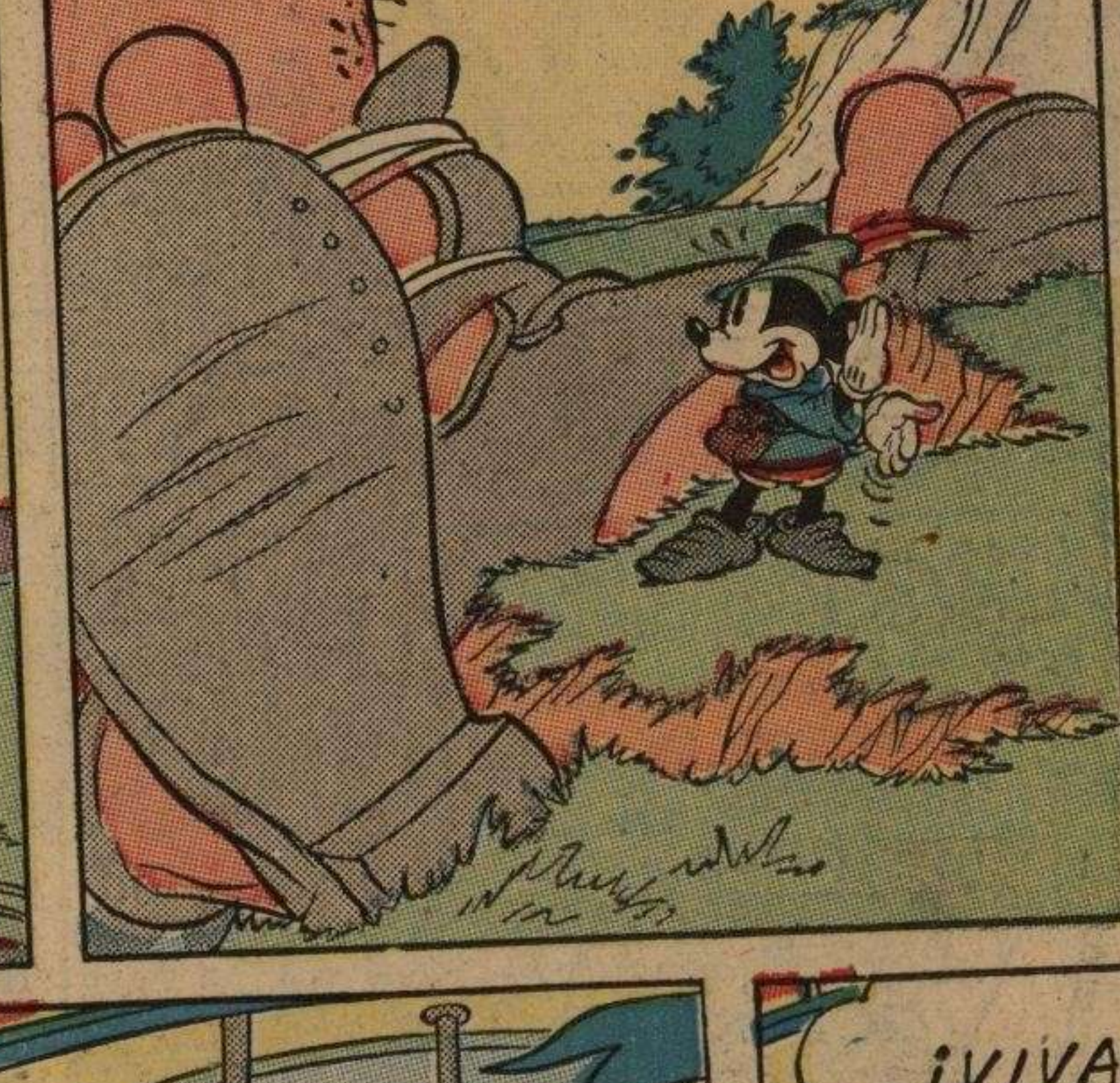
...CON LA MISMA CUERDA LO ENVUELVE RAPIDAMENTE...



...Y EL MONSTRUO SE BAMBULEA...



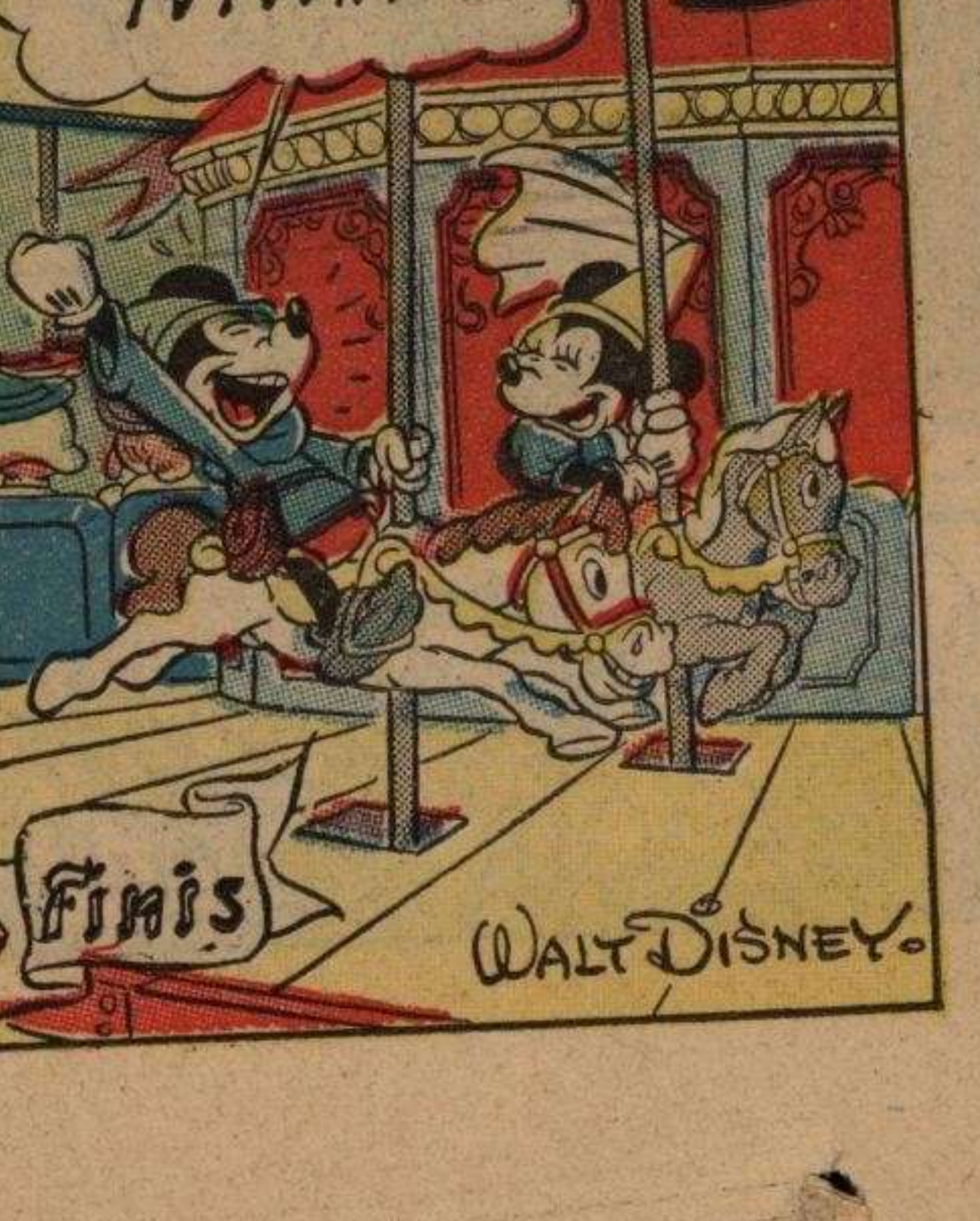
...CAYENDO AL FIN CUAN LARGO ES.



¡HE AQUÍ COMO NUESTRO SASTRECITO CUMPLIO LA MISION QUE LE CONFIA EL REY CAPTURANDO AL GIGANTE!



¡LA POBLACION, FRENÉTICA DE ALEGRIA, FESTEJA EL ACONTECIMIENTO CON UN CARNAVAL Y LA FUERZA MOTRIZ ES EL HALITO DEL MONSTRUO.



¡VIVAAA!

FINIS

WALT DISNEY

WONG-LA

- by BRANDON WALSH -

AL LLEGAR A PUERTO, WONG, TOMÁS Y CARLITOS DESEMBARCAN DEL ACORAZADO CON SINCERAS MUESTRAS DE AGRADECIMIENTO HACIA LOS BONDADOSOS OFICIALES Y TRIPULANTES QUE LES SALVARON LA VIDA. SÓLO LAS PERLAS QUE WONG COSIÓ EN EL FORRO DE SU ROPA LES QUEDAN COMO RECUERDO DE SU TERRIBLE EXPERIENCIA EN LA ISLA DE LAS CAVERNAS.



NECESITAMOS DINERO PARA PODER COMER; PERO SOMOS DESCONOCIDOS. SI TRATAMOS DE VENDER LAS PERLAS, NOS TOS MARÁN POR PIRATAS.



ESTÁ ESCRITO: EL LOBO ALEGA QUE MATÓ AL COL'LELO POL HABEL'LE LOBALO SU ABLIGO DE LANA.

PODRÍAMOS VENDER LA PERLA MÁS PEQUEÑA.



OIGO Y OBELEZCO TUS SABIAS PALABLAS. NALIE SE MUELE LE HAMBLE, MIENTRAS TIENE PLATA EN LA BOLSA.

LA PERLA MÁS PEQUEÑA NOS DARÁ PARA COMER Y VESTIRNOS.



MIL PEL' LONES POL MI INGLATA INTLUSION EN SU HONOLABLE PLESENCIA. ESTA INÚTIL, PELSONA SE APLESULALÁ A TILAL SU PEL'LA AL MAL, DONDE NACIÓ.

'AGUARDE' AMIGO. YO SOY GENEROSO, PODRÍA AVENTURAR UNA IOMA PEQUEÑA, COMPRÁNDOLA.



YA VERA... YO DOY ORO POR PERLAS... SI ACASO TIENE UD. MÁS, MIS AMIGOS RICOS LAS COMPRARÁN SIN HACER PREGUNTAS INDISCRETAS.



MI QUERIDO AMIGO, SI TIENE MÁS PERLAS, ACUERDESE DE MÍ. LOS DEMAS COMERCIANTES SON LAADRONES.

BIEN' LICEN QUE EL QUE SE ACUESTA CON PEL'LOS SE LEVANTA LLENO DE PULGAS.



¡PRONTO! ¡SIGANLO! ¡ESTOY SEGURO DE QUE TIENE MÁS PERLAS! ¡PERO CUIDADO! ¡NO LO MATEN SIN SABER DÓNDE ESTÁN!



¡SE ESTÁN METIENDO EN UNA GUARIDA DE LOBOS! ¡HAY QUE ADVERTIR AL DUEÑO, NO SEA QUE LOS MATEN POR UNAS MONEAS DE ORO!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



NO TE AFLIJAS, QUERIDA. TE HAS PORTADO COMO UNA CHICA BUENISIMA, Y NO DEBES APENARTARTE PORQUE UNOS DE SALMAADOS TE TIENEN ENVIDIA.



ES QUE DOÑA MATILDE ES HERMANA DEL SR. CALVO, Y TODOS LOS DEMAS QUE VIVEN AQUÍ EN LA CASA GRANDE SON PARIENTES DE EL; PERO YO NO. ¡YO LO QUIERO; PERO ELLOS TAMBIÉN LO QUIEREN!



HAY LA MAR DE DIFERENCIA ENTRE LO QUE TÚ SIENTES POR ÉL Y LO QUE SIENTEN ELLOS; AL SR. CALVO LE SOBРАН LOS MOTIVOS PARA APRECIARTE.



CUANDO TÚ LO CONOCISTE, NO VISTE EN ÉL MÁS QUE UN POBRE VIEJETICO SIN OTRA COSA EN EL MUNDO QUE SU INTERÉS EN UN CARRO DESTARTALADO Y UN TRONCO DE MULAS.



¡SI SERÍA BORRICA!... PERO EL ANDABA TAN HARAPOSO... Y SINEMBARGO AL VER LO BIEN QUE SABÍA PESCAR Y HACER GUISOS SABROSOS, COMPRENDÍ QUE ERA MUY INTELIGENTE Y LE TOMÉ CARINO.



TENÍAS RAZÓN, QUERIDA, ÉL ERA Y SIGUE SIENDO BUENO, Y NO LE FALTABA INTELIGENCIA PARA VER QUE TÚ TIENES UN CORAZÓN DE ORO. POR ESO TE QUIERE ADOPTAR.



¡CARAMBA, HUESITO! ESTOY MUY PREOCUPADA! DOÑA MATILDE LE DITO A SU ABOGADO QUE SI EL SR. CALVO ME ADOPTABA, TODOS ELLOS TENORÍAN QUE IRSE A UN HOSPICIO.



¡SI YO TUVIERA PARIENTES, NO QUERRÍA QUE VIVIESEN EN UN HOSPICIO, POR MÁS QUE FUERAN ALTANEROS. ADEMÁS, TÚ Y YO ESTAMOS ACOSTUMBRADOS A SER POBRES; ELLOS NO.



VAMOS, PALO, A COMER ALGO, ANTES DE EMPRENDER EL VIAJE A LA CIUDAD, QUE DURARÁ TODA LA NOCHE...

MUDANZAS PEREZ 34



MODESTO RIZOS



¡CORRA, REGIL, QUE VOLVERÁ A DISPARAR!

¡ESTOY SEGURO DE QUE EMILIA ESTA EN LA CASA!



¡ALTO! ¡OÍ EL DISPARO!

¡EN ESA CASA HAY UNA JOVEN SECUESTRADA! ¡ES MI NOVIA!

¡NOS VIENE COMO LLOVIDO DEL CIELO!



¡MUY BIEN GUARDIA! ENTRARON EN MI CASA A ROBAR Y LES DISPARÉ UN TIRO!

¡MIENTE DESCARAMENTE!

¡REGISTRE LA CASAGUARDIA Y VERA QUIEN TIENE RAZON!



BUENO, HEMOS REGISTRADO LA CASA Y NO HEMOS ENCONTRADO NADA.

LLEVELO PRESO. YO DECLARARE CONTRA ELLOS MAÑANA.



¡INSISTO EN QUE LA STA. PENA ESTA EN ESA CASA!

¡A MI NO ME LA PEGAN! ¡ADELANTE!

¡TEREMOS QUE RESCATARLA!



¡ME HAN ECHADO UNA ZANCAPILLA!

¡SIGAME, RIZOS!



¿SEÑOR ROS?... ¿DEBEN TENER DETENIDA A LA SEÑORITA PEÑA POR ORDEN DE SU PADRE PARA EVITAR QUE SE CASE CON REGIL.

¡BIEN, RIZOS! ¡DAREMOS ESA PRIMICIA A NUESTROS LECTORES! ¡VIGILEN USTEDES LA CASA SOSPECHOSA!



¡TENEMOS QUE IRNOS PRONTO DE AQUI!

¡ATIZA! ¡SE LLEVAN A ALGUIEN EN UN SACO!



¡CON TAL QUE PUEDA AGUANTAR!

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



CREYENDO QUE EL GUERRERO LE MIENTA AL DECIRLE QUE HA ENCONTRADO UNA FOGATA, LA PRINCESA LORONO LE MUESTRA...



COMIENZAN A BUSCAR EL TESORO DEL VALLE NEGRO BAJO LA DIRECCION DE LA DESPIADADA E INEXORABLE JOVEN!

PRIMERO TENEMOS QUE ENCONTRAR EL VALLE NEGRO, EL MAPA LO MUESTRA AL NORTE.



¿QUIEN LLAMA? ¿QUIEN LLAMA?

AL HACER ALTO PARA BEBER DEL AGUA FRIA Y CRISTALINA, LORONO QUEDA SOBRESALTADA AL OIR UNA VOZ.



¡NO IMPORTA QUIEN SOY! ¡REUNA SUS GUARDIAS, MARCHESE CUANTO ANTES DEL LAGO M'GANI Y NO INTENTE VOLVER!



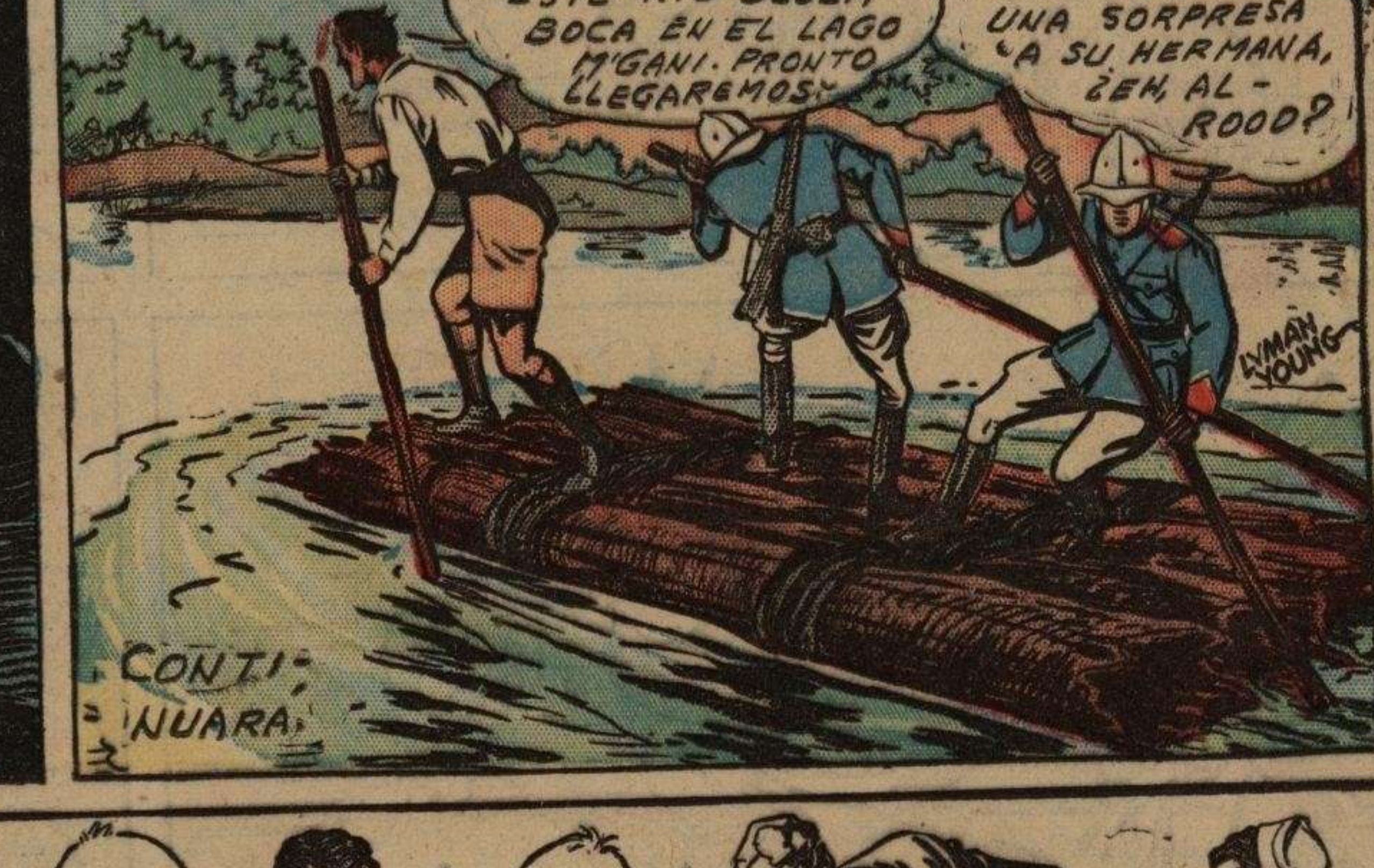
¡PUM!



¡CUANDO DISPARÉ EL DESAPARECIO COMO POR ENCANTO! ¡TENEMOS QUE ENCONTRARLO!



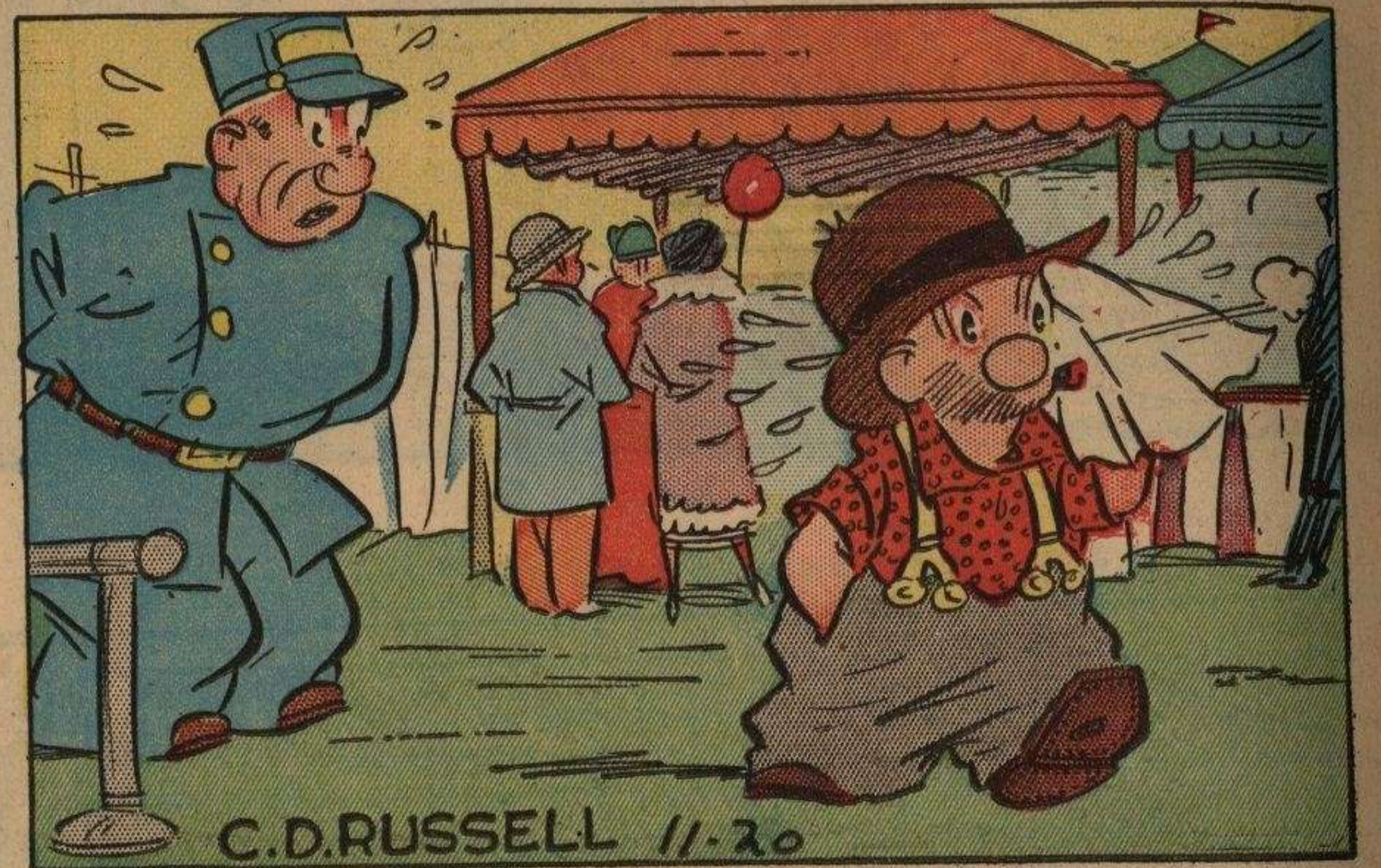
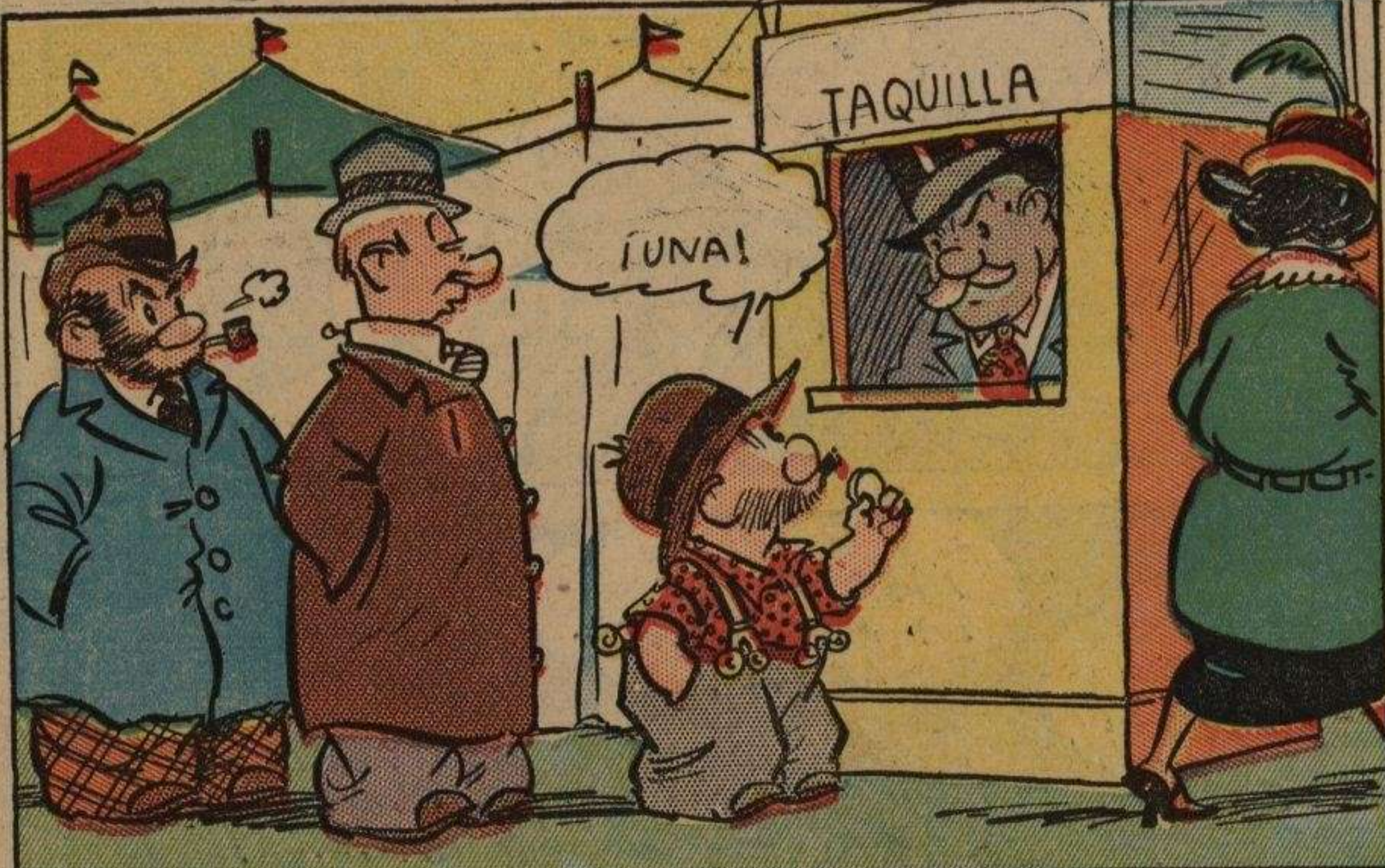
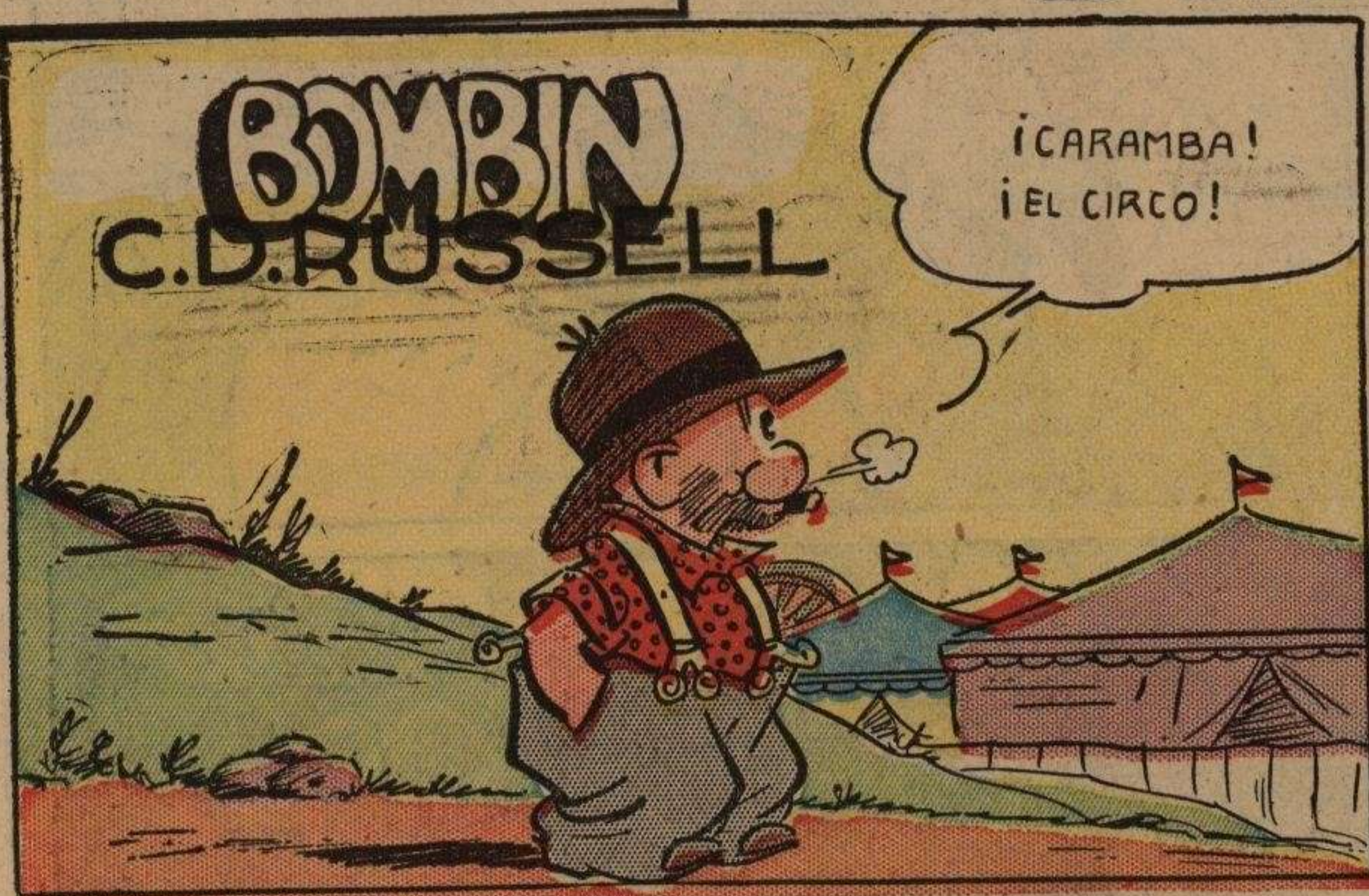
¡NO PUEDE ESTAR LEJOS! ¡HAY QUE MATARLO!



ESTE RIO DESEMBOCA EN EL LAGO M'GANI. PRONTO LLEGAREMOS.

LE DAREMOS UNA SORPRESA A SU HERMANA, ¿EM AL ROOD?





PEDRO HARAJOS

